

J. MORENO CASTELLÓ

MI CUARTO Á ESPADAS,
SOBRE ASUNTOS DE CAZA.



Histórica Universidad

GRANADA

Br. 12

A

Exento

10

Troje

Número

346

17170886

3

8-210

Al sabio Catedrático,
dignísimo Rector de la Uni-
versidad de Granada, D. Eduar-
do García Solís, en testimo-
nio de consideración, de afec-
to y de respetuosa amistad,

El Autor



MI CUARTO Á ESPADAS,
SOBRE ASUNTOS DE CAZA:



В 2422



R-9495

274
JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

MI CUARTO A ESPADAS,

SOBRE ASUNTOS DE CAZA.

APUNTES, RECUERDOS Y NARRACIONES
DE UN AFICIONADO.



JAÉN, 1893

Est. Tip. de Don Tomás Rubio
Impresor de la Real Casa





DEDICATORIA

A LAS SOCIEDADES DE CAZA

TITULADAS

«El Recreo,» «La Galgnera» y «La Unión.»

A nadie con más razón ni gusto que á vosotros, queridos compañeros, podría yo dedicar este pobre libro, escrito al correr de la pluma. Nada os podrán enseñar sus páginas; pero si por curiosa ó entretenida os place su lectura, me daré por satisfecho. Quiero, simplemente, que la dedicatoria de este librito os dé á entender el grande y sincero afecto que os profesa,

El Autor,



PRÓLOGO

ESTE que ahora llega á tus manos, lector amabilísimo, es un librito de pura distracción y entretenimiento. No esperes de él enseñanzas ni advertencias, que no habrías de hallar, porque en el noble y difícil arte cinético disto mucho de la suprema categoría de maestro y figuraré siempre en el numeroso grupo de eternos aprendices, de los que jamás han de lograr el ascenso. Tal es la humildad de mi condición, que paladinamente te confieso, y acaso la franqueza con que te revelo mi impericia, sea motivo bastante para captarme tu simpatía y con ella

VIII

tu benevolencia, ya que no siempre el hombre se mide y tasa á sí propio en su legítimo valor, y hasta, por añadidura, tiene innata propensión á ocultar sus defectos y flaquezas.

Estamos en el mundo innumerables devotos de los Santos Eustaquio y Humberto. La identidad de aficiones constituye entre los hombres un fuerte vínculo que les hace llamarse compañeros á los que tienen una misma tendencia ó afición, y en las alegres expediciones de caza, se borran las diferencias de clase y de fortuna, y sólo existe el trato afectuoso y la expansiva alegría y comunicación del verdadero compañerismo.

Ya se yo, que el nombre genérico de cazador nos conviene por igual á todos, y por eso nos llamamos, á boca llena, cazadores. Pero sólo debiera darse á algunos, á pocos, aún siendo tan grande la muchedumbre de nuestra vasta asociación, ó establecer por lo menos, la oportuna división para que no queden confundidos los buenos con los ma-

los. Pudiérase distinguir á los merecedores del dictado con el nombre de maestros y con el de aficionados á todos los demás. Nadie se ofenda por semejante distinción y colóquese cada cual en el sitio y lugar que le corresponda. Yo me voy derecho á ocupar mi puesto en el grupo más numeroso, y lo que es más doloroso para mí, tratando de hacerme á mí mismo severa y ejemplar justicia, en la última fila del formidable pelotón.

¿No entendeis, como yo, bondadosos compañeros, que el verdadero cazador es un hombre excépcional y envidiable, dotado de una suma de prendas físicas y morales, que muy pocos alcanzan, y de las cuales muchas deben ser reputadas como galas y dones, que el cielo no prodiga? Sin un cuerpo ágil y vigoroso, que acusa juventud y equilibrio orgánico; sin la bastante fortaleza para soportar todas las inclemencias de la atmósfera y los rigores de las estaciones;.... sin la finura de la vista y del oído; sin la

prontitud y el acierto en la puntería; sin la inteligencia para conocer por las costumbres de los animales cuales sean los terrenos preferidos por cada especie, no solo en el transcurso de los meses sino en las distintas horas de un mismo día; sin los estimables frutos que proporciona la práctica, que llega á formar el libro de la experiencia.... ¿creeis que puede existir el verdadero cazador? Confesad conmigo, vosotros á quienes, como á mí, falte algo y tal vez mucho para completar la suma, que no merecemos, por desdicha nuestra, el envidable dictado, con el cual y sin razón bastante, nos señalamos todos.

Pocas aficiones mueven al hombre en sentido tan provechoso como esta de la caza. Ninguna tan conveniente á la salud, que es bien inestimable, ni á la tranquilidad, sosiego y paz del alma, que es otro bien aun de mayor estimación. Entiéndase que hablo del ejercicio prudente y moderado y no del apasionamiento, que ciega y arrastra á la im-

prudencia y al exceso. La salud, el firme equilibrio, el bienestar del cuerpo, serán el premio del uno; y el peligro y el daño, la enfermedad y acaso la muerte, serán castigo del otro.

Nada tan grato al hombre como hallarse en medio de la arrogante Naturaleza y verse libre y siendo rey de la Creación entera. El espectáculo es grandioso y halagador. El paisaje encanta y seduce; el cuadro está pintado con risueñas tintas, que deleitan al sentido, y el silencio augusto que precede á la aparición de las primeras luces de la aurora y el concierto de las aves y los mil vagos rumores, de origen oculto y desconocido, que forman coro al despertar el día, son música deleitosa, que va subiendo de la tierra al cielo, para llevar á Dios el himno con que le saluda y acata la creación. La emoción de lo bello conmueve dulcemente el corazón del hombre. No necesita ser artista para sentir y admirar la belleza. Allí la alta montaña, cuyos picos se doran con

los primeros rayos del sol; aquí la llanura esmaltada de plantas y de flores; ya el profundo abismo, la abierta cañada, la esbelta colina, el rumoroso arroyo, orlado de flores, el caudaloso río, sombreado por árboles, que se miran en sus aguas; el apretado bosque, que da abrigo á las fieras, que en lo más espeso buscan su guarida; los extensos jarales, que va cortando en su carrera el fuerte colmillo del jabalí ó ha de saltar, como si nada, el ágil venado; todo lo contempla absorto el cazador y nada quedará sin la huella de su planta. Y la montaña le prestará abrigo en sus profundas cuevas, y el árbol le dará su sombra, y la fuente su clara linfa, para templar la sed, y la seca rama arderá para calentar sus ateridos miembros, y la yerba le ofrecerá blando lecho, y el ligero viento le llevará aromas y secará el copioso sudor de su frente, y su fiel compañero, el perro, velará su sueño, le advertirá del peligro y dará la vida, si es necesario, en su defensa.

XIII

Y ved cómo aparece el hombre en medio de ese espléndido escenario, más grande aún, por la antorcha de su razón, que esa agresiva Naturaleza que le rodea; y no solo como dueño y señor de esa su augusta morada, sino como soberano que vence á todos los animales, valiéndose de aquella misma luz hermosa y bienhechora, y la fecunda inventiva de su ingenio. Si solo contara con la fuerza física y la agilidad de sus músculos, en muy pocas ocasiones y casi por maravilla, pudiera cantar una victoria. Los animales feroces desgarrarían sus miembros, le burlarían con su rápida carrera la liebre y el conejo, y las aves todas, desplegando sus alas y remontando su vuelo, se alejarían de su perseguidor, dejándole en el asombro de un siempre repetido desencanto. Tal ciertamente sucediera, si una chispa divina no estuviera encendida en el alma del hombre. Con ella ha bastado para el invento de mil modos y medios de acreditar su imperio y asegurar su dominio. Y ved al león, la pan-

tera y el tigre, postrados á los pies del hombre, en la jaula que el domador pasea triunfante; y ved las hermosas pieles de aquellos terribles animales hermoheando el pavimento de la estancia en donde reposa el valiente cazador de fieras, y ved cómo el rayo que dispara su mano hiere ó mata al animal, que corre ó vuela. La flecha y el venablo, el lazo, el armadijo y la red, el halcón y el perro, el hurón y el veneno y por último la escopeta, el arma por excelencia, le han proporcionado á cada paso el deseado triunfo. Con admirable precisión matemática va la bala á herir el corazón de la fiera que se acerca dispuesta á devorar al hombre. Con la rapidéz sin medida del instante, llega el plomo á cortar el potente vuelo de la perdiz ó la veloz carrera de la liebre.

Habré de confesarte, discreto lector, con el rubor en el rostro, que soy un cazador adocenado. A fuerza de práctica, de cuidado y de constancia, he llegado á ser un mediano tirador, pero buen cazador, ni lo

he sido, ni lo soy ni lo seré. Carezco de lo que pudiera llamarse el instinto de la orientación. Me pierdo y me confundo en un palmo de terreno. Paso diez veces por un mismo sitio y siempre me parece nuevo y desconocido. No se graban en mi dura y desdichada memoria, las matas, los peñascos, ni los mil accidentes en que se atan y sujetan los recuerdos. Olvido con extrema prontitud y facilidad los nombres de los lugares, y en suma, me falta y echo de menos aquella aptitud natural, base necesaria para el cultivo provechoso del difícil arte cinegético.

Siempre oigo con asombro y con mezcla de admiración y respeto, á muchos de mis amigos, que me aventajan grandemente en los conocimientos que tanto envidio. Ellos son maestros; reconozco la superioridad y ante ella inclino mi cabeza.

Declaro, además, que he llegado á entender como lección de la experiencia, que no solo, como suele decirse, en la mesa y en el

juego revela el hombre su buena ó mala educación. También el ejercicio de la caza es buena piedra de toque para esas revelaciones. Yo he cazado muchas veces solo, y como algunos afirman, el campo se come al cazador solitario. Cuando lo hice en compañía, con gusto y sin violencia depuse mi voluntad y la plegué á la del compañero; pero pude observar que muchos dieron rienda suelta á su carácter y que las pequeñas pasiones asomaron con frecuencia la oreja. Ya ves, lector amable, que te cuento los milagros; pero no llegarás á saber de mí el nombre del santo que los hizo.

Mucho se ha escrito desde la remota antigüedad acerca de la caza. La Biblioteca Venatoria publicada en nuestros días por el ilustre cazador y muy distinguido literato Sr. Gutiérrez de la Vega; la obra monumental titulada "La Caza en todos los tiempos y países,;" las Revistas ilustradas, que en el transcurso de algunos años y con varios títulos se han consagrado á los diversos rá-

mos del sport; los últimos libros que acaban de ver la luz pública y los artículos que debidos á la desenfadada pluma del resuelto y simpático Marqués de Alta-Villa, y que de vez en cuando aparecen en "La Correspondencia de España," deleite son de mis ratos de ocio y enseñanza constante de quien, como yo, cultiva la afición con entusiasmo verdadero.

Una advertencia va á poner término á este pesado é insustancial prólogo. Acúsase á los cazadores de que á menudo mienten ó cuando menos exajeran mucho en sus extrañas y á veces interesantes narraciones. Yo quiero defenderles y defenderme de aquella acusación. Todos nosotros, amables compañeros, sabemos, por larga experiencia, que el nobilísimo ejercicio de la caza ofrece a cada paso estupendas y singulares aventuras, que al ser narradas suelen excitar la duda y á veces la incredulidad de los oyentes. Para inspirarte, acaso, mayor desconfianza, habré de confesar, lector benévolo, que soy

andaluz de pura raza, y, por desgracia, la opinión general nos tilda de los mismos defectos que á los cazadores. Luego según aquella infundada, gratuita opinión, habré de ser dos veces embustero, ó lo que es igual, *embusterísimo*. Horrible superlativo que pone los pelos de punta.

Y para desmentir la torpe y común creencia, que nos atribuye una continuada invención, dejando volar sin freno la despierta fantasía, ya que yo no tenga á tus ojos, lector desconfiado, la menor autoridad para ser creído bajo mi honrada palabra, invocaré el testimonio de un escritor ilustre, juicioso y de grande crédito, el tan justamente celebrado Argote de Molina, el cual en el capítulo XLVI de su obra "Discurso sobre la Montería," dice textualmente lo que sigue:

"Son tan maravillosas las cosas que acaecen en el monte, que dudan muchas veces los hombres de contarlas, porque la extrañeza de ellas las hace increíbles; y de aquí sucede que entre gente poco acostumbrada á

XIX

este ejercicio, son tenidos y estimados los cazadores y Monteros por hombres que se alargan en la historia de sus acaecimientos, no considerando cuánta es la malicia de los animales y la fuerza de las ocasiones y casos no pensados que en ella suceden.,,

Yo declaro y afirmo solemnemente en este lugar, piadoso lector, quien quiera que tú fueres, que jamás la mentira ha manchado mis labios, y sólo rindo y rendiré ferviente culto á la verdad. Dame, pues, tu generosa indulgencia, y ojalá logren mis desvelos la dicha de proporcionarte con la lectura de estas páginas, algunos ratos de agradable solaz, único objeto que me propuse al escribir este libreo.



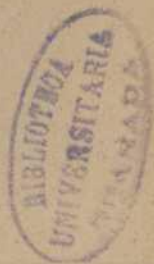


CAPÍTULO I.

De los comienzos de mi historia cinegética.

ARTÍCULO I.

Yo soy de aquellos que creen que las cosas deben empezar por el principio, aunque sin ir á buscarlo demasiado lejos ó sea *ab ovo*, para no caer en el defecto prevenido y censurado por el gran preceptista latino. Y partiendo de aquella creencia y dirigiendo una mirada retrospectiva á mi propia vida, para encontrar el comienzo de mi afición á la caza, computando lugares, acontecimientos y fechas, creo estar en lo cierto al afirmar que corría el triste año de 1.855, que á mí me faltaba uno sólo para cumplir los tres lustros de mi



edad y que mi excelente y amado padre, que hace años llovo perdido, desempeñaba un destino en la administración de la salina llamada de D. Benito, situada á tres leguas proximamente de esta ciudad de Jaén y á la mediación del camino viejo, que desde la capital conduce á la antigua Baeza.

Al recordar el año le he llamado triste, porque á la vez he recordado que en aquel verano la epidemia cólerica hizo muchas víctimas en la capital del Santo Reyno, y en no pocos pueblos de la provincia. Numerosas familias huyeron de la ciudad infestada, buscando alojamiento temporal en las casas de campo, y yo fuí, con mis padres y hermanos, á la antes citada salina de D. Benito. Todos los empleados con sus respectivas familias buscaron allí un salvador refugio, y no hubo habita-

ción del único edificio que allí existía, que no estuviera por aquel entonces repleta de habitantes.

El calor estival se dejaba sentir grandemente en la hondonada en que se hallaba y se halla situado el sencillo artefacto para la fabricación de la sal y no lejos de él nuestra salvadora morada.

Una série de pozas casi en el venaje de un largo barranco, en donde el agua estancada tenía en disolución la sustancia cristalizable por la acción de la alta temperatura; unas cuantas casetas hechas de material y separadas algún trecho entre sí para morada de los guardas ó vigilantes del codiciado producto; un olivar extenso y lindante con la interminable cañada; tierras poco accidentadas y pertenecientes, como el olivar citado, á un buen cortijo propio de un rico hacendado de Mancha

Real, constituían el amplio escenario de mis primeras aventuras cinegéticas.

Yo creo que mi padre no había disparado un tiro hasta este tiempo. La obligada estancia en el campo, le hizo, seguramente, buscar alguna distracción que viniera á alterar la insoportable monotonía, de una vida siempre igual, y él compró una escopeta y los necesarios pertrechos de cazador. Por entonces sólo eran conocidas las escopetas de pistón, que constituían un gran adelanto con relación á las de chispa, y de pistón era la que á diario veía yo en manos del autor de mis días. De ordinario mi padre salía todas las tardes por aquellos alrededores y yo solía acompañarle. Todo pájaro grande ó chico que se ponía á nuestro alcance, era elegido como víctima, y muchos quedaron sin vida, acreditando el

acierto del modesto cazador. Yo no desempeñaba en los primeros tiempos otro papel que el de cobrador de la caza, á falta de perro que lo hiciera y el de portador del precioso botín.

Ardía yo en deseos de disparar el arma; pero la escopeta era tan grande y yo tan chico y endeble, que había que renunciar á la prueba. La constancia de mi deseo solucionó el problema. Uno de los guardas poseía un retaco y lo ofreció para mi estreno. Llegó la tarde con tanta impaciencia esperada y yo salí al lado de mi padre y maestro, después de haberme aleccionado con prolijas teorías, que yo oí con todos mis cinco sentidos. Aprendí, como si nunca hubiera de olvidarlas, la série de prudentes advertencias para evitar los peligros de que está preñada toda arma de fuego, y nos ale-

jamos de la casa por el camino próximo. Miraba yo afanoso á todos lados con el deseo de descubrir una pieza, un animalillo cualquiera que me sirviera de blanco, y á poco descubrí parado en la rama más alta de un espino, por cierto muy grande y espeso, un pajarillo, que coronaba, con gallarda figura, la pomposa mata. Aceleróse grandemente mi pulso, anduve algunos pasos con sobrada precaución para que la avecilla no volára asustada, y llegado que hube á la conveniente distancia, enderecé el retaco, le apoyé en mi hombro, busqué el punto y al cubrir al pajarillo doblé el dedo, sonó el tiro y mi víctima aleteando cayó en el centro y en lo más espeso de aquella áspera mata. Tiré al suelo el retaco y corrí desalado en su busca. Reprendióme severamente el bondadoso maestro por mi injustificado acelera-

miento, y me ayudó en la busca y captura del ave herida ó muerta. Nuestras diligencias fueron vanas. El ojo no podía penetrar en aquella espesura. Intenté separar con mis manos las ramas que estaban á mi alcance, y pronto el dolor de agudas punzadas me hizo retirarlas y desistir del empeño. Allí quedó oculta y para siempre mi primera pieza de caza, que no pude ostentar como trofeo y me alejé con tristeza del lugar del infausto suceso.

Por más que he torturado mi memoria, no le he podido arrancar el recuerdo de si en aquella tarde alcancé mi codiciado botín ó si fué al siguiente día. Lo que no me ofrece duda es que desde aquella fecha yo fuí el terror de todos los pajarillos del contorno y también puedo afirmar, que por espacio de muchos días consecutivos, fuí siempre acompaña-

do, aleccionado y advertido por mi prudentísimo maestro, á quien al cabo llegué á inspirar la confianza de que yo manejaba con cuidadosa discreción el arma de fuego. Entonces y sólo entonces, me fué concedido el permiso de ir sin compañía alguna y alejarme algún tanto de la casa.

He dicho antes, que, confinando con la salina existía un extenso olivar, y pronto le hice teatro de mis solitarias escursiones. Con frecuencia me atraía el dulce y triste arrullo de las tórtolas, que nunca se me ponían á tiro. Me sorprendía á menudo el ruidoso vuelo de las perdices, que jamás me daban tiempo á reponerme de la sorpresa para disparar sobre ellas y en más de una ocasión la bandada de palomas pasaba sobre mi cabeza, sin dejarme espacio para nada. Estaba visto; yo no podía salir

de la caza menuda. Muchos días fueron transcurriendo del mismo modo, hasta que amaneció uno de verdadera y grande fortuna para el novel cazador. Según mi ya arraigada costumbre, hube de internarme en el olivar surcado por dos ó tres barrancos bastante profundos, si no es infiel mi memoria, y como de ordinario me puse á perseguir inútilmente á las tórtolas. Me iba acercando con paso lento y silencioso hácia el sitio de donde yo creía provenir el tierno arrullo del ave, cuando de improviso arrancóse una hermosa liebre, á muy corta distancia. Aceleradamente me eché el retaco á la cara, y en el instante de disparar, vi rodar la gentil pieza, hácia la cual corrí con toda la agilidad de mis delgadas piernas. Chilló la liebre al quedar entre mis manos y á los pocos momentos espiró! Muerta ya, la acaricié repetida-

mente, contemplé con fruición su enorme tamaño, recreé la mirada en las tintas y labores de su largo y fino pelo, fijé mi atención, con deleite, en aquellas tremendas orejas y en aquel limpio y redondo ojo, y en la nivea blancura de su vientre, y tras un sabroso descanso, emprendí de nuevo la marcha, llevando en suspenso de mi mano, fuertemente asida de las patas, aquella víctima de mi naciente habilidad cinegética.

No pararon allí mi dicha y mi fortuna. Quizá no habría transcurrido media hora, cuando sorprendí á una banda de perdices que apeonaban por entre amarillentas brozas, en la vertiente de un barranco. Dejé caer la liebre, que embarazaba mis movimientos, apunté con prontitud, y con la detonación coincidió el ruido del aleteo de una perdíz gravemente herida. Como yo tenía que hacer el do-

ble papel de cazador y de perro, fui á cobrar la nueva pieza, que pronto vino á yacer al lado de la hermosísima liebre. Sin morral ni percha, ya no era posible continuar la feliz jornada con tan crecida impedimenta. Resolví volver á la casa para hacer mi entrada triunfal. Hacia ella dirigí mis ya cansados pasos, seguro de causar con mi presencia admiración y entusiasmo. Confieso que me quedé corto en el cálculo, y si la modestia no me lo estorbara, yo repetiría en este momento las frases y las exclamaciones que salían á porfía de todos los lábios, apenas cundió la nueva de mi hazaña. Lo que no renuncio á decir, es, que por votación unánime, el trofeo de mi victoria fué colgado de los cruzados hierros de una alta reja en la fachada principal del edificio, y aquella noche se encendieron al pié de mis víctimas, tiasas ya

como garrotes, dos luces que alumbraron el interesante cuadro, mientras les duró el aceite que las alimentaba.

Me parece que en todo aquel mi primer periodo de cazador no volví á verme en igual espejo. Las piezas mayores, que en adelante acreditaron de certera mi puntería, fueron algunas palomas, que aceché en aguadero, y escaso número de tórtolas, que alguna vez sorprendía fuera del espeso ramaje de los olivos.

Al verano siguiente, segundo y último de mi residencia en aquellos lugares, ocurrieron los sencillos sucesos de que tendrás acabada noticia, benévolo lector, si ya la paciencia no te abandona, y te dignas continuar la lectura de estas insulsas páginas.

ARTÍCULO II.

En que se cuentan algunos pequeños episodios de mi historia antigua.

Habrás de saber, lector amable, que yo era cazador de verano únicamente, pues en el otoño anterior, limpia ya la ciudad de la epidemia, terminada la fabricación de la sal y próximo á inaugurarse el curso académico en el instituto de 2.^a enseñanza, en donde me disponía ya á estudiar el quinto año, nos trasladamos á nuestra habitual morada, y ni mi padre ni yo hubimos de tentar la escopeta única que teníamos, pues el retaco que usé en mis pasadas correrías, era prestado y volvió á manos de su legítimo dueño.

Al llegar el verano siguiente nos trasladamos de nuevo á la salina,

y tras larga interrupción reanudé mis antiguas escursiones. Ratifico lo dicho anteriormente de que no logré en esta nueva temporada aquella extraña fortuna, que se había dignado favorecerme un sólo día, si bien es cierto, que pocas veces faltaron ejemplares de caza menuda, que sostuvieran y afirmáran mi crédito de tirador. He de añadir, que con alguna frecuencia variaba de escopeta, pues siempre vivía de prestado, y he de advertir, por último, que si los sencillos episodios que voy á narrar, con mi habitual torpeza y como Dios me dá á entender, no afectan á la esencia de mi historia, andan estrechamente relacionados con ella y creo que encajan bien en este lugar.

En la época ó tiempo á que me voy refiriendo, abundaba la caza en casi todas partes, y no era escasa en aquellos terrenos, custodiados por

un guarda, alto y recio, con sendas patillas y ancha banda, que cruzaba su pecho, y en cuyo centro brillaba la placa, que de tal guarda le acreditaba. Una casilla enclavada en el centro del olivar le servía de morada, y con frecuencia visitaba la salina. Creo recordar que se llamaba Ordoñez, y tanto por su elevada estatura, que era extraordinaria, cuanto por su traje, apostura y destino, yo le miraba con mezcla de admiración y de miedo.

Alguien debió llevar á casa la noticia de que en un camino cercano, que servía de límite al olivar, se notaban pisadas de liebre, y esto despertó en nosotros el deseo de ponernos en acecho de ellas, en una hermosa noche de luna. Tres nos pusimos de acuerdo para realizar la atrevida empresa, y mis dos compañeros, —sin ofensa de su grata me-

moria,—casi tan ignorantes como yo en el arte de la caza, salimos apenas llegó la noche designada para la aventura. No recuerdo cual de los *maestros* hubo de aleccionarme respecto á lo que había de hacer, si, por dicha mia, me las tenía que haber con alguna liebre. Éllas son muy aficionadas, se me dijo, á correr por los caminos trillados y abundantes de polvo. Tan luego como se presente, se la debe *sisear*, para que al oír el animal el repentino y extraño ruido, se detenga y encabrite aguzando sus largas orejas, y esa es justamente la ocasión de disparar sobre ella. Aprendida la breve lección, pronto llegamos al camino. Quedóse uno casi á la entrada y sentóse al pié de un olivo, cuyo ramaje proyectaba densa sombra. Yo me quedé hácia el centro y en la misma forma que el anterior, y el tercero se alejó para ir

á ocupar su puesto al extremo del olivar. Perdióse pronto el ruido de sus pasos y todo quedó en el más profundo silencio. Casi oía yo y hubiera podido contar los latidos de mi corazón en aquella solemne hora. No transcurrió completa sin que yo percibiera un sordo y cercano ruido. Rápidamente se acercaba y á los pocos momentos apareció ante mis inquietos ojos, una liebre, que por hecho providencial detuvo su carrera enfrente de mí. Yo quise cumplir al pié de la letra cuanto se me había enseñado, y la obediencia al precepto me perdió. El maestro no había previsto el caso de que la liebre quedase parada en firme ante mí, pues en tal situación, no sólo era innecesario sino que perjudicaba grandemente el *siseo*. Así, con efecto, hubo de suceder. Apenas le hice sonar, cuando la liebre, apercebida de mi

presencia, dió media vuelta, abandonó el camino y al empezar su vertiginosa carrera por las tierras fronterizas, le disparé un tiro al azar, que por mi desgracia no tropezó á la pieza fugitiva. Grande fué mi disgusto por semejante contratiempo, y más le aumentaron las descompuestas carcajadas de mis compañeros, cuando reunidos una hora más tarde, oyeron de mis labios la exacta relación del suceso.

No debieron transcurrir muchos días desde mi triste aventura nocturna y la llegada á nuestro alojamiento, de un hermoso galgo, todo un buen mozo en su especie, negro como un cuervo y de gentil postura. Le había sido regalado, ignoro por quien, á mi padre, y éste le trajo de la ciudad en uno de sus frecuentes viajes á ella. Fué recibido con grande júbilo y como au-

xiliar poderoso de nuestras ineficaces escopetas. Desde aquel venturoso día, fueron muchas las tardes en que, paseando, más que cazando, por aquellos alrededores, tuvimos la buena suerte de verle correr en persecución de alguna liebre. No era aquel, ciertamente, el tiempo adecuado para las carreras del perro, y siempre sucedía lo mismo. Liebre y galgo trasponían alguna loma y se ocultaban á nuestra vista. Al cabo de un tiempo, siempre largo, tornaba en nuestra busca el fatigado perro con la lengua un palmo de fuera, la respiración anhelante y sin la pieza codiciada. Llegamos á creerle incapaz de dar alcance á la liebre menos corredora. Pero he aquí que en uno de los días, avanzamos, mi padre y yo, hasta el cercado del no distante cortijo de Cirueña, en el cual abundaban las plantas y yerbas

silvestres, reservadas para alimento y recreo del ganado, y, como de costumbre, el galgo cazaba á nuestra vista. Descubrimos un triguero posado en el tallo más alto de una mata, y mi padre le hizo un certero disparo. Cayó muerto el infeliz pajarillo, y cuando ambos corrimos á cobrarle, del pié de aquella misma mata arrancóse una soberbia liebre. Vióla el galgo, á la sazón próximo, y como de ordinario acontecía, pronto le vimos trasponer. Anduvimos largo tiempo por aquellas cercanías, y en una de nuestras inciertas evoluciones, hubimos de aproximarnos á las ruinas de una antigua casilla, á la vista del grande edificio del cortijo. Por casualidad miramos al interior de aquellas destruidas paredes, y oh sorpresa! allí estaba el galgo jadeante, tendido cuan largo era y á corta distancia la liebre hermosísima, que con su muer-

te acreditaba la bondad del perro. Acariciamos al noble animal y discurremos, tal vez con acierto, que, acaso en muchas ocasiones hubiera sucedido lo mismo, y que el galgo, no enseñado á traer ó viciado en esa interesante función, dejase abandonadas en medio de los campos las muchas liebres corridas y tal vez muertas.

Por aquel tiempo recibimos la agradable visita de mi maestro de dibujo con quien me unía respetuoso afecto, el cual se presentó en la salina á la caída de una calurosa tarde, acompañado de un amigo suyo y de un hermoso perro pachón, de legítima casta. Era aquel mi querido maestro, que jamás olvidaré, un buen artista y un excelente cazador. Llamábase D. Higinio Moltalvo, y aunque hace muchos años que se ausentó de esta ciudad de Jaén y no

pocos que pasó á mejor vida, yo conservo fielmente su recuerdo y de mi pluma no han de salir para él si no justas alabanzas. Acomodáronse los viajeros y aquella noche en la mesa hablóse largamente de caza, con grande contentamiento mío. Allí declaró mi maestro, que habiendo llegado hasta él la noticia de que abundaban las codornices en aquellos cercanos rastrojos y puesto de acuerdo con su amigo el Sr. Martínez, iban con el propósito de pasar dos ó tres días, ó mejor dicho, dos ó tres noches á nuestro lado, pues durante el día solo buscarían refugio en la casa en las horas del mayor calor. Yo me brindé á acompañarles como simple testigo de sus futuras proezas, pues tanto mi padre como yo, conocedores de nuestra insuficiencia, ocultamos á duo la pobreza de nuestros diarios ensayos.

Apenas se acercaba la llegada del siguiente día, cuando los dos huéspedes y yo nos pusimos de punta y al dibujar la aurora, como diría un poeta, su primera sonrisa, salimos de la casa precedidos del noble perro, que daba inequívocas señales de júbilo. No tardamos en oír el *pio* de los madrugadores pajarillos y los sonoros, acompasados golpes del canto de la codorniz, que á manera de eco, fuese repitiendo por diversos lugares. Ni la más selecta música produce en oídos de melomano, un efecto tan grato ni en el pecho una emoción tan dulce, como en nosotros los produjeron aquellos sonidos, que eran promesa cierta de copioso botín.

Bien pronto el noble perro que atendía al nombre de «Tipo» empezó á señalar con la dirección de sus pasos y el movimiento de su cola, el

rastró, ó sea el fresco camino que iba siguiendo la codorniz, y algunos momentos después se quedó inmóvil, con la cabeza ligeramente inclinada y la cola tendida y tiesa como un garrote. Estaba *puesto*, y su amo se fué aproximando y yo fijo y absorto en la contemplación de aquella interesante escena, de todo punto nueva para mí.

Llegó el buen D. Higinio á colocarse detrás del perro quizá á media vara de distancia, y le mandó entrar. Rompió el perro la muestra, voló la codorniz, sonó el tiro, cayó muerta el ave y acto seguido el bien amaestrado perro, traíala en su ancha boca, viniendo á depositarla en manos de su dueño. Qué hermoso espectáculo! cuanta y cuán sencilla belleza atesora! decíame á mí mismo, con el asombro de hallarme al lado de aquel hombre extraordinario, que

con tal acierto y tan gallarda maestría manejaba la escopeta. He de abreviar mi relación diciéndote, lector paciente, que por mañana y tarde se repitió durante tres días la amena excursión y pocos tiros vi errar á mi inteligente maestro. No le igualaba en destreza su amable compañero, pero en cambio recibió algunos *capotes*, ó sean punzadoras lecciones del hábil maestro en el arte y en la caza. Marcháronse satisfechos en compañía del celebérrimo «Tipo» cuyo nombre y cuyas hazañas no son para dadas al olvido.

Voy á terminar la insustancial reseña del primer periodo de mi historia cinegética, con la relación de un episodio que bastó para acreditar que la prudencia pudo hermanarse con el ardimiento de mis pocos años, y fué del modo que ahora sabrá el curioso lector.

Así que se hubieron marchado nuestros simpáticos huéspedes, volví yo á las andadas y siempre con escaso fruto. Condolide un buen señor anciano, que desempeñaba el cargo de Interventor en la salina, tantas veces nombrada, de verme sin escopeta propia y viviendo de prestado, puso en mis manos para que la usara indefinidamente, una primorosa escopeta, de un sólo cañón, ligera como una pluma, y de muy bella y artística construcción. Me consideré feliz y creí enloquecer de contento. Aquél arma era digna de más altas empresas que las que yo podía acometer, y parodiando el mandato grabado en las hojas de las espadas toledanas, bien parecía decirme «no me encares sin razón ni dis pares sin honor.»

Ardía yo en deseos de probar la preciosa arma, y me propuse dilatar

el campo de mis operaciones. Así lo hice en efecto. *Salíme cierta mañana del sol al primer reflejo*, y nó por la puerta segoviana, como dijo el malogrado Serra, en una de sus bellas creaciones dramáticas, sino por el ancho campo y sin estudiada dirección. Fuime poco á poco alejando, y al fin y casi sin saber en donde me hallaba, descubrí á larga distancia, una grande laguna, en cuyas tranquilas aguas se miraba el cielo y brillaba deslumbradora la luz del sol. Lleno de curiosidad me fuí aproximando á la inmensa charca, y al llegar á su orilla, descubrí, allá en el opuesto lado, una bandada de aves acuáticas, para mí desconocidas y que pronto despertaron mi codicia. Pretendí dar un rodeo y caer sobre las que juzgué descuidadas y seguras víctimas. Mi pretensión fué inútil. Pronto volaron y mientras unas fue-

ron á situarse en el opuesto extremo, otras alzaron su vuelo á colosal altura y traspusieron del alcance de mi vista. Esto se repitió muchas veces. Disparé repetidamente mi escopeta, pero siempre era tan disparatada la distancia, que mis tiros jamás hacían blanco. Yo sudaba copiosamente y me hallaba en un grado de exaltación tal, que cualquiera al verme hubiera juzgado mal del estado de mi cabeza. Miraba yo con afán á todas partes y en todas veía aquellos malditos pajarracos, aquellas provocativas aves que se apiñaban sobre el agua y siempre en el lado contrario, como si buscaran la mayor distancia posible. De pronto, una idea luminosa, un verdadero rayo de luz, penetró en mi exaltado cerebro. Yo llevaba conmigo una ó dos balas y era buena ocasión de gastarlas. Me olvidé de decir que

la linda escopeta del Interventor era de pistón y por lo tanto se cargaba por la boca. En aquel momento de mi salvadora inspiración, el arma se hallaba descargada. Procedí nerviosamente á echar la pólvora, apreté el taco de esparto y después metí una bala, que entró holgadamente por la boca del cañón. No había descendido una cuarta en el interior, cuando quedó atrancada. Hice uso de la baqueta de hierro, y á fuerza de golpes pude hacer que llegara la bala como á la mitad de la longitud del cañón. Todos mis esfuerzos fueron inútiles para hacerle bajar de allí. A todo ésto, las inquietas aves, se movían incesantemente como estimulándome á mi propia perdición, que tál hubiera sido, si yo, en un rasgo de enérgica voluntad, no les hubiera vuelto la espalda, emprendiendo una prudente retirada.

Cabizbajo, mohino y cariacontecido llegué á casa, lleno de confusión y muy temeroso de confesar lo sucedido. Y era preciso hacerlo, porque la escopeta quedaba inservible. Yo no encontraba el medio de sacar por arriba el proyectil, tan repetidamente atacado, y después de algunas vanas tentativas y convencido de lo imposible del empeño, me decidí á revelar el suceso al dueño del arma. Con calma y bondad oyó de mis labios la narración del suceso. Al día siguiente se mandó la escopeta á la ciudad y un maestro armero la devolvió en el mismo día, limpia y corriente. Ni yo la solicité, ni me fué ofrecida de nuevo.

Llegó el término de nuestra residencia en aquellos lugares, hoy para mí de grata recordación como cuanto se refiere á la dichosa edad de la vida en que todo sonríe. Volvimos á

la ciudad y al poco tiempo un cambio político dió origen al obligado trasiego de empleados y motivó la cesantía de mi padre. En tales circunstancias ya no habría de volver al teatro de mis primeros ensayos cinegéticos. Yo estudié el sexto y último año de la segunda enseñanza y así acabó la primera época de las tres que abraza mi historia de cazador.

Al cabo de largos años he ido á cazar, más de una vez, á un famoso coto, cercano á la salina. Desde alguna altura he contemplado aquellos terrenos y aquel olivar, hoy propiedad de un hijo del antiguo dueño, muy fino y estimado amigo mío, de quién tengo recibidas muchas muestras de atención y de afecto. Acaso alguna vez haga uso de sus generosos ofrecimientos y pueda reconstituir, en los mismos lugares, los da-

tos algún tanto borrosos de aquellas mis primeras aventuras.

Artículo aparte merece el segundo periodo, que se inició al siguiente año y terminó con él, en otro lugar muy distante del primero. Y fué como sigue.

ARTÍCULO III

Del segundo periodo de ésta mi verídica historia

Húbose cumplido un año justo, desde que para siempre hubimos de abandonar aquel grato retiro. Se multiplicaron mis amistades en la ciudad; terminé mis estudios en el Instituto, continué los del dibujo y no pensé por entonces, ni hallé ocasión ni estímulo para el ejercicio de la caza.

Así estaban las cosas, cuando supe que mi padre había de ir á des-

empeñar la secretaría de un pueblo de esta provincia, situado á muchas leguas de la capital. Dos cosas llegué á entender, que me lastimaron hondamente. La una fué la imposibilidad de que yo continuára las tareas académicas, que exigían ya el comienzo de una carrera y con esto la residencia en la capital de un distrito universitario. La estrechez de nuestra fortuna no permitía tal cosa. La segunda, el próximo traslado de toda la familia al pueblecito, cuyo nombre no hace al caso.

Tristemente preocupado con estas primeras contrariedades de la vida, ví llegar la fecha de nuestro viaje, y, con lágrimas, me despedí de mis amigos, por tiempo indefinido. Estaba preparado nuestro alojamiento en la misma casa del Ayuntamiento y ésta estaba situada en la plaza de la Villa. Al día siguiente al de



nuestra llegada, me digné asomarme á un balcón y contemplé unos momentos, aquello que constituía lo más céntrico y lo mejor del pueblo. Y en verdad que el contraste con la ciudad dejada era grande y doloroso! Yo sentí una profunda nostalgia y resolví en mis adentros, no echar el pié á la calle. En la casa contigua habitaban dos matrimonios. Un padre y un hijo, ambos casados, el primero en segundas nupcias y con una niña fruto de la nueva unión, y el hijo sin descendencia. Mateo, que tal era el nombre del hijo, era apasionado á la caza y no tenía otra ocupación. La próxima vecindad nos hizo entablar amistosas relaciones, y poco después yo era el constante compañero en todas las expediciones cinegéticas de mi activo vecino. Mateo poseía tres ó cuatro reclamos de perdíz, machos, que en

boca de su dueño gozaban de buen crédito, especialmente dos que llevaban respectivamente los nombres de *Cabrera* y *Pastor*. Llegada la época del celo, nos consagramos al *puesto*, en cuerpo y alma. Abundaban por aquel terreno de campiña, desnudo de árboles y de vejetación, las perdices. Mateo llevaba siempre su pájaro mejor y á mí me daba el segundo en orden del mérito. En los primeros días la cosa caminaba á las mil maravillas. Los dos tirábamos en casi todos los puestos, y ambos estábamos contentísimos. Pero he aquí que el buen Mateo hubo de regalar á un personaje el más famoso de sus pájaros. Tomó para sí el segundo y á mis manos vino el tercero, que para nada servía. Mientras Mateo se divertía en sus puestos y hacía numerosas víctimas, yo me desesperaba en ellos, por el silencio ó la brega

del reclamo. Descubrí, por fortuna mía, que en unos cerrillos de poca altura generalmente, en cuyas cimas abundaban los peñascos y llamados en el país *castellones*, existían algunos conejos, y desde que tal descubrimiento hice, solía abandonar el puesto y prefería ponerme de rececho de aquellos incautos animalillos, de los cuales siempre mataba alguno.

Con frecuencia hacíamos puesto de alba, no pocas veces empalmábamos con el de sol y en muchas ocasiones hacíamos el de tarde. Alguna vez echábamos un trasnoche durmiendo en algún pobre cortijo en cuyas tierras habíamos de cazar al día siguiente. Entre otras expediciones recuerdo una, en la que de madrugada las gentes del cortijo nos invitaron á comer unas migas, á las que mezclaron, según costumbre, unas

cuantas *guindillas* ó sea pimientos extremadamente picantes, y yo creí reventar con el vivo escozor que se me produjo en la boca. En otra ocasión fuimos á parar á la pobrísima casa de un cortijuelo situado á orillas del Guadiana menor. Dos hombres solitarios la habitaban. Eran hermanos, y uno de ellos se fué al pueblo, poco después de nuestra llegada. La única pieza habitable era la cocina, que se hallaba á la entrada. Dos poyos uno á cada lado del fogón, de un par de varas de longitud, servían de asiento durante el día y de cama por las noches. Ardía trabajosamente el fogón despidiendo mucho y pestilente humo por hallarse alimentado con granzones y boñiga del ganado vacuno. Instalada con estrechez en una mala cuadra nuestra única cabalgadura, tomamos posesión de uno de los poyos destinado á servirnos de mullido

lecho en la cercana noche, que había de resultar toledana. Al pié mismo del poyo estaba tendida, respirando con dificultad por su estremada gordura y gruñendo con sobrada frecuencia, una enorme marrana, que era desde aquel momento nuestra interesante vecina. El medio salvaje cortijero se preocupó poco ó nada de nuestra presencia. El realizó todas sus acostumbradas operaciones y bien pronto se tendió cuan largo era, se cubrió hasta la cabeza con una manta ó capote, y antes de los cinco minutos roncaba á pierna suelta y como un bienaventurado. A nuestra vez tendimos, como único colchón, sobre el poyo una simple zalea y un par de mantas, y guardando lo mejor posible el equilibrio por no rodar al suelo desde la altura de aquel *estrecho y fementido lecho*, procuramos reconciliar el sueño, no sin ha-

ber dado un soplo al candil, que pendiente de una cuerda atravesada de un lado á otro de la campana de la chimenea, alumbraba aquel teatro de nuestra temerosa aventura.

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando empezó á inquietarnos, ahuyentando todo conato de sueño, un fuerte picor, que se multiplicaba rápidamente por diferentes partes del cuerpo. El cerdo, ó mejor dicho la cerda, inconsiderada, bufaba sin descanso y desalojaba gases de su monstruoso cuerpo, que llegaban hasta nosotros y no con olor de ámbar. En breve consejo de familia resolvimos encender la luz, pues lo de rascarnos ya lo veníamos haciendo sin consulta prévia. El caso se hizo difícil, porque ni uno ni otro llevábamos cerillas ó mistos. La yesca no servía para el caso. Mi buen compañero desentrañó el escaso res-

coldo del hogar, sopló muchas veces con toda la fuerza de sus pulmones para producir una débil llama y logró, por último, que la luz fuera hecha. Élla puso de manifiesto ante nuestros asombrados ojos, que la causa del horrible picor que nos inquietaba, era una formidable legión de pulgas, que con espanto vimos saltar por docenas, apenas hubimos aproximado el candil luciente á las menguadas ropas de nuestro lecho. Desde aquel instante nos convencimos de que pensar en el sueño era pensar en lo imposible. Una baraja que mi vecino rara vez dejaba de llevar en su bolsillo, nos ayudó á pasar la velada. La *brisca* nos entretuvo hasta que la luz consumió la última gota de aceite. Quedamos al cabo en profunda oscuridad y silencio, esperando la llegada del ansiado día. Faltaría para ello como cosa de una hora,

cuando sentimos las primeras ráfagas de un viento que gradualmente fué creciendo en intensidad, haciéndose huracanado al despuntar el día. Ya habíamos salido del cortijo y con la yegua del diestro caminábamos en busca de los puestos. Me quedé en el mío sin esperanzas de hacer nada, porque el viento arreciaba que era un gusto. Mi compañero se alejó en busca del suyo y á la traspuesta de una loma próxima dejó trabada su hermosa yegua. No pudimos resistir arriba de media hora. El viento se hacía insoportable y ni las jaulas ni el campo decían este pico es mío. Coincidimos en el intento de abandonar los puestos, y juntos fuimos en busca de la cabalgadura. Era ésta un hermoso animal, sobrado de carnes y de génio y falto de trabajo. Cuando nos acercábamos empezó á trabear y no se daba pun-

to de reposo. Cayó al suelo la zalea que recogimos, y despues cayeron los aguaderines, que echamos sobre nuestros ya cargados hombros, y con jaulas, mantas, aguaderines y zalea, sudando por el peso y la carrera, pudimos apoderarnos del brioso animal á no larga distancia del pueblo. A nadie contamos el cómico suceso, en el que salimos ambos tan mal librados.

Algunos meses después de la pesada aventura, que dejo referida, llegó un día á buscarme mi amable vecino, invitándome con cariñosa insistencia, á una correría de liebres. En unión de tres señores de los principales del pueblo, salimos de él, formando parte de la comitiva, tres esbeltos galgos. Montaban aquellos hidalgos en briosos corceles, que tales me parecían, al compararles con la burra que yo me agencié para el

caso. Mi vecino cabalgaba en su lozana yegua, cuyo vientre ancho y turgente en demasía, revelaba á las claras su estado interesante. Avanzábamos por ancho camino formando un grupo animado y vistoso, cuando Mateo vino á ponerse á mi lado y me propuso el cambio de caballerías, pues, según me dijo, el era muy aficionado y ardiente corredor. No respondía de sí mismo en cuanto saltara la primera liebre, y era peligroso para el animal que montaba el esfuerzo de la carrera. Accedí como era natural á su deseo, y un momento después estaba hecho el cambio. Llegados á un sitio no muy distante del pueblo, abandonamos el camino, y, ordenados en fila y mano, empezamos á cazar. No recuerdo el lugar que yo ocupaba. Solo puedo decir que á poco tiempo y cuando más descuidado iba, se arrancó una va-

liente liebre delante de mí y á cortísima distancia. Bien fuera por antigua costumbre de la yegua, ó por el estímulo de las voces que animaban á los perros, ó, finalmente, porque yo ayudara con mis piernas al bien dispuesto animal, es lo cierto que la yegua dió dos ó tres saltos avanzando y rompió á correr en vertiginoso galope. Todos corríamos excepto el pobre Mateo que, voceaba inútilmente para que yo detuviera á la yegua. Antes al contrario, yo, entusiasmado, espoleaba con los talones al noble bruto y tuve la singular fortuna de no perder de vista un sólo instante á la liebre, seguida muy de cerca de los tres perros, enterándome al menudeo de todos los accidentes y de los ingeniosos recursos que fué empleando la apurada fugitiva, hasta que al cabo cayó prisionera de sus perseguidores. La alegría se pintó

en todos los semblantes. Con el botín de la victoria volvimos al lugar en donde parado en firme se encontraba el enfadado Mateo, quien reprendió con prudencia mi incalificable conducta. Por fortuna mía, el tremendo lance no aceleró el alumbramiento de la yegua. No puedo tampoco precisar si en aquel día vimos correr algunas otras liebres. Sí recuerdo que para evitar un nuevo riesgo, deshici-mos en el acto el cambio, y yo torné al pueblo como hube salido de él, ó sea cabalgando en la mansa pollina.

Ningún otro lance, que saliera de la medida ordinaria hubo de acontecer, hasta que llegó el término de nuestra residencia en el pueblo. Al cabo de diez y seis meses abandonamos, para siempre, la villa, y volvimos á la capital, en donde habían brindado á mi padre con un destino particular.

Han transcurrido más de cuarenta años. Hace algunos que pasé por el pueblo, y le desconocí, por lo mucho que había mejorado desde aquella remota fecha. Sus campos están hoy poblados en gran parte, de viñas y olivares, que en aquel tiempo no existían y que han venido á multiplicar su riqueza. Ignoro lo que ha sido de aquellos mis amigos, á quienes consagro en este lugar un cariñoso recuerdo.

ARTÍCULO IV.

De la tercera y última parte de mi historia cinegética

Yo sé que andan muy fatigados los hombres de letras porque han hallado ciertas lagunas en la vida de los más célebres ingenios, lagunas que los tienen inquietos y desasosegados, investigando sin descanso en que invirtieron su inteligencia y su tiempo aquellos hombres privilegia-

dos. Reina la obscuridad más completa y es necesario hacer la luz, á toda costa. El descubrimiento, si se alcanza, no sólo dará satisfacción á nuestra viva curiosidad, sino grandes enseñanzas y altos ejemplos, dignos de imitación. Yo no quiero fatigar ni poco ni mucho á los curiosos del porvenir, y al empezar la tercera y última parte de mi historia cinegética, he de revelar cumplidamente la existencia de una tirada de años, durante los cuales no aparece hecho ni aventura, empresa ni proyecto alguno, relacionado con el arte de la caza, porque unas muy serias atenciones y cuidados, recluyéndome en las ciudades, me apartaron de los campos. El estudio de una muy honrosa carrera y una penosa campaña de oposiciones, absorvieron mi actividad y mi tiempo, no dejando espacio á las distracciones del sport.

Ya habrás entendido, lector discretísimo, que he estampado un rasgo de humorismo en lo que poco antes has leído, pues ciertamente que mi vida humildísima, no ha de ser objeto de atención ni de investigaciones por parte de nadie, y una vez llegado el término de esta miserable existencia terrena, mi pobre cuerpo volverá á la madre tierra, mi alma libre, volará al cielo, y no quedará de mi paso por el mundo huella ni señal alguna, así como se borra y se pierde para siempre, la raya que con el dedo trazamos en la superficie del agua.

Reanudando el cortado hilo de mis confidencias, habré de decirte, lector indulgente, que en este largo periodo de mi historia, no me es posible sujetar á orden, rigurosamente cronológico, la relación de mis hechos, expediciones y aventuras, por-

que tampoco le guardan en mi memoria los recuerdos de aquellas realizadas empresas. Ni valdría la pena de ocupar tu atención ni mi pluma, mucho de lo que yo hubiera de referirte. Así es que para no pecar de prolijo y sobre todo de impertinente, habré de dirigir mi empeño á lo poco que se sale del nivel vulgar y ordinario, y habré de expresarlo con la misma sencillez é ingenuidad á que ya debes estar acostumbrado.

De ahora en adelante, no habré de limitarme á la narración de los hechos; pienso ocuparme también de asuntos que se relacionan estrechamente con la afición al ejercicio de la caza, y en los cuales habré de emitir mi humilde parecer, acreditando el título de este librejo. Ahora más que nunca, he de poner á prueba tu paciencia y he de necesitar el grado mayor de tu indulgencia.

Ármate de aquélla y no me niegues ésta, y recibe de antemano, en pago de tu bondad, mi sincero y más expresivo agradecimiento.





CAPÍTULO II.

De mis perros

ARTÍCULO ÚNICO.

Decidme: ¿qué es un cazador sin ese fiel compañero y efficacísimo auxiliar, que le precede y le acompaña y le revela, por medio de signos clarísimos, la proximidad de las piezas y hasta la especie á que pertenecen? ¿Cuál cazador no sabrá leer como en páginas de un libro, lo que el perro va diciendo en la variada serie de los movimientos de su flexible cuerpo, y especialmente en los de su cola, incesante reveladora de lo oculto y desconocido? Y téngase

entendido, que si ensalzo con mi elogio á todos los perros de caza, dirijolo especialmente al pachón, al perro de muestra, al perro por excelencia, al que más que ningún otro se pone á merced y voluntad del hombre, siendo un modelo de cariñosa sumisión y ciega obediencia. Digérase que adivina el deseo del cazador; le consulta con su atenta mirada, en la que parece brillar la luz de un rayo de inteligencia; le precede á corta distancia, volviendo á menudo la cabeza, atento á la menor indicación de su dueño, para variar el rumbo, ó detenerse, ó venir á colocarse á su espalda. Quédase de muestra, inmóvil como una piedra, esperando, largo tiempo á veces, la llegada y el mandato del cazador, para romper la firme postura y arrojarse sobre la pieza que tiene á la vista. Atiende al tiro, y si va herido el animal, que

vuela ó corre, el perro le seguirá hasta cobrarle, y volverá, gallardo y hermoso, trayendo hasta dejar en manos de su señor la codiciada pieza. Si por exceso de celo en su servicio, se aleja sin deber hacerlo, al oír el silvido ó la voz airada de su dueño, corta de repente su loca correría y torna humilde, con la cabeza baja, y con su triste mirada confiesa su falta y pide perdón y misericordia. Sufrirá el castigo dejando escapar algún grito lastimero, y después lame rá cariñoso la mano de su verdugo. Todos los grandes naturalistas han elogiado á porfía, las condiciones morales del perro. ¿Quién pondrá en duda la justicia con que, desde la remota antigüedad, el perro fuera tomado como símbolo de la lealtad?

Voy á ocuparme de algunos de los míos, á quienes he amado, ¿porqué

no decirlo? con amor entrañable, y tengo el íntimo convencimiento de haber sido correspondido.

¿No sabes, lector curioso, quien fué *Quinto*? Pues tal nombre le llevó un perro, de no larga pero sí interesante historia. Fuéme enviado como obsequio por un aficionado y muy buen amigo del Castellar de Santisteban en esta provincia de Jaén. Ya tenía cerca de dos años de edad, y atendía al nombre de *Quinto*. El color de su pelo no era vulgar. Sobre fondo negro se descubrían algunas pequeñas manchas de pelo que propendía á ser rubio, y las tenía diseminadas por todo el cuerpo. Siempre me fué desconocida su genealogía. Era pachón, no legítimo sino cruzado, que es la casta que por estas tierras más abunda. Se me dijo por el donante en finísima carta, que el perro mostraba buenas ap-

titudes, pero que apenas estaba iniciada su educación. Por circunstancias que no hace al caso enumerar, dispuse que el nuevo perro tuviera su residencia en una casa de campo, en finca poblada de olivos, que por aquí llamamos *caserías*, y recomendé eficazmente su cuidado. Cuando de tarde en tarde yo aparecía por aquellos terrenos, *Quinto*, apenas me divisaba, se dirigía á mí, deshaciéndose en fiestas y en halagos, y ya no me abandonaba un solo instante. De ordinario, según me informaban, acompañaba al mulero de la casa, mientras trabajaba fuera de ella, y todos elogiaban la bondad del animal. La gente de campo, que tal vez por la rudeza de su vida y trabajos propende poco á la observación, quedó asombrada alguna vez, por actos del perro, que parecía entender lo que se hablaba. Por no pecar

de prolijo, dejo de citar alguno de aquellos hechos admirables.

Transcurría el tiempo y yo esperaba, con viva impaciencia, que llegara la época de cazar las codornices en los rastrojos de cortijos cercanos. Llegó la deseada ocasión, y apenas amanecido un caluroso día del mes de Agosto, salí con mi escopeta y seguido de mi fiel perro. Llegado que hube al terreno apropiado, estimulé á *Quinto* para que pasara delante, y pronto el fuerte olor de una codorniz penetró en su nariz y moviendo aceleradamente su cola, se precipitó en vertiginosa carrera, sin atender á mis silvidos ni á mis voces, y pude ver que allá lejos voló la fugitiva codorniz, tan reciamente perseguida. Repitióse la escena unas cuantas veces, y viendo yo que ni la dura reprensión ni la amenaza bastaban á contener aquel pujante y loco

celo, llaméle indignado después de un lance de aquellos, y cuando le tuve á mi alcance, descargué sobre su lomo un fuerte golpe, con la misma escopeta que tenía en mis manos. Nunca lo hubiera hecho! Exhaló *Quinto* un grito lastimero, me dirigió una mirada tristísima, vino á colocarse á mi espalda y tan cerca de mí, que al andar le tocaba de continuo con mis talones, y aunque muchas veces lo intenté, no pude conseguir, en toda aquella mañana, que el pobre animal, tan sensible al castigo, me precediera un solo paso.

Continué repitiendo mis salidas muchos días consecutivos. Por medio del halago logré que el perro fuera delante de mí. Poco á poco se fué conteniendo y no tardó en quedarse de muestra. Cuando hubo mordido media docena de codornices, que por cierto cobraba y traía con

grande perfección, puedo decir que su educación ya estaba terminada. Ya era un perro maestro; no había más que coser y cantar.

Seguí en aquel tiempo y en aquellos lugares cazando á diario, hasta que en el mes de Septiembre se fueron juntando las codornices que restaban, y de golpe desaparecieron, dejándome la tristeza de un año de ausencia. Regresé poco después á la ciudad, pero allí dejé el perro, en la que ya era su habitual residencia. Cuando yo iba de vez en cuando á visitar aquella finca, *Quinto*, mi fiel *Quinto*, enloquecía de placer. Durante mi estancia era mi inseparable compañero. Mientras comía, poníase á mi lado, sentado sobre sus patas, como los perros se sientan, y no apartaba un solo instante de mí su clara mirada. Si por ventura yo fijaba en él mis ojos, al cabo de unos

momentos bajaba su cabeza y venía á quitarse de la acción de mi vista, que no podía resistir, y se colocaba detrás de mi asiento. Cuando había yo de abandonar la casería, ordenaba su encierro en una habitación baja y con reja al patio de la casa. Mientras se arreglaba el caballo en el patio mismo y se hacían los últimos preparativos para mi viaje, el perro, trás de la reja, miraba con tristeza aquella escena y muy por lo bajo dejaba escapar un verdadero quejido. De vez en cuando lo repetía, y así que yo daba el adios á las gentes que me rodeaban, *Quinto*, lleno de pesadumbre, se hacía una rosca en el suelo y allí, como quien se resigna á morir de pesar, ni pedía su propia libertad, ni, estimulado por el hambre, ladró jamás en demanda de su alimento. A todos maravillaba aquel proceder del noble animal, á quien,

poco menos que á viva fuerza, sacaban del encierro.

Acaso no habrían trascurrido tres meses desde que puse término á mi dichosa temporada de caza, cuando se me hizo saber que *Quinto* había desaparecido. Inutilmente le habían buscado por aquellos alrededores. Nadie daba razón del perro. Ordené su busca á mayores distancias, y al cabo y con gran dolor supe que el perro había muerto envenenado en los terrenos de una finca cercana, cuyo dueño, á quien Dios, haya perdonado, faltando á los preceptos de la ley y á las consideraciones de vecindad, había sembrado de bolas de estrignina aquellas tierras, atravesadas por veredas de pública servidumbre. Tal y tan desdichado fué el término de aquella corta vida, cuyo recuerdo he querido consignar en estas páginas.

Hallándome sin perro y considerando que todo cazador debe tener en él como su natural y necesario complemento, hice diligencias y me valí del influjo de algunos amigos para que viniera á mis manos una perra llamada Tula, de la que yo tenía los mejores informes. Vino al cabo á mi poder, y aleccionado por la dolorosa experiencia, no quise dejarla en el campo. No me arrepentí de haberla traído á casa, pues en ella nunca dió el más pequeño motivo de disgusto. Tan entendida era y tan acostumbrada estaba á la sociedad doméstica, que siempre estuvo por modo invisible entre nosotros, oculta bajo un sofá, butaca ó mueble cualquiera, pero jamás enmedio ni estorbando el paso. Era una perra cruzada, más bien baja que alta, de pelo blanco con grandes manchas rubias, de un color casi ana-

ranjado. Su cabeza era pequeña, su mirada humilde y dulce, y el conjunto de sus ojos, nariz y boca, ó sea de sus facciones, si en ello no ofendo á las criaturas racionales, era estremadamente simpático. Por añadidura tenía constantemente un temblorcillo en la cabeza, semejante al temblor senil en el hombre. La perra estaba *aireada* desde su juventud. Yo supongo y en esto hablo á tientas, que alguna *hemiplegia* hubo de traerla á tal estado. Cuando dormía, padecía numerosos ataques convulsivos, que instantaneamente cedían al volver al estado de vigilia. Tenía más afición y maestría que vientos ó nariz. Era sumisa y obediente, cariñosa y leal. Aquí rindo un recuerdo de gratitud á la amable familia, que, por gusto mío, privóse de aquel estimado animal. Tendría tres ó cuatro años de edad cuando pasó á ser mía, y yo

la cacé durante otro tanto tiempo, gozando mucho en su fiel compañía. Trabajaba en el campo sin descanso, y traía á la perfección. No dejaba nada que desear. Mientras cazaba, nadie le hubiera conocido la crónica enfermedad que padecía. Sólo en la quietud y sobre todo en el sueño mostraba tal flaqueza.

El año en que la perra cumplía los ocho de su edad, estábamos sin cazar desde la primavera y por lo tanto élla y yo descazados. Corría el verano con su sol abrasador, y nosotros muy holgados á la sombra de la casa. Tula había engordado mucho y le habían crecido grandemente las uñas. Así las cosas, el día 18 de Julio de un año que en este instante no puedo precisar, pero cuya fecha ya está distante, hablóme un amigo mío y me propuso una expedición de un sólo día, á un lugar acotado, dis-

tante un par de horas de la ciudad. Iríamos tres ó cuatro amigos, con nuestros respectivos pachones. Para cazar en el vedado, el que me hablaba, tenía ya la oportuna licencia del dueño. Los pollos de perdíz ya estaban grandes, abundaban en el coto, así como las liebres, y era muy fundada la esperanza de un día feliz. Prontamente convinimos en que un hombre, buen cazador que había de ir á nuestro servicio, saldría de la ciudad á la media noche ó madrugada del día 20, que era el señalado para nuestra temeraria empresa, llevando consigo los perros y una burra con sendas botijas, llenas de agua fresca, destinada á apagar nuestra venidera y ardiente sed.

Sería poco más de las nueve de la noche del 19 del citado Julio, cuando llegó á mi casa el buen Josillo, que así llamábamos al cazador auxiliar,

para recoger y llevarse mi perra. Estábamos en familia y Tula, como de costumbre, se hallaba oculta y tendida debajo de un sofá. Hube de llamarla repetidamente y no acudió á mi llamamiento. Tal vez la energía de mi voz en el mandato, la llenó de temor. Tuve al fin que inclinarme, y, asiéndola del collar, la saqué arras-trándola. Cito estos pequeños detalles, porque fueron como misteriosos preliminares y augurios del fin trágico de aquel inolvidable animal.

Sujeta de la cadena salió la perra de mi casa para no volver más á ella.

A las cuatro de la mañana y con una temperatura muy agradable, salimos de la ciudad, en un coche los cuatro amigos concertados y á las seis, próximamente, llegábamos, sin tropiezo, al lugar designado. Al lado del camino hallamos á nuestro servidor y con él esperaban los perros y

la burra. Poco después estábamos cazando. Con muy buena fortuna lo hicimos durante toda la mañana. El sol nos enviaba unos rayos como de plomo derretido. Sudábamos copiosamente y el agua era nuestro recurso y consuelo. Tres veces se dió de beber á los perros jadeantes, que iban trabajando con grande entusiasmo. Al mediar el día, arrancóse una liebre. Disparósele por uno de nosotros y aunque bastante herida siguió corriendo y la perdimos. Hubimos de buscarla y segunda vez se le hirió sin rematarla. Enardecida en su busca, mi celosa Tula no dejaba mata sin registrar, y por último, á la tercera vez la liebre vino á engrosar nuestro crecido botín de caza. Nos dispusimos á retirarnos á la casa, no distante de allí, y á buen paso fuimos en su busca. Mi perra llevaba un palmo de lengua fuera, y á la escasa

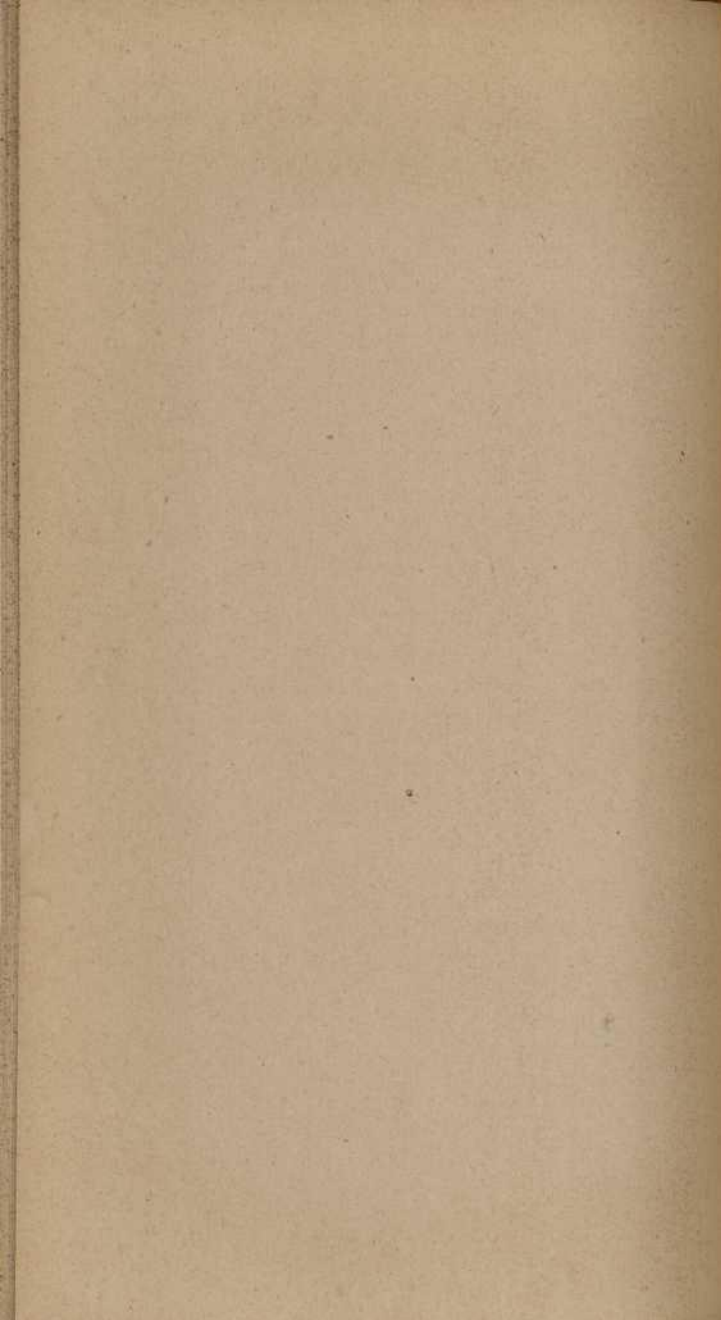
sombra de una mata de poca altura, se echó para descansar. Cuando nos alejábamos la llamé y confiado en que más ó menos pronto me seguiría la dejé en paz. Transcurrió algún tiempo, invertido en preparar nuestra comida, y Tula no pareció. Tenía yo mi disgusto por la extraña tardanza y procuraron tranquilizarme, ofreciéndome, que, al reanudar el ejercicio, iríamos por aquel lado, en donde seguramente hallaríamos al animal. No sucedió así, por desgracia. Ni estaba en el lugar donde todos la vimos, ni los silvidos ni los tiros la hicieron acudir. Llegó la hora del regreso á la ciudad, y volví sin la perra, con gran duelo de mi familia. Al día siguiente y cumpliendo órdenes mías, volvió Josillo al lugar mismo, en busca de la perra. Las gentes del cortijo la habían hallado muerta á la mediación de la distancia entre

el sitio en donde por última vez la ví y la casa, que nos sirvió de albergue. El fiel animal intentó, seguramente, ir en mi busca, y la axfisia la mató en el camino. Ahogado murió aquel noble animal del cual conservó grato y fidelísimo recuerdo. Josillo me dió cuenta de su cometido entregándome una oreja de la infortunada Tula, cuya prenda he conservado hasta hace poco tiempo.

Lamentaron como yo el infausto suceso mis tres amigos y compañeros de expedición, y uno de ellos poseedor de una excelente perra, me envió una preciosa cachorra, que tendría hasta un par de meses, hija de aquella y de acreditado padre. Fué criada con esmero y no costó trabajo el enseñarla. Ha cazado mucho y bien, durante diez años. Vieja, gorda y achacosa, mi pobre Diana, de carácter áspero é irascible, dis-

puesta á la pelea con todo el mundo, y medio inútil para el activo ejercicio, decreté su jubilación y la envié á una casa de campo, sustituyéndola por un perro que compré hace dos meses, hijo de un setter y de madre de este país. Cuando escribo estas líneas aún no le he probado. Espero que Alí responda á la fama de que goza, á lo menos en boca del que era su dueño.

Te cansaría, seguramente, lector bondadoso, si en este momento no supiera resistir la tentación de hablarte de Tabique. Linda, Ligera y de otros varios perros de muy breve historia y que me han hecho desistir de la espinosa empresa de la cria y enseñanza de ellos. Bueno está lo bueno y perdóname si ocupé largo rato tu atención, pacientísimo lector, con asunto de tan escaso interés y de ningún provecho ni enseñanza.





CAPÍTULO III.

De mis monterías

ARTÍCULO I.

Estas son ya palabras mayores. Hasta aquí ha sonado la música ligera y juguetona, alegre y callejera; cuando más habrás escuchado las armonías de regocijada zarzuela. Ahora suenan los primeros acordes de una grande y grave sinfonía, que encierra todos los motivos de la ópera. No sé si será ó no de tu agrado, benévolo lector, el atrevido símil. Yo hice mal en elegirle, porque menos versado en la música que en la caza, con serlo tampoco en esta, no debí emplear las cuatro frases dichas ni

meterme en dibujos para no correr el riesgo de tu justa censura. Mas ya lo hice y adelante con los faroles.

¡Oh majestuosa, dilatada é incomparable Sierra Morena, famosísima cordillera Mariánica de los geógrafos, soñado Paraiso de los apuestos monteros, mansión de inagotables y purísimos goces, mar ondulante de colinas y de jarales, asilo misterioso de tantas generaciones de animales feroces, de tantas y tan preciadas aves, y teatro constante de cuentos y aventuras! En tus graciosas faldas, he visto las risueñas casas de recreo, las renombradas viñas en donde los hidalgos de la ciudad de Andújar pasan largas temporadas, gozando los encantos de la vida del campo, lejos del mundanal ruido, como dijo el gran maestro Fray Luís, y en donde comienza la agreste pendiente, que cada año trepa animosa la pia-

dosa romería que lleva sus homenajes de amor á la imágen bendita de nuestra señora de la Cabeza! Allí se alza severo y majestuoso, en la cima del más alto cerro y en lo más encrespado de aquel mar de eterna verdura, el famoso santuario, mole inmensa de piedra, que la ardiente fé y piedad de nuestros mayores alzó en la tierra á la Reyna de los Cielos! Descubríos reverentes, como lo hicieron desde tiempo inmemorial las legiones de cazadores, al divisar la obra gigante de los hombres del pasado é invocad la protección de la imágen milagrosa, para que os libre del peligro que allí os cerca y amenaza!

Pero no adelantemos los sucesos. Desde mi florida juventud, ya tan distante que he llegado á perderla de vista, ardía yo en deseos de visitar aquella renombrada Sierra Morena, cuya silueta se descubre, como

barrera del horizonte, desde esta capital del Santo Reyno. Obscura y con tinta azulada parece un inmenso cetáceo, que navega en mar frecuentemente brumoso. En muchas ocasiones las nubes se posan y descansan sobre el inmenso lomo de aquella perpétua ballena y borran con tonos grises, el largo contorno de su cima. En los claros y serenos días del invierno, cuando la atmósfera purificada por vientos y lluvias, se queda transparente como un fino cristal, se divisa, desde las alturas de Jaén, hasta los menores accidentes de aquella remota silueta.

Hace ya muchos años, sin que pueda fijar su número, que una feliz casualidad me brindó con la soñada ocasión de ir á la sierra. La fecha remota á que he de referirme, hace que mis recuerdos se ofrezcan llenos de vaguedades, y como no he de in-

ventar nada, contaré el suceso de aquella mi primera expedición á la renombrada sierra, tál como su recuerdo aparece en mi memoria, que siempre distó mucho de ser feliz.

Varios amigos fuimos invitados por uno que lo era de todos, para ir en su compañía y en expedición de caza, á un coto nombrado «El Ojuelo.» El que galantemente nos hacía la invitación, era miembro de una sociedad que existía á la sazón y que disponía del ya dicho vedado de caza. Accedimos á la instancia, celebramos una larga conferencia, convinimos en todo, se hicieron los preparativos necesarios y emprendimos nuestro viaje á la ciudad de Andujar, en donde todo lo encontraríamos dispuesto á nuestra llegada, para realizar dos jornadas por camino de sierra y llegar al término deseado. Durante las pocas horas de nuestro

corto y cómodo viaje por ferrocarril á la antigua y famosa *Illiturgis*, hubo un sólo tema para nuestra animada conversación: los encantos y maravillas de Sierra Morena. Dos de los nuestros eran conocedores de tales encantos, y uno sólo lo era del terreno que todos habíamos de visitar. Ponderaban aquellos buenos amigos las delicias del clima, sus pintorescos y graciosos paisajes, la finura y transparencia de sus aguas, la bondad de la temperatura y la calma olímpica de la atmósfera, pocas veces turbada y nunca con violencia de huracanes. Los dos ó tres neófitos, que íbamos en unión de aquellos más afortunados, oíamos el interesante relato con la boca abierta y sentíamos avivarse en nosotros el deseo de penetrar en el venturoso y ya no distante oasis, descrito con tantas galas y brillante colorido.

Lento caminaba el tren en aquella mañana de no recuerdo cual mes, pero al cabo divisamos la ciudad y nos detuvimos en la estación. Apenas pusimos pié en tierra, vimos muy cerca del anden un grupo de seis ó siete hermosos burros y un par de arrieros, que allí esperaban nuestra llegada. Cargado nuestro equipaje montamos en aquellos poderosos animales, y emprendimos alegres nuestra marcha. En la jornada de aquel día debíamos andar las tres leguas que dista el santuario de la Virgen de la Cabeza en cuyo vasto edificio, para mí todavía desconocido, nos propusimos pernoctar. Pronto nos fuimos alejando de la ciudad y empezamos á subir las suaves pendientes de las faldas de la sierra, pobladas de casas de campo, y que reciben genéricamente el nombre de «Las Viñas.» Cada vez el camino se



estrechaba más, y más accidentado se ofrecía. Ya íbamos caminando en fila y por veredas sembradas de guijarros. Los dos arrieros, jóvenes y robustos, atendían á todos y llevaban unas veces en la mano y otras sujetas entre el cinto de cuero y la faja, sendas varas, con las que de vez en cuando castigaban al burro descuidado. A mí me tocó en suerte un buen mozo, fuerte como un mulo y ágil como un corzo. Sobre su albarda habíanse colocado un par de mantas y sobre ellas una zalea. Todo se sujetó al aparejo con un cordelillo que cinchó á la bestia. La cabeza del animal iba desnuda de jáquima; sólo un cordel ajustado al cuello y del cual pendían algunos cuernecillos y diges, que he visto muchas veces en las arrierías y que supongo usan como higas, amuletos ó medios de preservar á los animales que los lle-

van, de todo mal, era lo que mi burro lucía gallardamente. Cuando al cabo de una hora habíamos saltado las estribaciones de la sierra y caminábamos por una difícil y medio borrada vereda, yendo en fila y separados alguna corta distancia los unos de los otros; cuando yo iba más absorto en la contemplación del pintoresco y variado cuadro, que en continuada sucesión se ofrecía á mi curiosa mirada, la voz de uno de los arrieros y el ruido seco de un fuerte palo, dado á un burro, sonaron á un tiempo. El burro apaleado iba de los últimos; yo cabalgaba en uno de los primeros; pero por aquello de que *cuando las barbas del vecino veas quemar.....* mi burro dió una ombligada y rompió en un trote, que me hizo perder el equilibrio y caí hácia atrás de medio cuerpo arriba, sobre lo que restaba de aparejo. Instinti-

vamente apreté las piernas y pretendí asirme al cordelejo que cinchaba las mantas. No fué mal dirigida mi mano, pero..... oh dolor! cedió el cordel y yo fuí cada vez más hácia el rabo del burro, por efecto del malvado trote y por aquel mismo sitio descendí al suelo cayendo de cabeza y recibiendo en élla el golpe y quedando después tendido cuan largo era. Todos acudieron prontamente en mi auxilio, que no hube de necesitar, por fortuna mía. Levanteme con singular prontitud, llevé la mano á la parte dolorida, tranquilicé á mis compañeros, me tranquilicé á mi mismo, monté de nuevo en la briosa bestia y continuamos la interrumpida jornada.

Desde aquel triste momento histórico, yo compartía la atención entre el paisaje y mi temible cabalgadura. No puedo recordar el nombre

de los lugares por donde fuimos atravesando. En cambio no he olvidado que con frecuencia veíamos correr los conejos á los lados del camino, ó volar las perdices á muy corta distancia. El terreno ofrecía marcadas ondulaciones. Mucha parte de él presentaba apiñada vejetación y por vez primera veía los renombrados jarales y las silvestres madroñas y mil y mil arbustos, breñales y plantas, de todo punto para mí desconocidos.

No puedo ni aun calcular la hora de la tarde en que se dibujó ante nuestros ojos y sobre altísimo cerro la majestuosa silueta del templo cristiano, en donde se rinde culto á la santísima Vírgen de la Cabeza. Allí la fé y la piedad de nuestros mayores alzaron el grandioso edificio, que corona una de las mayores alturas de la sierra; allí el cansado peregrino en-

cuentra cómodo, silencioso y grato albergue, cuando demanda hospitalidad; allí acude todos los años una alegre romería, que lleva cofrades de muchos pueblos distantes, y juntos en el templo y ante el altar de la Virgen, alzan al cielo sus oraciones y tornan al día siguiente á sus hogares. Allí llegamos nosotros y allí fuimos atentamente recibidos y cómodamente alojados, en unas como pequeñas celdas, dispuestas para tal objeto. Aquella hospedería de la caridad cristiana, no cobra otro precio que el de una limosna, que se destina al culto de la venerada imagen.

Cenamos aquella noche en amplio refectorio; charlamos como cotorras, dormimos como unos bienaventurados y á la mañana del siguiente día, después que hubimos oído devotamente una misa y devora-

do un desayuno, emprendimos nuestra final jornada. No ofreció ésta accidente ni contratiempo alguno. El espectáculo de la Naturaleza era siempre bello, y ya veíamos profundos barrancos, ora colinas elevadas, ya grandes peñascos aislados ó hacinados en el desorden de las grandes convulsiones y cataclismos por que ha pasado la tierra, ya ligeras ondulaciones y á veces llanuras extensas, y en todas partes una exuberante vegetación, de multiplicadas especies, propias del dilatado reyno de las plantas.

Felizmente llegamos á nuestro destino. Ví, con curiosidad, los hombres que viven en el corazón de la sierra. De pocas carnes, por regla general, enjutos pero fuertes y ágiles, vestidos de pieles curtidas y de un color obscuro y verdoso, impreso por la jara y de cuyo uniforme color

participan el rostro y manos de los serreños, parecen de una sola pieza con el traje que visten. Brilla en sus caras, destacándose notablemente, el blanco de sus dientes y el de sus ojos. En éstos da mayor brillo la luz de una inteligencia, que en los hombres de la sierra suele estar muy despierta.

El guarda del coto, jóven, robusto y simpático, nos recibió afable y respetuosamente. Nos instalamos con relativa comodidad y elegimos para nuestra habitual y común estancia, durante la vigilia, una espaciosa habitación con chimenea francesa, en la que ardía de continuo abundante leña. Para el descanso nocturno, dispusimos nuestras camas de campaña en otro aposento.

Durante la velada de aquella primera noche, conversamos largamente con el guarda. Por él supimos que

en el coto abundaban los conejos y las perdices. En cuanto á las reses, no puso en duda que hubiera algunas dentro de los límites de aquel vedado; pero sobre la dificultad de que éramos pocos para montar, existía la insuperable de la falta de perros, pues los pocos que hubieran podido recogerse en aquellos alrededores, habían ido todos á terrenos distantes. Mucho me disgustó la noticia pues todos llevábamos la esperanza de echar algún portillo y acabábamos de sufrir el peor desencanto.

Como yo al hablar contigo, lector indulgente, lo hago á manera de confesión y te cuento lo cierto como cierto y como dudoso lo que así es, tócame ahora decirte que por un cálculo, basado en pequeños datos, creo que el tiempo en que realizóse esta expedición debió ser en No-

viembre ó Diciembre. Por el año no me preguntes, curioso lector, si por acaso lo eres, pues sólo podría contestarte, que hace muchos. Es lo cierto que el tiempo empezó á descomponerse durante la noche primera que pasé en la sierra. Se pronunció el viento que oíamos con inquietud desde la cama. Al día siguiente nos levantamos muy de mañana. El cielo estaba preñado de nubes, continuaba el viento silvando entre los espesos ramajes, y de vez en cuando caía un chaparrón, casi siempre precursor de otro cercano. En tales circunstancias no nos atrevimos á alejarnos de la casa. En las cercanías matamos algunos conejos, que dos ojeadores echaban hácia los pequeños rasos del monte.

He de abreviar esta prolija relación, diciendo que permanecemos siete ú ocho días en aquellos lugares,

y todo aquel espacio de tiempo reynó el viento huracanado y la lluvia cayó en abundancia. Cuando tal sucedía, buscábamos el refugio de la casa. Colocábase una mesa delante de la encendida chimenea; mis compañeros jugaban al tresillo y se entretenían grandemente. Yo no podía turnar en aquella diversión por mi ignorancia supina del juego, y tomaba la voluntaria misión de alimentar el fuego, cuidando de mantenerlo en constante actividad.

En uno de los días menos alborotados, y estos fueron excepcionales, nos retiramos á explorar el terreno, guiados por el guarda, y éste nos hizo notar las hozaduras de los jabalíes y nos enseñó una cama de venado. En cuanto á caza mayor, la cosa quedó reducida á la dicha visión deleitable. Respecto de la menor, matamos algunas docenas de conejos y

muy pocos pares de perdices. Los arrieros, que habían sido despedidos al día siguiente de llegar, volvieron en la fecha convenida, y entre viento y lloviznas regresamos de un tirón, que duró el día íntegro, llegando oportunamente á la estación de Andújar, para tomar el tren, que nos devolvió sin daño á nuestros respectivos hogares.

Si aun no te abandona la paciencia, lector admirable, ya sabrás en el artículo que sigue, como fué mi segunda expedición á Sierra Morena.

ARTÍCULO II.

Continuación del mismo asunto.

Pocos años después del suceso, que dejo narrado, susurróse en esta ciudad, que en la de Andújar se preparaba una que habría de ser famosa montería. Algunos amigos míos

iban á ser de la expedición, y ellos me invitaron para que fuese en su compañía. Ahora se trataba de cosa seria y formal. Habían de ir muchos é inteligentes monteros y se contaba con una numerosa y acreditada reala. No bajaría de cuarenta el número de las escopetas. Se sabía que el lugar elegido estaba hecho un corral de reses. Ya estaban monteados los cotos colindantes, y las reses escapadas de las sangrientas persecuciones, habían buscado su defensa y refugio en los amplios y accidentados terrenos del Puerto, nombre del coto objeto de nuestra codicia.

Estábamos en otoño y el tiempo andaba sereno. Yo no cabía en mí de gozo. Previne mi equipaje con nimia proligidad, no olvidándome de incluir cincuenta cartuchos de bala y un buen cuchillo de monte, por que, según todas las probabilidades,

en la cercana ocasión yo habría de recibir mi bautismo de sangre, y era preciso llevar á la mano todo aquello, que hubiera de necesitarse para que la obra saliera acabada y perfecta. Compré unas magníficas y elegantes ceñideras ó delanteras de cuero; previne mis botas altas, que pasaban de la rodilla; dispuse mi morral, y soñando despierto con aventuras y seguros triunfos, emprendimos nuestro viaje en ferrocarril hasta la mencionada ciudad de Andújar. Todo era júbilo y movimiento en la ciudad. Allí habían acudido de varias partes los alegres y resueltos expedicionarios. Allí estaba el cuartel general, y como todo estaba preparado, se procedió á cargar lo que faltaba y en dos ó tres grupos salimos de la pequeña Babel y pronto nos fuimos reuniendo en el solitario camino de la sierra. Por pri-

mera vez nos veíamos muchos de los concurrentes á la gran fiesta cinegética. Todos íbamos movidos del mismo deseo y por idéntica afición, y estos vínculos nos eran comunes. Marchábamos en larga procesión, y las cargas de provisiones y equipajes eran muchas y las llevábamos á la vista. No ya burros, sino mulos hechos y derechos, eran la mayor parte de los animales buscados al efecto por un amigo muy experimentado en tales cosas. La reala de perros, que eran propiedad del buen D. Francisco dueño del coto á donde nos dirigíamos y que caminaba también entre nosotros, había marchado con la conveniente anticipación. Otra reala, no menos numerosa y acreditada, procedente de otro pueblo, debía también hallarse en el teatro de nuestras futuras é interesantes aventuras.

Nada ocurrió en el camino, que merezca los honores del recuerdo. El panorama, que sucesivamente se iba ofreciendo á mi vista, no me parecía del todo nuevo, aunque en realidad lo era, por su grande semejanza con el conocido y admirado por mí, en mi primera visita á la renombrada sierra. Vadeamos ríos cuya transparencia nos dejaba ver el fondo y que nuestros caballos cruzaron sin recelo.

Llegamos felizmente á la casa del Puerto. Allí encontramos, con efecto, las dos realas, compuestas de muchos y hermosos perros, con sus respectivos podenqueros ú ojeadores. Allí estaban también algunos hombres designados con el nombre genérico de *escopetas negras*, ó sean serreños, que nos habían de prestar sus servicios en los actos de caza, penetrando en el monte y horadán-

dole, disparando con frecuencia sus escopetas y voceando de continuo, para levantar las reses y hacerlas abandonar sus recónditas guaridas.

Las casas ó edificios de la sierra, por lo mismo que distan de poblado y es costosa su consrtucción, suelen ser pequeñas y por lo tanto insuficientes para el cómodo alojamiento de las formidables expediciones de montería. Algunos de los señores de Andújar llevaban una buena tienda de campaña, para su mejor estancia y comodidad.

Recuerdo que en una sola habitación, no muy holgada, se colocaron doce ó catorce camas, y recuerdo también, que las más largas de éstas, estaban en contacto por los pies, obligando á los que habían de ocupar las últimas á saltar trabajosamente sobre las que cerraban el estrecho callejón, que dejaban las



más cortas. Pasamos sin novedad la primer noche, que constituía nuestro noviciado, y á la mañana siguiente nos vestimos todos con el mismo trabajo que la noche anterior nos habíamos desnudado, y supongo que tomaríamos algún refrigerio. Yo no lo recuerdo, pero en cambio puedo afirmar que cada cual cuidó de llevar en su morral alguna munición de boca, para ir entreteniéndolo el voraz apetito.

Una vez dispuestas las armas y los morrales y atentos á la voz y mandato del maestro de postura, llamado Marquitos, á quien el Señor haya perdonado el punible acto del suicidio que realizó poco tiempo después, poniéndose el dicho maestro á la cabeza y cuestionando sin cesar con su segundo llamado Mariano, nos pusimos en marcha, llevando con nosotros las caballerías y ha-

biendo visto salir, poco antes, las dos nutridas realas de perros, nos pusimos en ordenada marcha avanzando por una estrecha vereda, que nos condujo á un lugar no distante, en donde se alzaba majestuosamente una Cruz y desde cuyo punto se descubriría allá lejos, muy lejos, el hermoso santuario de la Virgen de la Cabeza. Llegados al pié de aquel signo de redención, todos nos descubrimos con reverencia, y arrodillados rezamos devotamente una salve. Confieso que mi emoción en aquellos momentos era dulce y profunda. Un poco más, y las lágrimas hubieran rebosado en mis ojos. Apenas hubo terminado el breve rezo, se dejó oír la voz de Marquitos, al cual nos acercamos rodeándole. Dijonos que desde allí mismo partiríamos en dos secciones, la una bajo su dirección y la otra bajo la del segundo maestro.

Pronto fué hecha la división del numeroso personal en dos mitades, y como del vértice de un ángulo agudo, arrancamos, y nos fuimos apartando hasta perdernos de vista. Ya caminábamos montados y aún iba alguna bestia de vacío, destinada al transporte de las reses muertas.

Á no muy larga distancia del punto de nuestra partida, el maestro que nos guiaba, dejó puesto á uno de los cazadores; más tarde por su orden quedó otro, y así sucesivamente, hasta que á mi vez recibí la orden de quedarme. Ibamos en aquella sazón por un barranco. El maestro me señaló la mata á cuyo lado mismo había de estarme quieto, hasta tanto que él volviera á quitarme. Me hizo notar que en la vertiente opuesta y que yo tenía de frente, el monte tenía un claro, casi un raso, y añadió, que si alguna res tomaba el

viaje que él sospechaba, por allí habría de aparecer, para seguir el cruce del barranco. Me recomendó la quietud, el silencio y la buena puntería, y llevándose el mulo que yo había montado, desapareció con los pocos que aún le acompañaban.

Muy pronto se extinguió el ruido de los pasos de la pequeña cabalgata y empezó á reinar el augusto silencio de la Naturaleza. Oía yo los latidos de mi propio corazón, como advirtiéndome lo inminente de un peligro. Me despojé del morral, me senté muy cerca de la pomposa mata, desnudé mi brillante cuchillo de monte y le puse á mi alcance sobre el morral, tercié mi escopeta de dos cañones, una vez montada sobre mis muslos, y habiendo desmesuradamente los ojos y hecho todo oídos, me quedé en observación é inmóvil como una estatua.

Ningún rumor interrumpía aquel imponente silencio. ¿Cómo vendrá la res y de cual especie será? ¿Qué haré yo, me preguntaba, si vienen dos á un tiempo? Y si el jabalí herido viene hácia mí, dispuesto á tomar venganza..... ¿cómo he de esperarle para hendir en su cuerpo mi flamante cuchillo? Debía estar á mi lado un maestro para resolver mis dudas y darme la lección práctica, que pronto habré de necesitar, me decía yo á mí mismo, con cierta agitación, que si no era hija del miedo, le faltaba muy poco para serlo. Así fué el tiempo transcurriendo en medio de un silencio sepulcral. Ni de lejos ni de cerca llegaba hasta mí rumor alguno. Iria ya pasada una larga hora, cuando sentí á remota distancia los primeros disparos. Me apercibí para el combate y hasta creo recordar que hiqué una rodilla en tierra y

me encaré la escopeta, cual si tuviera á la vista al enemigo. Vanas é inútiles prevenciones! Pronto se restableció la absoluta calma y hubo de transcurrir otro largo espacio de tiempo, sin ruidos de ninguna especie. Muy tarde y de nuevo sonaron lejanos disparos, y aun percibí el latido de algunos perros; más todos aquellos rumores se alejaban y perdían. Ya á mitad del día se presentó la cabalgata formada por los cazadores, que el Maestro iba recogiendo. Me incorporé á ellos y se me dijo que había terminado el primer portillo, que sospechaban hubieran muerto algunas reses y que iríamos á un lugar de cita, en donde ambas secciones almorzarían juntas, para separarse de nuevo y seguir monteando aquella tarde. Ocurrióme lo mismo que por la mañana; es decir, que no me ocurrió nada. Estuve

puesto en la cima de un cerro, con lo cual gané algo, porque á lo menos tuve paisaje y extenso horizonte y esto sólo me proporcionaba agradable pasatiempo.

Anocheciendo ya, volvimos á la casa. En la explanada que la precedía, habían descargado y yacían en el suelo dos ó tres reses, que constituían el botín de aquel día. Una de ellas había sido muerta por un neófito como yo. Teníamos *novio* en la casa, y aquella misma noche habría de ser preso, juzgado y sentenciado, según antigua y tradicional costumbre de la sierra.

Largo tiempo estuve contemplando aquellos animales, víctimas del plomo certero y más larga hubiera sido aquella mi contemplación, á no interrumpir la llegada de los perros y la noticia de que uno entre varios lastimados, traía una larga y grave

herida, á cuya curación había de procederse sin demora. Con efecto; el perro estaba ya á nuestra vista, sujeto del pescuezo por un serreño, en tanto que otro sacaba de una bolsa de su cinto una larga aguja y una hebra, en un todo igual á una cuerda fina de guitarra. Terminados los breves preparativos, el hermoso poldenco negro fué tendido en el suelo, y mientras uno de los hombres le sujetaba la cabeza y apoyaba una rodilla sobre su cuello, el otro, después de lavar la herida que no bajaría de una cuarta de longitud, en uno de los hijares del valiente animal, le unió con sus dedos los sangrientos bordes, cosió, como si lo hiciera en percalina, vertió abundante vino sobre la costura, y dejando libre al perro, éste se levantó como si tal cosa, y se fué á incorporarse con los suyos. Digéronme los entendidos

que casos de esta naturaleza eran frecuentes en todas las monterías. El cortante colmillo del jabalí señala á cuantos perros se le acercan, y á muchos cuesta la vida su arrojo.

Cuando todo estuvo arreglado, comimos con mil trabajos y contacto de codos, pero con muy buen apetito. La conversación, durante la comida, fué alegre y á veces muy ruidosa. Cada cual refería á los más cercanos los episodios de aquel día, y siendo muchos los que hablaban á un tiempo, el ruido se hacía insoportable.

Mientras de sobre mesa tomábamos el café, que de tal sibaritismo había cuidado el proveedor de la montería, comieron los criados, entrando en tal número los llamados *escopetas negras*, y continuó con mayor entusiasmo aquella loca algarabía, en la que no había modo de

entenderse. Una hora más tarde y cuando el silencio se iba trabajosamente restableciendo, se anunció como próximo el juicio sumarísimo, por cuyo procedimiento habría de sufrir el condigno castigo, aquel, que, por vez primera, había vertido sangre inocente dentro de las lindes del vedado. Acto seguido el criminal fué quitado de nuestra vista, se constituyó el severo tribunal, el fiscal ocupó su puesto, y yo, nombrado por el reo su abogado defensor ocupé el que me estaba señalado. El numeroso público se replegó, apiñándose al frente, y el Presidente, con voz sonora, ordenó la entrada del reo. Este apareció atado codo con codo, entre dos guardas armados de escopetas, y enmedio de un silencio sepulcral, que por primera vez reinaba entre nosotros, se dejó oír la voz del fiscal, que formuló, en

frases enérgicas y correctas, una tremenda acusación, y pidió para el criminal, á la sazón convicto y confeso, durísima pena, en justa proporción á la magnitud del delito.

Oía yo absorto y con la boca abierta el elegante discurso de aquel severo y digno representante de la ley, y hasta me había olvidado por completo del noble papel que la bondad del reo se había dignado confiarme, cuando el Presidente me autorizó para que hablára en defensa del desdichado reo, quien, con los ojos al suelo, hacía su triste papel á las mil maravillas. Se han borrado por completo de mi memoria los argumentos que empleé y los resortes retóricos de que me valí, para acreditar la inocencia de mi defendido. Pero como el acto punible estaba plenamente probado y yo en mi vida las había visto más gordas, debí

hacerlo muy mal, y apenas logré que el tribunal estimára alguna atenuante. La sentencia fué terrible, y el bolsillo del delincuente horrorosamente castigado. Cumplióse el fallo de la ley. Los maestros recibieron una fuerte indemnización. Se distribuyeron algunas pesetas entre la numerosa servidumbre, y al día siguiente fueron traídas, á costa del sentenciado, dos corambres de vino.

Temía yo y deseaba á un tiempo verme en idéntica situación, preso y maniatado y hasta había echado el ojo á un buen amigo mío, que gozaba de mucho prestigio, para encomendarle mi defensa. No quiso Dios que me viera en tal espejo. Echábamos cada día un par de portillos y se repetían para mí las mismas escenas de aquel primer día. Ni en alto ni en bajo, ni en barranco, cañada ni collado, pude jamás ver de lejos ni

de cerca, aquellos hermosos animales, que en buen número iban hallando la muerte á manos de compañeros más afortunados. Dos ó tres veces fui puesto en lugar tan obligado, que de haber pasado por allí algunas, la hubiera podido tentar con la mano y la hubiera tirado á boca de jarro. Pero no logré semejante fortuna.

Ocho días duró aquella famosa expedición y á trece llegaron las víctimas. Entre éstas, dos se llevaron la palma. Fué la una, un jabalí enorme, que, aun muerto daba espanto. Matóle una escopeta negra, en medio de las malezas del monte y hallándose con él, cara á cara. El jóven ojeador, tendría poco más de veinte años y era apuesto y fornido. Con la mayor sencillez y naturalidad contó el suceso, y todos entendimos el grande riesgo que había corrido.

Falso y peligroso era el tiro de frente y de haberle errado, acaso le hubiera costado la vida. Y era necesario asegurar al animal, apuntándole á la cabeza. Con tanta serenidad, y tan buen ojo y firme pulso lo hizo el serreño, que la bala penetró á una pulgada del ojo y de tan cerca fué el disparo, que en torno del orificio de entrada del esférico proyectil estaba quemada por la pólvora la recia cerda, que iba creciendo hácia el testúz. Todos felicitamos con entusiasmo al héroe del día.

Un buen amigo mío, que como yo había salido de esta ciudad de Jaén para asistir á la memorable fiesta cinegética, tuvo la fortuna de matar un grande y hermosísimo venado. Cuando á la caída de la tarde tornábamos á la casa, todos nos deteníamos en la explanada, que delante de ella existía, para ver descargar las

reses muertas, y enterarnos prolijamente de los episodios del día. En una de aquellas tardes, tuvimos ocasión de admirar un hermoso venado, que llamó nuestra atención, no sólo por su gran tamaño, si no por la notable igualdad de su doble cuerna. Presentaba siete puntas en cada lado, y en ambos arrancaban á igual altura y en idéntica dirección. Pronto lo advertimos todos, y cada cual la apetecía, para hacer más tarde un precioso armero. La cabeza del animal pertenecía de derecho al afortunado matador. Éste quiso distinguirme con aquel inestimable obsequio, que yo me resistí á aceptar. No hubo modo de rechazarlo. Se le hizo en el acto y con un cuchillo de monte un trazo en el cuello al soberbio venado, que indicaba el punto por donde debía ser cortado, para separar la cabeza, que yo destiné á ser disecada.

Así se hizo pocos días después, y aún figura en el patio de mi casa como adorno y gala de él y constante recuerdo de aquella grata expedición y de la galantería de mi generoso amigo.

Pasábamos la noches en agradables veladas, salpimentadas con una ligera, variada y amena conversación, en la que iban alternando el intencionado cuentecillo, la anécdota picante, el ingenioso epigrama ó la narración curiosa y entretenida de notables aventuras y episodios de caza. Entre éstos, recuerdo uno que oímos con religioso silencio, en boca de un aristócrata de la ciudad de Anújar que estaba entre nosotros.

Yo pasé nos decía el conde, doce ó quince años de mi vida, y en unión de un íntimo amigo, peregrinando, por estas sierras, y como sumába-

mos siempre pocas escopetas para cubrir los portillos, y mi amigo y yo nos hallábamos en la flor de la juventud y con salud y robusted bastantes, nos entrábamos todos ojeando por el monte y en muchas ocasiones sorprendíamos á las reses en lo más intrincado de la maleza, que íbamos oradado sin miedo á pinchazos ni á rasguños. Tan fuertes y ágiles como los mismos serreños que llevábamos á nuestro servicio, jamás se caían las andas por nuestro lado, y para nosotros, como para ellos, no había dificultad invencible ni obstáculo insuperable. Me servía á las mil maravillas la escopeta, que aun conservo y uso, del ya antiguo sistema Lefauchaux, de dos cañones, y tan corta como un retaco. Por su poca longitud podía yo manejarla cómodamente, aunque estuviera rodeado de malezas.

Sucedió que un día tiró una de nuestras escopetas negras un valiente jabalí. Aunque gravísimamente herido, el salvaje animal no quedó al tiro, y en su huida pasó á no larga distancia de mí. Por la muy cercana *crujía* que llevaba me guié, y corrí en su persecución. Iba dejando un reguero de sangre y yo le ganaba rápidamente terreno. Le ví al cabo al tiempo mismo de trasponer una loma y aceleré mi carrera cuanto pude. Á la parte de allá se encontró el marrano con nuestros perros, y en vez de acularse, el animal, casi agonizante, se volvió con rapidez y en la ocasión crítica en que yo aparecía en la raspa de la loma, el jabalí que volvía del lado opuesto, se encontró de manos á boca conmigo. Echóme á rodar y él casi cayó sobre mí. Puso ambas manos sobre mi pecho, y su hocico estaba á media cuarta de mi

cara. Con la boca abierta y la angustiosa respiración de la agonía, su aliento pestilente llegaba cálido á mi rostro. Le faltaba vida para herirme: de haberla tenido allí sucumbí. Yo no había soltado de mi mano la escopeta, que llevaba montada, y aunque el enorme peso del animal dificultaba mis movimientos, logré en un esfuerzo supremo estirar mi brazo derecho, y gracias á la escasa longitud de mi escopeta, la volví de modo que su boca tocó al cuerpo del jabalí. En aquel instante disparé y el feroz animal, que antes me había salpicado de inmunda baba, cayó muerto á mi lado. Providencialmente había yo resultado sin otro daño que la fuerte doloración del pecho, producida por el peso que sobre mí había gravitado, por un buen espacio de tiempo.

Felicitemos al conde, cual si la

aventura hubiera ocurrido en aquel mismo día, y viendo yo al auditorio hondamente impresionado, recordé en tales momentos un lance trágico-cómico, que yo había oído hacía algún tiempo en boca de un campesino; pedí la venia para narrarle, como Dios me diera á entender, y concedida de buen grado por los amables oyentes, dí comienzo á mi relato, del modo y forma que verá el curioso lector.

Mi resuelta afición á la caza de las codornices, me había llevado en su busca al pié de un alto cerro, que se alza majestuoso al sur de la villa de «Los Villares» situada á distancia de un par de leguas contadas desde la capital, con quien la une y enlaza una bien construida carretera. Era en el mes de Agosto; la siega estaba recién hecha, los rastrojos estaban frescos y salpicados de pe-

queñas manchas de gramas, sombras muy codiciadas por las avecillas, en cuya busca iba. Cacé durante algunas de las primeras horas de la mañana, en los abundantes rastros de aquel lugar, conocido en el país con el nombre de «El Peralejo»; calmé mi sed ardiente en una limpia, clarísima fuente que al pié casi de los peñascos brota, la cual lleva el mismo nombre del lugar, y viendo á no larga distancia de aquel elevado parage, una choza grande y de forma cónica, hácia ella me dirigí para pasar las calurosas horas del centro del día, dar descanso á mi fatigada, jadeante perra y volver por la tarde á las andadas.

Un hombre se hallaba sentado á la puerta de la choza. Me recibió amable y respetuosamente. Me ayudó á despojarme de los chismes de caza y me brindó con la mejor de

las piedras careadas, que allí servían de asiento, colocando sobre la que me destinaba, un capotejo hecho varios dobleces. Pronto me hice cargo de los escasos chirimbolos que había en el interior de la choza y llamó mi atención el ver dos ó tres escopetas y arreos de cazador. Mostré mi curiosidad y en el acto fué cumplidamente satisfecha.

Yo sé, dijo el buen hombre, quien V. es y acaso de nombre V. me conozca. Me llamo fulano de tal, soy de familia de antiguos cazadores tengo dos hijos zagales, que como su padre tienen desmedida afición á la caza y ya van siendo acreditados tiradores. Bastó aquello para que entre nosotros se estableciera desde aquel instante, una franca comunicación. Hablamos largamente de cosas de caza, y él me refirió con sencillo y pintoresco lenguaje la nunca oída

aventura digna de figurar entre las más extrañas de cuantas ocurrieron en la sierra. El hecho fué como sigue.

Mi fama de cortador de olivos, me dijo el buen Justo, que tal era el nombre del narrador, se había extendido y llegado hasta Arjona, pueblo de esta provincia de Jaén. Mi buen nombre y fama, hicieron que un acaudalado propietario del citado pueblo, me llamase para prestar en sus fincas mis servicios de tal cortador. Tomé mis hachas y me trasladé sin demora al citado pueblo. Gustoso estaba D. Martín al ver en la forma en que yo realizaba el delicado trabajo que se me confiara, y el buen señor, me trataba con cariñosa amabilidad. Por aquella, ya remota fecha, susurróse que el opulento Duque de la Torre preparaba una de sus renombradas monterías. Añadíase que con él vendrían de Madrid

muchos personajes, y pronto supe que D. Martín era uno de los invitados. En vísperas de la expedición, me atreví á decir á D. Martín que yo era muy aficionado y que deseaba asistir á una montería. Accedió bondadosamente á llevarme con él y juntos partimos con dirección al Socor, de nombradía universal. En calidad de escopeta negra y á manera de ripio, se me hizo llenar un hueco el primer día y en el primer portillo. La suerte me fué de todo punto favorable. Tenía yo en las manos una escopeta prestada y estaba en mi sitio, con ojo avizor, cuando ví descolgarse por el monte, con la cuerna tendida sobre el lomo, un hermoso venado, que salvaba como nadando los arbustos del monte y venía en dirección á mí, pero tan recto, que se hubiera tropezado conmigo. Á la distancia de ocho ó diez varas disparé

mi escopeta y le herí gravemente. No bastó el balazo para detener en el acto al venado, y se me echó materialmente encima. En aquel momento, yo arrojé al suelo mi escopeta, me así á la cuerna con ambas manos, y el peso de mi cuerpo entero hizo inclinar momentáneamente la cabeza al animal. Pronto se repuso, elevó de nuevo la cabeza y me vi suspendido á buena altura. En el violento derrote que hizo, me atravesó con una de sus agudas puntas la recia chaqueta que yo vestía, y quedé de tal modo sujeto por debajo del brazo izquierdo, que por más que lo intenté no pude desasirme. El venado llevaba un continuado vómito de sangre y corrió llevándome en peso, unas veinticinco ó treinta varas. Cayó al cabo desplomado y yo con él, quedando todo aturdido y magullado.

Así que hubo cundido entre los monteros la noticia del suceso y llegado á oídos del Sr. Duque, se hicieron de él muchos y sabrosos comentarios, y aquella misma noche, cuando se hallaban de sobremesa todos aquellos señores, yo fuí llamado á su presencia y hube de referir mi aventura, que produjo universal regocijo.

En aquella expedición, añadió el buen Justo, que nunca olvidaré, tuve la envidiable fortuna de matar cinco reses.

Con gran silencio fué escuchado mi interesante relato. Ahora me falta decir, para poner término á este larguísimo artículo, que en los varios días que duró nuestra estancia en la sierra, se cobraron trece reses y que por mi lado no pasó ni una sola. Volví á mi casa disgustado pero con el firme propósito de tornar á los

mismos lugares, una vez y otra, hasta lograr la fortuna de habérmelas con una fiera, cosa que cuando escribo las presente líneas no ha sucedido todavía.

ARTÍCULO III

Terminación de mis monterías

Antes de relatar mi tercera y hasta ahora mi última expedición de caza mayor, he de ocuparme, siquiera sea con plausible brevedad, de un conato ó intento de una montería frustrada, algo semejante á un tiro que no sale, porque falta la escopeta. Tal sucedió al año próximamente de la famosa expedición, que he reseñado en el artículo último.

Habíase acordado y dispuesto por los inteligentes y resueltos aficionados de Andújar, una montería, que se iniciaba bajo los más felices augurios. Los mismos amigos de

Jaén que asistimos á la del año anterior, habíamos sido invitados, y no pudiendo asistir esta vez más que cuatro, nos avistamos para hacer juntos nuestro viaje, señalando desde luego la fecha precisa en que habíamos de efectuarle. El tiempo andaba á la sazón muy revuelto y bastante lluvioso. Á nadie abandona la esperanza y mucho menos á un cazador. Arreglados nuestros pertrechos y equipajes, resguardados por sendos abrigos y cobijados por legítimos impermeables, emprendimos nuestra marcha por ferro-carril, en la madrugada del día prefijado.

Algo de locura tenía aquella empresa, dadas las malas condiciones del tiempo. Llegamos felizmente aunque diluviando, á la noble ciudad de nuevo constituida en cuartel general de operaciones, y avistados con nuestros buenos amigos, acor-

damos, por unanimidad, suspender la salida para la sierra, en vista de la lluvia persistente. Pasamos aquel día haciendo visitas, hablando de la expedición y consultando los barómetros. Éstos continuaron bajando todo el día hasta llegar la aguja á marcar «grandes lluvias.» Nuestra irritación con la atmósfera era grande y tanto más crecía, cuanto mejores eran las noticias, que unos y otros nos daban del famoso cazadero. Era evidente que los ríos habrían de tener crecimiento y formidables avenidas. ¿Cómo vadearlos? Á esto nos contestaba el templado D. Francisco, que no había nada que temer, pues estaba previsto el caso y nos daba á elegir entre dos seguros procedimientos. Ó bien uno de sus criados, hombre de sierra, agilísimo nadador y de corazón entero, se arrojaría al agua cada vez que hubiera

de entrar una caballería, para ir la empujando contra la corriente, hasta llegar á la orilla opuesta, repitiendo la misma operación hasta ponernos á todos en salvo, ó bien dos de sus servidores, uno en cada orilla, sujetarían fuertemente una larga cuerda, para que sirviera de obligado tope á nuestras caballerías. En cuanto á mí, he de decirte, discreto lector, que le temo horrorosamente al agua, y mientras escuché las dos proposiciones, tuve los pelos de punta. Por dicha mía triunfó la prudencia de los más, y como al tercero día continuase la misma presión barométrica y no parase de llover, ni un cuarto de hora, y los simples arroyos se hubieran convertido en ríos y los ríos en brazos de mar, acordamos regresar á nuestros hogares, como lo hicimos, con gran contentamiento de nuestras respectivas familias.



Ya tienes, lector amable, cumplida noticia del intento, conato y fracaso de mi soñada montería.

Uno ó dos años más tarde, recibí una fina carta de mi amigo Santiago, invitándome á pasar una temporada en su flamante coto «El Peral.» Llámole flamante, porque mi amigo le había comprado hacía poco tiempo, y apenas hubo realizado algunas obras en la casa de la finca, quiso hacer partícipes de aquella deliciosa estancia á algunos de sus amigos predilectos, tanto de la capital como de la famosa ciudad de Bailén, lugar de la residencia del amable y generoso anfitrión. Puestos unos y otros de acuerdo, nos trasladamos á la ciudad memorable, y en lucida, si bien no grande cabalgata, hicimos nuestro viaje á la sierra. Debía acontecer esto á fines del mes de Enero ó principios de Febrero. El seductor

proyecto que nos llevaba, consistía en montar los tres primeros días, para cuyo efecto se habían rebuscado los mejores perros, y después dedicarnos á la caza del pájaro, pues las perdices abundaban en aquel terreno. No tenía nuestra expedición el carácter de montería formal. La montería era un añadido al principio si es admisible este extraño concepto paradójico. El objetivo, como hoy se dice, era la caza del macho, para cuyo efecto cada cual llevó los reclamos que pudo.

Durante el viaje y los dos primeros días de nuestra estancia en el cómodo alojamiento de «El Peral,» el tiempo estuvo sereno y agradable. Las perdices se habían ya puesto en pares, oíamos alguna vez á los valientes machos *dar del pié ó con el pié*, y todo anunciaba una dichosa temporada. No contábamos con la

huésped, como después se dirá.

Mi experiencia de cazador, medianamente larga, me ha enseñado que todos los animales, á semejanza de lo que acontece con el hombre, tienen su cuarto de hora de tontería.

Oye, lector benévolo, la comprobación de mi aserto.

Según rancia costumbre, por mi lado no había pasado nada y ya estábamos en el tercero y último día de los dedicados á la caza mayor.

Algo se había hecho por mis compañeros, y con esto me daba por contento. Al terminarse el último portillo, el tiempo había tenido un notable cambio. Las nubes se condensaban rápidamente, amenazaba próxima lluvia y el viento soplaba frío y desapacible. Se dió la orden de volver á la casa, y hácia ella caminábamos divididos en tres grupos desiguales. Formaban el primero

cuatro amigos nuestros, con otros tantos criados. Íbamos en el centro y á distancia de un cuarto de de kilómetro, próximamente, un simpático capitán y yo. Él montaba un burro alquilado y yo una burra de mi propiedad. El tercer grupo le formaban el dueño del vedado y otros seis ú ocho personas que venían muy detrás de nosotros. En el grupo que formaba la cabeza, iba un gallardo oficial, poseedor de un rifle de catorce tiros. Caminábamos el capitán y yo por una vereda abierta en camino llano, que terminaba á nuestra vista. Ya oíamos la ruidosa conversación de aquellos que nos precedían, y vimos una columna de humo que iba subiendo en graciosa espiral y que nos denunció el fuego encendido por nuestros compañeros para calentarse, mientras esperaban nuestra llegada. En aquel momento, mi amigo el

capitán hubo de bajarse para apretar la cincha del asno, y cuando estaba comenzando la operación que detuvo nuestra marcha, oímos unos cuantos disparos sucesivos y con muy escasos intervalos. Ambos supusimos que el dueño del rifle le disparaba por entretenimiento. Grandes voces de los que venían detrás nos hicieron volver la cabeza, y vimos, con gran sorpresa, una verdadera piara de cabras, que perseguidas por algunos perros corrían y saltaban de peñasco en peñasco, y á la distancia de un buen tiro de bala. Pudimos distinguir entre ellas un hermoso macho, cuyo negro peto denunciaba su sexo. Ambos disparamos nuestras escopetas sin resultado alguno. ¿Qué había sucedido?... Óyeme, lector, que el caso es bastante curioso.

Los amigos que nos precedían, habían pasado poco antes por el

llano en que el capitán y yo nos encontrábamos. Descendiendo después por una pendiente, llegaron á una hondonada y en ella acordaron detenerse, encender lumbre para templar los miembros entumecidos y esperar nuestra llegada. Como nosotros nos detuvimos y ellos se cansaron de esperar, emprendieron de nuevo la marcha, entregando los señores las escopetas á los criados, después de haberles sacado los cartuchos. Al salir de la hondonada y dar vista á una nueva pendiente, descubrieron en la vertiente de la derecha y entre enormes peñascos, una verdadera piara de cabras monteses, que empezaron á moverse, sin precipitación, hácia arriba. ¿Quién vió jamás tanta calma en animales tan ágiles y ariscos? Los que cabalgaban se arrojaron al suelo; cada cual pedía á voces su escopeta. Ninguna iba cargada y

la emoción violenta dificultaba el hacerlo prontamente. La lentitud con que las cabras se removían y alejaban, dió lugar para todo. Á muy buena distancia les dispararon una docena de tiros, sin hacer blanco por desgracia. Reunidos aquellos animales y puestos en abierta fuga, fueron describiendo en su huída un arco de círculo y fueron á encontrarse con el tercer grupo de cazadores. Á las voces de éstos, acortaron el radio y pasaron entre aquellos y nosotros, perdiéndose prontamente de nuestra vista por las sinuosidades del terreno, no sin que el capitán y yo les hiciéramos un par de disparos cada uno.

Desde aquel mismo día se sucedieron las lluvias casi sin interrupción. Bajó notablemente la temperatura. Las perdices volvieron á juntarse y las veíamos volar en bandas,

cuando antes lo hacían en pares. El celo comenzado se enfrió y algunos de nuestros compañeros se volvieron á sus casas. Cinco ó seis quedamos por dueños del ámplio edificio y cuando la atmósfera se serenaba un poco salíamos á las inmediaciones, ya para matar al ojeo algunos conejillos y proveer nuestra despensa, ó bien para hacer algún puesto no lejano y tirar, por excepción, algún macho curioso más que encelado.

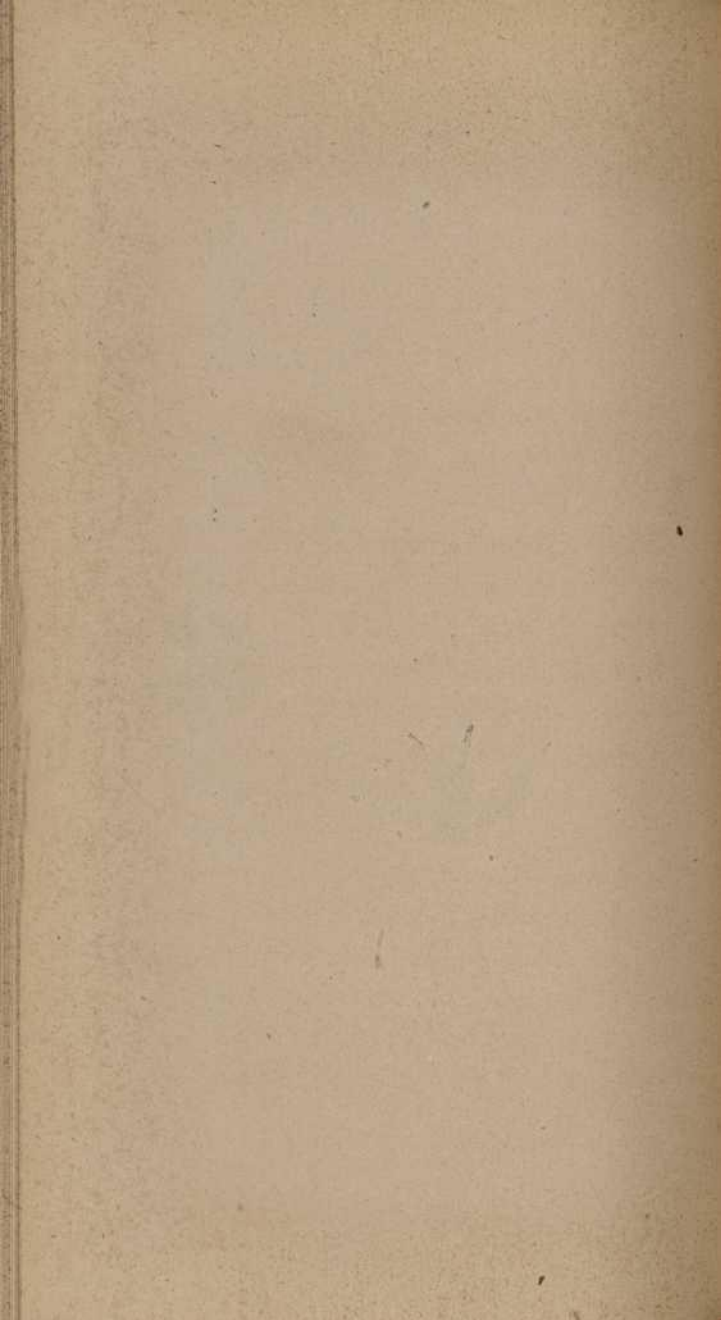
Á los veintiun días y cuando contábamos el décimo nono de lluvias, yo resolví marcharme. Por sentimiento de caridad oponíanse á ello mis compañeros y buenos amigos. El día designado para mi viaje, que había de hacer en mi propia burra, hasta la distante estación de Andújar, amaneció ventoso y con fuertes y continuos chaparrones. Á las siete de la mañana monté en la bestia, me

despedí de mis amigos, en cuyos ojos creí descubrir alguna lágrima, y precedido del guarda que había de servirme de compañero y de guía, abandoné aquellos lugares, que no he vuelto á visitar. Veintitantas veces pasamos arroyos caudalosos como ríos, y mi resuelto guía los cruzaba á pié y en la dirección que llevábamos, sin preocuparse de la profundidad ni del peligro. Yo caminé todo el día envuelto en mi recio abrigo y llevando constantemente la mano derecha en el ala del sombrero y la izquierda sujetando el cordel que servía de ronzal á la caballería. Alguna aunque no mucha agua nos cayó encima y entre cuatro y cinco de la tarde entramos finalmente en la estación de Andújar desde la cual me trasladé aquella misma noche á mi casa, sin la más leve novedad ni contratiempo.

Han transcurrido algunos años y yo no he vuelto á pisar la sierra. No desmayo en el deseo de ver tendida á mis piés y muerta á mis manos una hermosa res, y preparando la satisfacción de tal deseo, he logrado hacerme socio de un acreditado coto.

No corte Dios el hilo de mis días sin que haya logrado la ventura que apetezco!







CAPITULO IV.

De las codornices.

ARTÍCULO I.

Dichosos nuestros mayores, de ayer mañana, como quien dice, los cuales oían, cual si fuera música deliciosa, el canto de las primeras codornices, las que casi por tradición llamamos aún *quedadas*, en la segunda quincena de Marzo y al mes siguiente se poblaban de ellas los sembrados, cuando las falanges de las aves africanas llegaban estropeadas, pequeñas y negras de su largo viaje. Aquello dicen que era un verdadero gallinero. Los aficionados no cabían en sí de gozo. Aprestaban

sus bien templados pitos y sus redes, y sin otra molestia que la de bajar á nuestra Vega y los más codiciosos al Llano de las Infantas, se hartaban de pillar codornices. Y por muchas que cayeran en el garlito, siempre quedaban en tal número, que no se advertía la merma, para que más tarde en los rastrojos el cazador de escopeta y perro pudiera divertirse grandemente, auxiliado por el bien educado pachón, con quien había de compartir la gloria de sus triunfos.

En el transcurso de doce ó quince años venimos observando todos los aficionados, una como gradual disminución de las codornices, que llegan periódicamente á nuestros terrenos, y en alguno de estos últimos años y en el presente mismo, son tan contadas, que en verdad casi pasa desapercibida su llegada. Inútilmente han salido á diario los entu-

síastas exploradores, volviendo todas las noches macilentos y cariacontecidos. En vano hicieron sonar el pito en las lindes de cada sembrado ó en las márgenes de cada arroyo. Ningún macho contestó á la insinuante y tímida, fingida voz de la hembra. Perdidos fueron sus pasos por la dilatada vega y el mismo negativo resultado obtuvieron en los interminables terrenos de la campiña. ¿Cómo explicar este fenómeno? Cuando por falta ó exceso de lluvias no han tenido los sembrados lozanía, todos hallábamos justificada la ausencia de las codornices, atribuyendo á su agudísimo instinto el haber torcido el rumbo para ir en busca de comarcas y regiones más favorecidas que la nuestra. Pero empezó á repetirse el caso de hallarse nuestras siembras muy adelantadas y lozanas, ofreciendo espléndido albergue á las

misteriosas viajeras del África, y sin embargo los esperados huéspedes no han llegado ó lo han hecho en exíguo número. Busquemos, pues, otra explicación al grave suceso.

¿Cómo han de venir las codornices, exclaman los que se dan por mejor enterados de todas las cosas, si los ingleses hacen con ellas un comercio muy lucrativo? Cuando se aproxima la época de su instintiva emigración, los codiciosos hijos de la mercantil Albión, fletan algunos barcos que van derechamente á situarse en el Estrecho, paso obligado de las falangés africanas. En manchas muy grandes formadas por miles de aquellas interesantes aveci-llas, se las ve avanzar sobre la superficie de las aguas, empujadas por el viento hácia la costa española. Los barcos que acechan les salen al paso, y allí fué, es y será Troya! No

dejan una para contarlo. ¿Y qué hacen los ingleses con tantos animales? Y contestan los bien informados, con ademán y palabra llenos de autoridad: pues llevan á prevención muchos miles de cajas de hojalata, y después de preparada la codorniz, la guardan en aquellos botes, soldándolos para vender en su país la rica conserva, al precio de diez reales cada una. Y siendo tantas las que transportan, indudablemente hacen un magnífico negocio.

¿Y cómo és que mientras en Andalucía ó á lo menos en el Norte de ella, carecemos de tan divertida especie de caza, no falta en muchas otras regiones y provincias de España? Los entendidos no hallan respuesta á este argumento.

La codorniz, según fáciles y repetidas observaciones, es un ave no sólo celosa sino apasionada, con

apasionamiento que está en la masa de su sangre, recibido del caldeado suelo africano, de donde es originaria. Movidas por un impulso que arranca de su misma naturaleza, al llegar la primavera se van reuniendo en las costas africanas del Estrecho. Dicen que allí aguardan el viento favorable para su arriesgada y larga navegación, y una vez que sopla en los primeros días de Abril, se lanzan al mar, levanta cada una un ala para que á semejanza de vela reciba el empuje del viento, y casi siempre con azares, contratiempos y peligros llegan las infelices á nuestras costas, tan maltrechas y estenuadas, que los habitantes de aquellos territorios las matan por cientos á sombrero limpio y á veces las aprisionan con sus manos.

Y volviendo ahora á los ingleses; preguntamos llenos de cándida curio-

sidad: ¿no hay motivo en el acto de la violación del Estrecho, para el cruce de notas diplomáticas y que no se corte jamás el paso de las codornices? Los aficionados seríamos capaces hasta de llegar á las manos con la potente y soberbia Inglaterra, en defensa de un derecho que fué instituído por la misma Naturaleza.

Llegaban antiguamente las codornices á las costas de España, y cuando con el descanso recobraban las agotadas fuerzas, se dispersaban alegremente en muy varias direcciones. El mayor número ocupaba las extensas campiñas y el menor continuaba durante las noches de luna su viaje hasta llegar á las alturas de las sierras. Pronto hacían su cría primera, siempre abundante, porque la codorniz pone y empolla un crecido número de huevos, de buen tamaño por

cierto, y de caprichosas y de menudas labores pintados. Cuando en Junio se realiza la siega, casi todas las codornices que poblaban vegas y campiñas, emprenden su retirada á los frescos terrenos de la sierra, en donde hallan los sembrados en pié y así han de durar hasta fines de Julio y aun principios de Agosto. Además del abundante y dorado trigo, que á todo pasto comen y que las engorda y llena de tegidos sebáceos, hallan en aquellos altos lugares, agradable temperatura, frescos prados, espesas sombras y abundantes aguas. Según lo que mi propia experiencia me ha enseñado, las codornices hacen dos crías casi seguidas en la sierra, y yo he visto por mis propios ojos, á fines de la primera decena de Septiembre, polluelos recién salidos del cascarón, que me hicieron sospechar la existencia de una tercera cría.

Dos cosas he podido notar, que nadie se atreverá á desmentir. La codorníz da constantemente de su cuerpo una emanación olorosa, en mayor proporción ó más fuerte que la que dan las otras especies de animales. La codorníz muda de lugar en muy breve espacio de tiempo.

He tenido mil veces ocasión de advertir que todos los perros, aún los de menos nariz, dan señales de notar la presencia de las codornices. Yo he enseñado á cazar cuatro ó cinco pachones y ha bastado la corta temporada de los rastrojos, para dejarlos perfectamente educados. Claro es que contaba para resultado tan pronto y tan satisfactorio, con la buena aptitud y condiciones naturales de tales perros de caza. Y como en esta afición, como en muchas otras *cada maestrigo tiene su librigo*, yo he leído en varios autores, y en-

tre ellos alguno de envidiable renombre, que no deben ser enseñados los perros con esta especie de caza. Ignoro el porqué de la prohibición. Yo no he podido apreciar daño, inconveniente ni mala consecuencia por haber quebrantado aquel precepto, antes por el contrario me fué muy bien y me prestaron muy buen servicio los perros que así eduqué.

He tenido la singular fortuna de ver una codorníz en los momentos críticos en que se hallaba sometida á la acción de la misteriosa corriente, ignoro si magnética, que procedía de mi excelente perra Diana, cuyos ojos inmóviles parecían en aquellos instantes dos carbones esféricos encendidos. La disparé en tal situación y pronto la ví en mis manos.

He visto en otra ocasión *apeonar* una codorníz, en cuyo rastro iba ya mi perra y correr de modo muy

semejante á como lo hacen las perdices.

Por último; he asegurado que las codornices suelen mudar repentinamente de lugar, y esto lo afirmo como lección y enseñanza de mi práctica. He solido hallar en mis escursiones alguna mediana mancha de codornices, y al volver al día siguiente al mismo lugar, no he encontrado ni una sola. Indudablemente la emigración se ha efectuado en una sola noche. ¿Cómo se entendieron para ello? ¿Qué motivó su traslado? ¿En cuál nuevo lugar se detuvieron? Confieso paladinamente mi crasa ignorancia: contesten los más versados y entendidos en la materia. Repetiré una vez más, que yo no tengo pretensiones de enseñar á nadie.

ARTÍCULO II.

**De las perdices. — Su horrorosa
persecución.**

No necesita la perdíz haber nacido para ser perseguida. En el huevo mismo de donde ha de salir, se le destruye sin piedad. Esto que ahora te digo, lector discreto, no es ciertamente una noticia para tí. Yo sólo trato de consignar un hecho constante y doloroso. Las gentes que moran en los campos ó que habitualmente andan en ellos, son por regla general implacables enemigos de las pobres y gallardas perdices. Ásperas son de condición cuando se hallan en libertad, y sin embargo se observa, que, ó por descuido de su fino instinto ó buscando, infelices! el amparo y protección del hombre, suelen hacer sus nidos casi á la sombra de la casa de campo, al lado de los ca-

minos ó veredas y en los sembrados, donde ha de penetrar en breve armado de hoz el segador terrible.

Se dará el caso de que el perro, el pastor ó el caminante descubran el codiciado nido. El perro hará añicos aquella parva de huevos, que estaba cubriendo ó ha de cubrir en breve la hembra, que allí los puso. Y si es el hombre el afortunado descubridor, entónces la cosa varía y al realizarse el crimen, habrá mayores víctimas y las agravantes de premeditación y alevosía. Las manos guiadas por el ingenio, formarán un lazo, en el cual será ahorcada la hermosa hembra incubadora y el nido será pisoteado. ¡Cuántas docenas desaparecen todos los años por tan infames procedimientos y cuántos cientos dejan de salir á luz!

He oido asegurar que en un pueblo cercano á esta ciudad de Jaén,

existe un hombre tan ágil para esta indigna caza, que al oír el canto del macho, se vale de astucias para descubrirle y cuentan que si logra verle, vase derecho y sin vacilar al sitio preciso en que se encuentra el nido. El fin que se propone no hay para qué decirlo.

La saña del hombre no logra al cabo la destrucción de todos los nidos. Los que se salvan del furor humano, arrojan á su debido tiempo, una parvilla de bulliciosos polluelos, que con presteza y agilidad siguen á la amorosa madre, celosa como una leona, de sus pequeñuelos. Cómo les defenderá del peligro! Con cuanta solicitud les proporcionará el sustento y en cuantas ocasiones y para enseñanza del hombre mismo, se ofrecerá como víctima para salvar la vida de sus hijos!

Y sigue la persecución. Tropieza

el campesino con una banda de pollos ó va expresamente en su busca, y como las avecillas apenas están cubiertas de plumas, su carrera ó su vuelo habrán de ser cortos, y el hombre, con mayor resistencia, correrá ágilmente tras de ellas y mal ha de ser que no deje muy mermada la banda.

Pronto el muy despierto campesino ó el hábil cazador advertirán la huella en el polvo de la vereda, y seguirán las pisadas, que van á parar en el charco de la fuente, ó en la margen del arroyo. Buena ocasión para levantar un puesto con cuatro ramas en lugar adecuado, y cuando al apuntar el sol al día siguiente acuda el tropel y forme compacto grupo, apagando su sed en aquella trasparente agua, sonará una fuerte detonación y allí quedarán inmóviles y otras aleutando con las ánsias mortales, un

gran número de incautas bebedoras.

Llegará el mes de Agosto. Los cazadores más robustos y valientes pasarán el día bajo los rayos de un sol de fuego, con la escopeta al brazo, y precedidos ó seguidos del jadeante perro, fidelísimo compañero, que sentirá los horrores de la axfisia, como mi inolvidable Tula, y no abandonará á su dueño. En buena y noble lid triunfará el hombre y volverá á su hogar, impregnado del copioso sudor y llevando en su percha ó su morral alguna docena de blandos, robustos y sabrosos pollos.

Tócame hablar en este monmento de un modo de cazar, que por lo extraordinario ofrece pasto á la curiosidad y alguna novedad entre los medios conocidos.

Figurate, bondadoso lector, dos vertientes opuestas, dejando entre

ambas un ancho y profundo barranco. La una, sin otra vejetación que la del pasto para el mantenimiento del ganado y cruzada en todas direcciones de unas veredillas apenas visibles, trazadas por el paso de los animales. La vertiente opuesta, poblada por completo de olivos y entre ellos algunas casas correspondientes á otras tantas fincas. Cuando al llegar la segunda quincena del mes de Agosto los pollos de perdíz ya tienen el tamaño de los padres, vuelan de una á otra vertiente y pueden repetir dos ó tres veces la misma volada. En tal tiempo, se ponen de acuerdo dos rústicos hombres de campo. El que se ha de situar en la vertiente desnuda, lleva numerosos lazos de cerda, unidos cada uno á una estaquita delgada y de la altura de una perdíz. Además, va armado de una honda. Al que se dirige á

los olivares, le basta con la honda. El primero elige la veredilla que le parece más apropósito, y en sentido longitudinal y á distancia de media en media vara va hincando las estacas con los lazos. Hecha la operación recorre el cerro en todas direcciones, dando voces y haciendo crugir su honda, que dispara piedras, que recorren un buen espacio zumbando. Cunde la alarma entre las bandas que pueblan aquellas alturas y van sucesivamente tendiendo su vuelo á la vertiente de los olivares. Siempre que esto sucede, el espantador de las bandas da una grande voz ó un fuerte silbido, para prevenir al que tal espera, situado en algún punto culminante. Atisva á la banda y pronto cae sobre ella, obligándola á volver á la vertiente de origen; y como esto se verifica en las horas de calor de la mañana, á la tercera ó

cuarta volada, los perseguidos pollos van tomando las veredas, con el pico abierto. En esa ocasión el hombre va detrás de ellos hasta encaminarlos á la que llamaremos la vereda de los lazos, y allí van terminando ahorcados su miserable existencia. Ved, amables lectores, cuanto se aguza el ingenio y de lo que es capaz el hombre!

No terminan con esto los peligros, sinsabores y desgracias de las perdices. Va llegando el otoño y en las negras noches sin luna, vereis á lo lejos varias luces que se mueven en todas direcciones. Parecen gigantes gusanos de luz, reptiles eléctricos, que, inflamados en un sólo extremo de su cuerpo, se arrastran de un lugar á otro, obedientes, quizá, á una dura ley de su naturaleza. No os alarmeis, lectores temerosos: suelen ser un par de cortijeros que llevando

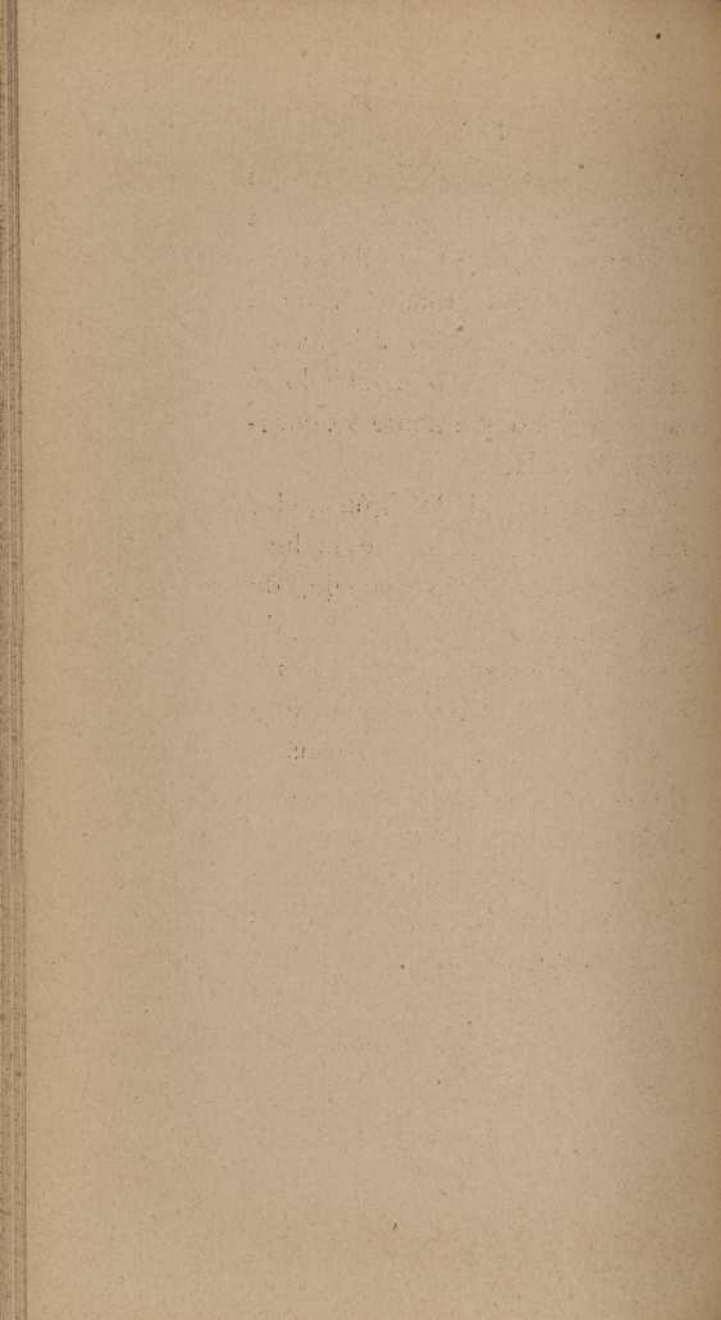
una luz, un cencerro y una pequeña red ó miriñaque, como ellos la llaman, al extremo de un palo, que acaba en horquilla, van cazando perdices, y por cierto que son muchas las que van llenando el saco de la caza.

Finalmente; llega el mes de Febrero y con él la época del celo ó sea la caza de las perdices en el puesto ó tollo, como en algunas partes le llaman. Aun antes de este tiempo, los impacientes *cuquilleros*, como por aquí nombramos á los que de tal modo cazan, han pasado ya algunas horas de la mañana ó de la tarde metidos dentro de lo que parece un brocal de pozo, hecho de piedras ó de monte, con su reclamo colocado á quince pasos de distancia y con la esperanza, alguna vez cierta, de que éntre la banda íntegra y hacer un buen tiro. Muchas docenas de

estos cazadores sedentarios coronan las alturas durante el periodo de la caza del macho, y á poco de terminar ésta, empieza la llamada de la hembra, igual en cuanto á la forma á la anterior, habiendo cambiado el sexo del reclamo que ahora va encerrado en la jaula.

Acaso haya olvidado algún modo, forma ó manera de cazar esas hermosas aves de pintado plumaje, de patas y pico rojos como la grana, de ligerísima carrera y de poderosísimo vuelo. Lo consentido y lo prohibido por la ley, se emplea contra ellas, y tanto en el transcurso del racional periodo de la veda, como en el que es lícita la caza, el hombre es incansable y despiadado perseguidor de las infortunadas perdices.







CAPITULO V.

Caja imprevista de un tejón y de dos zorras.

ARTÍCULO ÚNICO.

Durante algunos años de los de mi vida, he pasado larga y buena temporada, habitando en una casa de campo, durante los meses de verano. Y es claro que llevado de mi afición he dado sendos paseos por frondosos olivares, en donde han muerto algunas liebres á mis manos, ó me he sentado en lo alto de un elevado peñasco, en acecho ó espera de algún conejillo que al romper el día ó á la puesta del sol saliera á corretear por el campo, al alcance de mi

escopeta. Y empezaré por un episodio cómico en el cual voy á desempeñar, lector generoso, ante tus ojos, tristísimo papel. Ríete de mí cuanto quieras, ya que la ingrata suerte me condujo cierto día al extremo que ahora voy á revelarte.

En las primeras horas de la tarde de un día caluroso del mes de Agosto, salí de mi casa, asentada en una altura en el término municipal de los Villares y tomé el camino de la sierra. Fui subiendo, subiendo la empinada cuesta, y no muy lejos del llamado Puerto de la Olla y avanzando ya con más desahogo por camino entrellano, llegué á unos altos y aislados peñascos, que se conocen con el nombre de los ahumados. Están situados á la cabeza de una cañadilla, cuyo ingrato suelo está cuajado de piedrezuelas rodadizas y sin otra vegetación que algunas redondas y

compactas matas de aliagas ó abulagas, como dice la gente del país. Subí al más alto de aquellos peñascos, con grandes precauciones por temor de una caída, y me senté coronando la piedra, con la escopeta montada y tendida sobre mis muslos, inmóvil como una estatua hecha de la misma materia que la basa ó pedestal y con ojo avizor para descubrir prontamente el conejo que saliera de alguna de las bocas ó madrigueras, que en aquel apartado y solitario lugar existían.

No tardó mucho en favorecerme la fortuna. En la parte más baja y fuera de tiro, apareció un conejo, y algo se movía en varias direcciones, pero no subía lo bastante para ponerse al alcance de mi escopeta. Más de media hora me mantuvo el conejito sin quitar ojo y sin ponerse á mi alcance. Habíase puesto el sol

y yo me impacientaba sin fruto. Al cabo de un rato más, el conejo tuvo á bien subir dos ó tres varas y se situó delante de una aliaga y tan cerca de élla, que á veces me costaba gran trabajo distinguirle. Iba á terminar el crepúsculo y yo necesitaba poner término á la difícil situación. Resolví tirarle, confiado en el alcance de mi escopeta, y después de apuntar con gran cuidado, disparé. Salió rodando el conejo herido y rodaba descompuestamente en dirección á la boca ó madriguera de donde había salido. Los momentos eran contados y preciosos. No debía perder uno sólo, y entendido esto así, dejé sobre el peñasco la escopeta y corriendo el riesgo de romperme la crisma, me descolgué al suelo y corrí sin quitar la vista de la pieza que aún rodaba. Al entrar en el declive, rodaron las piedrezuelas sueltas, fué-

ronse mis dos pies á un tiempo y caí de espaldas, cuan largo era. Para mayor desdicha mía, abrí al caer mis brazos y pretendí asirme de algo. Este algo fueron dos matas de alia-gas, que me produjeron en ambas manos el dolor de cien alfilerazos. Y no bajarían de igual número las agudas espinas que en ellas me clavé. Me incorporé prontamente y al cabo llegué á apoderarme del conejo, que con las ánsias de la muerte en vano pretendió ganar la boca antes de mi llegada. Al oprimir sus patas con mis manos, sentí el agudo dolor de las pequeñas pero innumera-bles espinas, que en ellas llevaba clavadas, y durante algunos días y con paciencia de Job, tuve el grato entretenimiento de irlas sacando, una por una, con la punta de un alfiler.

El cómico episodio narrado, des-

vió mi atención del asunto revelado en el epígrafe de este artículo. Voy á ocuparme de él.

Solía yo visitar con frecuencia un lugar abrupto, sembrado de peñascos y de malezas, de grandes alturas, cortadas á veces en línea casi vertical, de hondonadas sin cuento y de accidentes sin número. Un terreno, en fin, que acusaba un antiguo desastre de la Naturaleza. Noté que allí se albergaban algunos conejos, y desde que tan afortunado descubrimiento hube hecho, casi á diario visitaba por mañana ó tarde aquel sitio, y en más de una ocasión contemplé desde la cresta de las piedras la belleza de ambos crepúsculos. Hallábame una tarde sentado sobre una piedra que descollaba, y tenía á la vista otros muchos peñascos, algunos de los cuales estaban rodeados y casi cubiertos por los zarzales y

otras frondosas plantas. Atento miraba, cuando ví moverse de modo extraño los tronconcillos de un espeso grupo de *matagallos*, que existían al pié de un enorme peñasco. Aquello no era por efecto del viento por que la atmósfera se hallaba en completa calma. No sería conejo, por que este animal se escurre suavemente y aquellas plantas eran agitadas de vez en cuando con notable violencia. Yo estaba inquieto, curioso y prevenido. Se repitió muchas veces el mismo fenómeno, hasta que al cabo apareció ante mi vista y por entre las matas, de que yo no quitaba ojo, una pintada cabecita de animal extraño, que me era de todo punto desconocido. Un momento despues había salido un recio animal de cuerpo grande y rechoncho y de extremidades muy cortas. Presumí que era un tejón. Confieso que an-

duve torpe en aquel instante. En vez de dirigir la puntería á la cabeza la encaminé al tronco, sonó el tiro, el animal dió casi un salto y se metió por el mismo lugar de la salida. Fui á reconocer el sitio. En el del tiro, hallé frescas gotas de sangre. Separadas las matas, ví una pequeña cuevezuela y una grande boca de madriguera. No tomé providencia alguna. Reconocí mi torpeza y me alejé lentamente del lugar de suceso.

Hallábame en otra tarde de *rececho* en distinto sitio de aquel mismo terreno, dominando desde una cortadura, que tendría cinco ó seis metros de altura, el terreno bajo, que alpié de la misma existía, cuando ví aparecer en una raja de las peñas, un hocico muy largo y puntiagudo, muy semejante al de un perro podenco. Pronto entendí que se trataba de una astuta zorra, que acaso se ocupaba,

como yo, de recechar los conejos. Mucho tiempo permanecimos ambos en la misma situación. Yo esperaba que mi compañera de caza estirara el cuello y sacara la cabeza. Al cabo se efectuó esto. Me bastó con media cabeza para el tiro. Le disparé de arriba abajo y el animal dió una voltereta en el aire y cayó al suelo, revolcándose unos momentos en su propia sangre.

Finalmente; no recuerdo si en aquel mismo año ó al siguiente y estando á no larga distancia del sitio en que tuvo lugar el anterior suceso, me ocurrió la aventura que voy á referir.

Salimos una tarde de verano con propósito de hacer un rececho en aquellas alturas, mi criado Salvador y yó. Elegí unos peñascos y mi acompañante se alejó en busca de lugar algún tanto distante y adecuado.

Yo tenía, una vez sentado, por delante una gran hondonada y por la espalda un pequeño llano entre peñones, una especie de corralillo, en donde existía un rastrojo vivo. Aquí del cuarto de hora de tontería de todos los animales. Yo no vi en toda la tarde pieza alguna de caza. Presencié emocionado una caliente y hermosísima puesta de sol. Admiré la rompiente de luz por densos celajes, orlados de flameante oro; vi teñirse las montañas de mi horizonte sensible de vivo carmín y la luz fué languideciendo poco á poco, para ceder el espacio á las sombras de la noche. Poco faltaba ya para ella, cuando percibí claramente el ruido de los pasos de mi sirviente, que al bajar á la sazón por un plano inclinado, hacía rodar las piedras. Entendiendo yo que nada podía esperar, me puse de pié, sin precaución algu-

na, conservando montada la escopeta entre mis manos. Volví maquinalmente la cabeza y me sorprendí al ver en aquel pequeño rastrojo y á distancia de seis varas, próximamente de mí, un animal que desde luego tomé por un perro, el cual con el hocico casi pegado á la tierra, se movía como cazando. En uno de sus movimientos pude ver su larga cola ú hopo, y esto me reveló que se trataba de una hermosa zorra. Obra de un instante fué el encararme la escopeta, disparar y ver caer al animal desplomado. Con mucho recelo acerqueme á mi víctima, de cuya astucia y picardías siempre había oido contar casos maravillosos. Recordé que un cazador de oficio á quien yo conocía, creyó haber dado muerte á una zorra y en tal confianza se la echó á la espalda, y cuando más descuidado iba, sintió un agudo mordis-

co en la parte posterior, que por decoro dejaré sin nombrar. Me acerqué, repito, á la que no sabía si juzgar muerta, y sin perder de vista la cabeza, la alcé un poco, asiéndola de la poblada cola. Dejéla caer y cayó desplomada. Repetí la prueba varias veces y siempre con igual resultado. Ya no había duda alguna; la zorra estaba muerta. Algún plomo debió atravesarle el corazón, privándola en el acto de la vida. Y ahora te pregunto yo, lector amable: ¿cuándo ninguna zorra del campo se acercó al hombre con tanta sobra de confianza, como la que halló su muerte á mis manos?





CAPITULO VI.

Un cazador de lobeznos

ARTÍCULO ÚNICO.

Permíteme, lector bondadoso, que una vez más te hable de la pintoresca Villa, cuyo nombre te he dado á conocer en el transcurso de estas mis insulsas narraciones.

Llámase «Los Villares», y asentada como en el fondo de una inmensa caldera, aparece rodeada de gigantes eminencias, siendo la principal de ellas el cerro nombrado La Panderra, que al Sur de la Villa se alza majestuoso, sirviendo de asiento á las nubes apiñadas, que en los meses del invierno ruedan por su falda ó descan-

san coronando su alta cima, blanqueada de ordinario por la nieve. Á su pié nace el río, que con bastante razón lleva el sobrenombre de *frio*. Allí se alumbran las finas, transparentes y fresquísimas aguas, que antes de llegar al pueblo, alimentan tres ó cuatro molinos, y siendo escaso su caudal, lleva rumor muy grande al correr por un cauce estrecho, pendiente y en muchos puntos sembrado de peñascos. Allí en las estribaciones que se inclinan al Oeste, hay sitios para mí de gratisimos, imborrables recuerdos. Allí se hallan «Los Espinares», «La Mimbre», «El Peralejo» y «El Aprisco», terrenos de labor salpicados con algunas manchas de monte, que yo he recorrido muchas veces durante los meses de calor, en busca de las codornices, que en tiempos de mayor fortuna, en gran número acudían y veraneaban

en aquellos frescos lugares. ¡Oh delicioso gazpacho comido y bebido al mediar el día, cabe la fuentecilla del Aprisco, del Peralejo ó de la Mimbre! Perdóname, lector bondadosísimo, que yo me eclipse y pierda en esta evocación mis recuerdos.

Habrás de saber, que la villa de mi historia, tiene hijos para todo lo que se ofrezca en el mundo. Allí vive un hombre que es entendido en la poda de árboles, y cuando le han llevado alguna vez para que ejerciera su oficio á una extensa alameda de altísimos chopos, ha tenido la habilidosa costumbre de subir á lo alto del que halló más á mano, y no ha vuelto á tocar al suelo hasta que descendió por el tronco del último. Se ha dado el caso de mediar dos ó tres varas entre uno y otro árbol, y entonces, subido mi hombre á lo más alto del flexible tronco, se ha



balanceado airosamente á doce ó quince metros de elevación, y desprendióse á tiempo del uno, quedó abrazado al otro, con la envidiable agilidad de un mono.

Allí existen hombres, que, codiciosos de la rica miel de un enjambre, encerrado en una cueva abierta por la Naturaleza en el centro de un corte de piedra, que forma una pared de extraordinaria profundidad vista, desde arriba, y no hallando modo posible de llegar á la abertura más que descolgándose pendiente de una cuerda, y sobre un haz de tamaras, lo ha hecho un atrevido, en tanto que dos le sujetaban desde lo alto y un tercero le balanceaba con cuerda sobrante hasta el suelo, para que en un momento dado pudiera desprenderse y entrar á la oquedad del cerro, llamado de la Cervadura.

Allí habita un despierto campesino, que suele recorrer algunos cortijos del término, preguntando por garbanzos cuando necesita y quiere comprar lechones, por ejemplo, ó pregunta por trigo si vá en busca de habas. ¿No entiendes, hábil lector, en que consiste el rasgo de sutilísimo ingenio? Pues ya le ofrecerán lo que él solicita sin decirlo, y cuando llegue la oferta despreciará el género y logrará comprarlo con una grande rebaja y haciéndose de rogar.

Allí hay muchos y buenos cazadores, de piernas de acero, ojo de lince y pulmones de cuerpo entero, que andan, corren y saltan por donde solo las cabras lo hacen á diario.

Y allí, finalmente, vivía hace veinte ó más años un hombre rústico, cuya especialidad consistía en la caza de lobeznos. Yo recuerdo aquel tiempo en

que los Ayuntamientos tenían capítulo en sus presupuestos para pagarla extinción de animales dañinos. Yo recuerdo haber visto, llevadas por unos hombres, camadas de lobeznos, y aquellos hombres iban recorriendo las casas de campo y visitando á los ganaderos, de los cuales recibían la dádiva de algún dinero. Después remataban la peregrinación en el Ayuntamiento del pueblo, y si no me es infiel la memoria, recibían diez reales por cada animal, y allí una vez pagado éste, le era cortada una oreja, para que no pudiera ser presentado de nuevo.

El héroe de esta mi verídica historia, casi había hecho profesión de la caza de lobos. Con su morral á la espalda y su escopeta al hombro, á pié siempre, se internaba en lo más abrupto de la sierra, y allí permanecía hasta que se agotaban sus pro-

visiones. Gran conocedor del lugar preferido por los lobos para hacer en ellos su guarida, penetraba resueltamente en los más intrincados laberintos de piedras y malezas, y muchas veces anduvo á tiro limpio con los feroces habitantes de las breñas.

La última vez que visitó la sierra, le ocurrió el pesado lance que vá á saber el que leyere. Andaba mi hombre un día vagando de un lugar á otro, como de costumbre, cuando descubrió huellas ó pisadas de un lobo. Las examinó atentamente, mas pronto llegó á un suelo de piedras y allí se borraron y perdieron. No desmayó el cazador. Dando mil y mil vueltas, descubrió un agujero abierto en roca viva. Examinó aquella boca del negro tunel, con inteligente cuidado, y halló señales indudables de que allí se albergaba algu-

na loba. Miró y remiró aquel agujero, halló en las puntas salientes de las paredes abundantes pelos, que confirmaron sus sospechas, y por añadidura el olor y un ligero ruido allá en el fondo, á donde no alcanzaba la luz, le dieron la completa seguridad de que allí habitaba una loba y que á la sazón estaba criando. La empresa de sacar de allí á los pequeñuelos, no era fácil; antes por el contrario, ofrecía muy serias y graves dificultades. Contando lo primero con que la loba no estuviera dentro, había que penetrar por un agujero, de tan escaso diámetro, que aún tendido y arrastrándose como un reptil, vendría poco holgada y aún tal vez estrecha la medida para el cuerpo del hombre. La longitud de aquella especie de tunel no era conocida. Sumadas las del brazo y la escopeta, no eran bastante para

tocar el fondo. Mi hombre se sentó á meditar á corta distancia y fumó tranquilamente un cigarro. Alguna vez llegó á vacilar en el intento, pero al cabo triunfaron la codicia y el deseo; y una vez realizadas todas las pruebas, que sirvieron para acreditarle la ausencia de la loba, el atrevido explorador se despojó de la chaqueta, morral y sombrero, que dejó á un lado, tendióse en el suelo llevando por delante la escopeta, y así fué entrando y avanzando á rastro por el tunel. Alguna vez ensanchaba algo, poco después se estrechaba y agudos picos desgarraban su camisa. Contaba él después, que al cabo de penosos esfuerzos hubo de llegar á un buen ensanche, á una especie de cueva, en donde, tentando, llegó á encontrar la cama y en ella cuatro ó cinco lobeznos, de pocos días nacidos.

Consideraba el hombre urgente su salida. La dilación aumentaba el peligro. Se revolvió con bastante facilidad, puso delante de sí la escopeta y la que ya consideraba rica presa, y empujando ambas cosas á medida que él avanzaba arrastrándose, emprendió la obra de su salida. No supo jamás explicarse el cómo quedó atrancado á la mitad del tunel. De tal suerte se le ajustaron las paredes al cuerpo, que parecía que animadas de un mal espíritu, le oprimían.

No ya los momentos, sino el par de horas que allí permació forcejeando inutilmente, le parecieron siglos. Y para mayor angustia y sobresalto, oyó el grito ó aullido de la loba y vió la sombra que proyectaba su cuerpo á la entrada del tunel. El pobre prisionero agitaba la escopeta dando con el cañón en las paredes, y

oía, con horror, castañetear los dientes de la fiera, dispuesta á devorarle. Faltábale, sin embargo, resolución para penetrar en el tunel. Cuando al cabo de dos horas mortales logró el infeliz, revolviéndose de todos lados, salir del atranque, todo magullado y maltrecho, aceleró cuanto pudo su marcha de reptil, y al cabo llegó á la salida. La loba se retiraba lentamente, andando hácia atrás, gruñendo y amenazadora. El hombre, más muerto que vivo, empuñó la escopeta, la montó y se dispuso á jugar el todo por el todo. La loba emprendió su retirada y se perdió en lo más intrincado de la cercana espesura.

Pronto cundió por el pueblo la noticia de la aventura. Amigos y conocidos oyeron el relato de boca del pobre cazador, quien desde entonces no se vió con salud un solo día. Ina-

petencia, tristeza constante y profunda, un mal tonto, como decía la gente, se había apoderado de él, é iba minando su existencia. Así fué, en efecto. No habían transcurrido dos meses contados desde el día del suceso, cuando aquel desdichado cazador de lobeznos, hubo de pasar á mejor vida.

He procurado no desviarme ni un ápice de la verdad histórica. He de advertir que el relato llegó á mí por tercera ó cuarta mano, y yo he de lavar las mías y terminar advirtiéndote, lector, *que si dijeres ser cuento, como me lo contaron te lo cuento.*





CAPITULO VII.

El Coto de Peñaflores

ARTÍCULO ÚNICO.

Ven acá, lector simpático, que si eres aficionado, como yo te supongo, á la caza, he de llevarte de la mano ó en coche, para tu mayor comodidad, á un famoso lugar, de bien merecido renombre, en donde has de quedar maravillado al descubrir que allí se cuentan por millares los conejos y las perdices; y yo te guiaré hácia un extremo del Coto, que podremos llamar la región de las liebres. Yo te señalaré desde las alturas de esta Ciudad en que vivo, algunas altas y puntiagudas colinas, en dirección á la Loma, donde se asientan

las antiguas ciudades de Baeza y Ubeda, Loma que por ese lado que te estoy señalando, forma la línea de nuestro horizonte sensible; y saliendo de Jaén por la carretera de Granada y torciendo el rumbo hacia la izquierda cuando nos encontremos á la vista del rio y á cosa de una legua de la Capital, que hemos dejado y cuando por ella lleguemos á la altura de Mancha Real, cambiaremos la carretera por un simple carril ó camino de ruedas, y á las dos horas, próximamente, de marcha, desde que nos pusimos en movimiento, descubriremos al pié de un alto cerro coronado de puntas, peñascos y malezas, dos casas unidas, que nos dan el frente y ante la más baja se detendrá el vehículo. Ya hemos llegado á Peñaflor.

Si tú, lector complaciente, fueras solo un artista enamorado de la Na-

turaleza y ambicionaras únicamente la contemplación de los pintorescos cuadros, de los risueños panoramas y de los encantadores paisajes, para sentir y gozar la dulce y desinteresada emoción que despiertan en el pecho los objetos bellos, no te detengas aquí un solo instante, pues en vano has de buscar por estos terrenos el ideal de tu viaje. Pero si aún siendo artista eres también cazador, penetra conmigo en esta casa que tenemos delante, y que es la llamada de los Señores, para distinguirla de la que está más alta y contigua y que es la del cortijo ó casa de labor.

Ya el guarda que con su ancha banda de cuero cruzada sobre el pecho y en ella la dorada placa, en que están grabados los nombres del Coto y del dueño, ha salido á recibirnos, tiene abiertas todas las habita-

ciones, y después de saludarnos respetuosamente, nos insta para que pasemos. Ya tenía él noticia anticipada de nuestro viaje. Hallaremos á la entrada una amplia cocina, con fogón espacioso, al extremo de la derecha. Á la izquierda veremos el arranque de la escalera, que ha de llevarnos al piso principal. Á uno y otro lado veremos algunas cómodas y espaciosas habitaciones, y la penúltima en el lado derecho es la destinada á comedor, según á la simple vista revela una mesa fuerte y grande, que ocupa el centro de la estancia. Está alumbrada la habitación por ancha reja, que desde fuera se vé sobre la puerta de entrada. Tenemos, pues, donde comer y donde comer muy á gusto. Ya verás cómo tenemos amplísimo terreno en donde cazar, más á gusto todavía.

En este miserable mundo no es

bastante al hombre el ser rico; es preciso que sepa serlo. Yo he conocido muchos *ricos, pobres* y algunos *pobres, ricos*, sin que de mí te rías, lector pasmado, porque yo exprese con tono de autoridad aquellos conceptos paradójicos, que riñen de verse juntos. Ni he de entrar ahora en prolijas explicaciones, ni mucho menos he de citar casos ni nombres. Al buen entendedor, como dice nuestro refrancejo, con media palabra basta.

He de rogarte, lector, que en lo que voy á decirte no juzgues, ni por asomo, que existe la lisonja. Dios me siga librando, como lo hizo hasta aquí, del feo vicio, que detesto. Llamaré al pan, pan y al vino, vino. Diré la verdad monda y lironda, tal como yo la veo y entiendo; y si, por desgracia, me hallára equivocado, flaqueza del hombre es, aunque en

muchas ocasiones tenga cada uno la responsabilidad moral de sus propios errores.

Mi respetable y fino amigo don Alonso Coello, es el dueño afortunado del Coto de Peñafior y nó con riesgo, sino con la completa seguridad de herir y hacer sangre á su modestia, he de afirmar, sin titubeos, que es un cumplido caballero, de cuerpo entero, y un rico que sabe cumplidamente serlo. Desde que en tiempo, ya remoto, entró en posesión de éste y otros dominios, viene concediendo todos los años muchas licencias ó permisos, para cazar en su renombrada propiedad, sin tasa ni cortapisa alguna. Y son varias las expediciones que anualmente se efectúan, y acaso se acerquen y algunos años pasen de dos mil conejos, los que arrancan del Coto, hurones, perros, y escopetas.

La fecha de mis primeras visitas á Peñaflo, se pierde en la oscura noche de los tiempos de mi vida. Solo recuerdo que han sido muchas mis excursiones, y siempre provechosas. Y también recuerdo, que en una de aquellas primeras veces, hube de pedir en verso la licencia, y no por la bondad de mis pobres estrofas, sino por la excesiva del personaje á quien enderezaba mi epístola, no solo me fué concedida, sino que el amable y cortés D. Alonso me hizo saber que podría en adelante contar con su permiso, poniéndome por única condición, el que siempre lo pidiera haciendo uso de la forma poética. En varias ocasiones me he valido del recurso y si no tuviera fundada desconfianza de mis versos y no me contuviera mi poquita de vergüenza, yo transcribiría en este lugar algunas de aquellas solicitudes, que el buen don

Alonso conserva cuidadosamente archivadas.

Yo conocí, traté mucho y me era muy simpático, al guarda Sebastián, que custodió durante muchos años aquel rico predio, y que salió airoso de mil lances y aventuras, cuya interesante relación, á la vez sencilla y pintoresca, escuché con deleite durante los descansos de la caza ó en las veladas de cada noche. Más tarde reproduciré alguna de aquellas verídicas narraciones.

No he de ocuparme, paciente lector, de todas y cada una de mis alegres expediciones al lugar de que me ocupo. Únicamente he de hacer objeto de tu atención benévola, las dos últimas, realizadas en el mes de Noviembre del pasado año de 1.897.

Reside el dueño de Peñafior en la Corte y desempeña un alto cargo

palatino. Al llegar los primeros días de Noviembre del año antes citado, supe que estaba próxima su venida y que habría de visitar el famoso Coto. Realizó su viaje y recibí galante invitación suya, para que le acompañara á Peñaflores. Holguéme grandemente en ello, y dispuestas todas las cosas, salimos de esta ciudad de Jaén el día 5, si mal no recuerdo, en las primeras horas de la mañana. Acompañaba al generoso anfitrión su amable hijo D. Francisco y formábamos en junto la expedición cinegética, seis ó siete personas. Llegamos al Coto sin tropiezo, llegaron de igual modo unos cuantos perros y cazando algunas horas, cobramos ciento veintitantos conejos, más algunas liebres y perdices. Con nuestro botín de caza y el tiempo bastante revuelto regresamos al segundo día á la Ciudad, y al siguiente se au-

sentaron nuestros buenos amigos, volviéndose á Madrid.

Diré á mis lectores, que desde tiempo inmemorial, pues no bajará de treinta ó más años, ha venido generalmente inaugurando la temporada de caza, una docena de amigos y ha sido y es llamada por todo el mundo, la expedición de los hortelanos. No son de este oficio todos los que á ella concurren, y con los habituales expedicionarios, me unen lazos de amistad. Insinué mi deseo de tomar parte en la excursión, que en Noviembre se proyectaba, y lo hice con tal fortuna, que *némine discrepante* fui admitido y contado desde aquel momento como uno de tantos. Con razón goza de fama esta expedición anual. Además de los que podremos llamar cazadores activos, que ni son pocos ni malos, se unen á ellos unos cuantos amigos, á manera

de figuras decorativas, movidos del deseo de pasar tres días en el campo y saturarse de la perpétua broma con que allí se salpimentan las noches.

Los muy prácticos en estos asuntos, se ocuparon al llegar la última decena del mes de los Santos, de buscar los mejores perros. Consiguieron su empeño reuniendo unos cincuenta, que por agrupaciones procedían de Jaén, La Guardia, Los Villares, Pegalajar y Carchelejo. Los cazadores y agregados, sumábamos un total de doce ó quince. El tiempo á la sazón estaba primaveral. Salimos de Jaén en dos carruajes, á las siete de la mañana y poco después de las nueve nos apeábamos alegremente á la entrada de la casa de Peñaflor, después de haber almorzado opíparamente, en el primer tercio del camino.

Y no he de ocultar, que durante el almuerzo al aire libre y al lado de la carretera, se inició la primera broma, que no habrá olvidado su autor, mi amigo D. Juan, por lo mismo que le salió el tiro por la culata, como suele decirse. Oid la relación del suceso.

Tendidas dos ó tres mantas en el suelo y pobladas que hubieron sido de panes y de fiambreras, nos sentamos en torno, con la alegría pintada en el semblante y la codicia del apetito escrita en nuestros ojos. En secreto habían dado á mi buen don Juan unos cilindros del tamaño de un cigarro, rellenos de pólvora y con una mechita, que, una vez encendida, haría explotar al pequeño cartucho. En el momento de aplicar el fuego, era necesario arrojar aquel cuerpo, cuya inesperada y fuerte detonación haría estremecer de susto

á los descuidados comensales. Ó por falta de explicación ó de ligereza, D. Juan no arrojó á tiempo el cartucho y explotó en su misma mano. Todos dirijimos á él la ansiosa mirada y aunque pretendía disimular su propio susto, la agitación mal oculta y la extrema palidez de su antes colorado rostro, bien dieron á entender que era víctima del desgraciado accidente.

Nuestra jornada fué feliz. Al pisar el terreno del coto, descendimos de los coches, y al lado del monolito, que en aquel punto marca el lindero, nos descubrimos reverentemente y rezamos un Padre nuestro, Ave María y Gloria, para que el Señor nos librase de los peligros, que de continuo ofrece la caza. Allí mismo nos aguardaban los perros y pronto dió principio aquella especie de función de guerra, en la que fueron har-

to numerosos los muertos y los heridos.

Yo pocas veces he gozado tanto. Veíamos crecer sin descanso los montones de conejos, muertos á diente ó á plomo. Se multiplicaban las voces y los disparos, se sucedían los lances extraordinarios, muchas veces cómicos, y todos nos divertíamos grandemente. Oid uno de ellos, que bien merece los honores de la narración.

Al salir cada mañana de la casa, teníamos cuidado de advertir al cocinero y ayudantes, el sitio á donde, en mitad del día, habían de acudir con el almuerzo. Al segundo día se fijó como punto de reunión y descanso, un alto peñasco, de ancha base y forma puntiaguda ó cónica, como mejor te plazca, que desde la casa misma se descubría. Después de haber cazado durante toda la mañana

y quitado innumerables conejos al cerro de la La Lóbrega y al llano del Abulagar, nos fuímos replegando en busca del lugar designado para el almuerzo. Fuímos dejando las escopetas en fila, inclinadas y apoyadas las bocas de los cañones sobre la pared del enorme peñasco. Unos en pié y los más sentados conversábamós en pequeños grupos, cuando llegó la lucida cabalgata portadora de las municiones de boca. Según costumbre, se tendieron un par de mantas en el suelo, se puso en el centro un grande caldero, que contenía sabrosos conejos, divididos en trozos y bien aderezados; sembróse de panes y de vasos de cristal el oscuro mantel, y en el punto mismo en que cada cual se disponía á cortar el pan y pinchar con la navaja la primera tajada, oyóse, no lejos, el latido de un perro. La mayor parte

de éstos se hallaban á nuestro lado. Miramos con muy curiosa atención y vimos venir hácia nosotros un conejo, que corría como una flecha, seguido, ya muy de cerca, de un valiente podenco. Uno de nuestros hombres saltó ágilmente para cortar la carrera del conejo por el lado izquierdo del peñón, y, con efecto, hácia allí se lanzaba el perseguido y fugitivo. Con los brazos abiertos, moviéndolos como aspas, voceando y oseándolo con el sombrero, hizo que el conejo, de todo punto aturrido, se entrara sobre las mismas mantas y echara á rodar vasos y panes. Llegó al pié del peñasco, saltó con un último esfuerzo, pretendiendo subir por la vertical pared de piedra, y malamente asido con sus cuatro patas á ella, durante unos momentos, recibió un sombreroazo, que le hizo caer al suelo. Yo no sé cuantos hom-

bres y perros, en confuso montón, cayeron sobre él; más es lo cierto que uno de los hombres, el más afortunado, le sacó entre sus manos. Celebróse alegremente el suceso y enseguida dimos pasto abundante á nuestro apetito desordenado.

Cazando sin descanso, transcurrieron, como un soplo, tres días. Las noches se deslizaban entre fiestas y algazaras. Se multiplicaban durante ella los juegos y primores de la pirotecnia, y al cuarto día, cuando terminado un ojeo hicimos punto redondo y final, supimos, con deleitosa admiración, que iban cobrados 468 conejos!

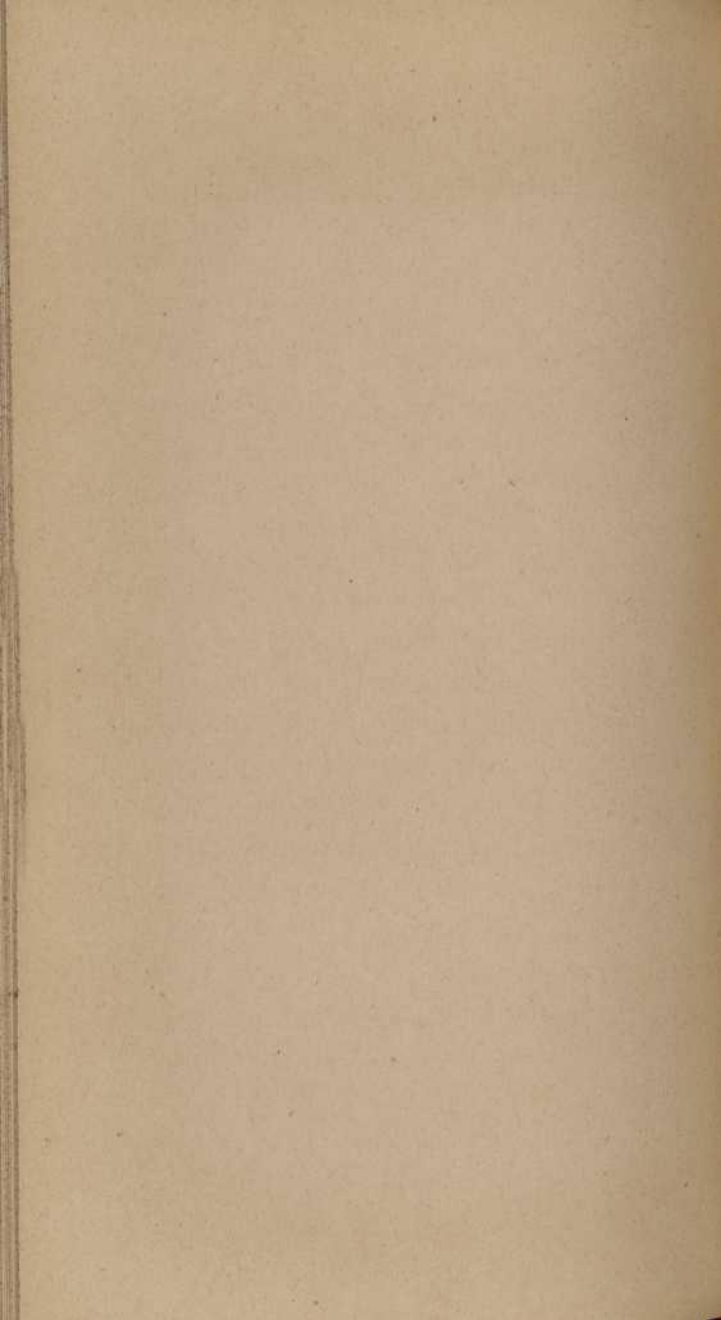
No, no es posible, lector, que tu puedas formarte cabal idea, sin otro antecedente que mi pobre relato, de lo que constituye el encanto de una expedición semejante. Torpe es mi pluma para describir, como se mere-

ce, el risueño, animado espectáculo de una de estas famosas cacerías. Aquel sin número de amaestrados perros corriendo sin cesar y latiendo en pos de los atribulados conejos; aquel vocear y á veces correr de los cazadores; aquellos continuos disparos, cuyo ruido repercute en los cercanos cerros ó se agranda en cañadas y barrancos; aquel fuego de guerrillas, que se va generalizando y á veces se reconcentra en breve espacio; aquel reír y comentar, á voz en cuello, los siempre variados accidentes de la caza!... conjunto y partes son, dignas de mejor templada pluma, que esta mía, tan torpe como mi ingenio.

No sólo conservo admirable y fielmente pintado en el lienzo de mi imaginación el cuadro de aquellos alegres días, sino que además guardo con mucha estima cinco buenas foto-

grafías con retratos y paisajes de aquellos lugares, obra aplaudida de un discreto fotógrafo, que nos acompañó en la expedición descrita, y de la cual regresamos felizmente, con asombro de todos y con envidia de muchos.







CAPITULO VIII.

Cazadores de oficio y cazadores furtivos

ARTÍCULO I.

No te extrañe, lector amado, el que yo te ofrezca juntos estos al parecer distintos cazadores, pues en los miserables tiempos que alcanzamos, han llegado á ser, como diría un filósofo krausista, una sola y misma cosa.

Tanto y tanto se ha multiplicado el número de los cazadores; de tal modo se ha ido abaratando el precio de las armas de fuego y de tal manera se ha perdido, por causas de todos conocidas, el respeto á la ley, que hemos llegado á una desdichada

época en que ya está á punto de agotarse la caza en los terrenos del común, y aún en los de propiedad particular, si el dueño descuida su custodia. Esto que afirmo es un hecho que puede ser comprobado fácilmente.

La necesidad nos ha ido empujando para que formemos sociedades de caza, para que acotemos terrenos y paguemos guardas, y nada sea bastante á estorbar el continuo asedio en que nos tienen los que empeñados en vivir de la caza, ó para mayor propiedad, con el producto de la caza, acechar sin descanso uno y otro día y á veces una y otra noche, para realizar una algarada en el lugar vedado, si es que no vá desde luego el cazador necesitado y entra derechamente y resuelto á todo, como en no pocas ocasiones sucede.

Y este hombre que no vacila en correr el peligro y en exponer su vida, es un desdichado, que aún no quiere convencerse de que la caza, tomada como oficio, ha venido tan á menos, que ya no mantiene á nadie. Tiene el que lo practica que convertirse en merodeador, ratero, ó, lo que es igual, en cazador furtivo. De aquí el que yo con sobra de razón, afirmára al empezar este artículo, que el de oficio y el furtivo han venido á parar en ser una sola y misma cosa.

Y es, ciertamente, muy digno de estudio, el tipo que ahora ocupa tu atención, lector complaciente. Trátase de un hombre alto ó bajo, pero siempre enjuto y ágil, de color tostado, producto del sudor, del polvo y del sol canicular. Su mirada suele ser viva, despierta é inteligente. Como quiera que á diario recorre el

campo en todas direcciones, conoce todos los lugares y sabe todos los nombres y tampoco ignora el sitio en donde hallará la fuentecilla, que ha de apagar su sed, ni la recóndita cueva que le ha de dar albergue durante la noche. Le acompaña á toda hora un flaquísimo pachoncejo, tan perfectamente educado, que adivina sus pensamientos y le sirve amorosamente, á las mil maravillas. Este perro modelo, que debiera estar engarzado en oro fino, no tiene nunca alegría en sus ojos. En ellos lleva escrita la tristeza de su hambre crónica. Puedes, lector compasivo, contar todos sus huesos á través de la piel, y no ha de quedar costilla ni salerete de su columna vertebral, que no se ofrezca á tu vista ó se resista al tacto de tu mano exploradora.

Tanto en invierno como en vera-

no, la ropa que cubre el cuerpo del cazador de oficio, peca tanto de ligera como de destrozada. La única prenda que durante los meses de frío le sirve de abrigo y le defiende del agua, es una bufanda, que entre nosotros ha venido á sustituir al antiguo capote. Lleva á su espalda un amplio morral, pocas veces de piel y muchas de lienzo ó tela, sucia y remendada. Allí van las provisiones para el día, y aún para dos ó tres, si la expedición ha de durar ese tiempo. Un pedazo de pan, una tireja de bacalao, un par de naranjas y alguna cebolleta, según los tiempos, constituyen sus municiones de boca. Del pan ha de comer el perro; figúrate, lector, lo que habrá de tocarle en el reparto.

En cuanto á la escopeta, terrible arma que he visto sobradamente en manos del cazador de oficio, es un

constante peligro para aquel que la dispara. Por regla general es de pistón, y amén de algunas abolladuras y aún de alguna raja ó agujero en el cañón, la caja está llena de ataduras y de remiendos. Hábilmente la maneja el cazador, que suele ser un tirador consumado. Su poderoso auxiliar, el perro, trabaja sin descanso; se detiene y olisquea en todas las matas; baja á todas las profundidades y sube á todas las alturas. Si la perdíz cae de ala ó la liebre lleva un plumazo, el cazador cuida de poner á su perro en la pista, y él se sienta y descansa, en tanto que el fiel animal torna seguramente con la pieza cobrada. El perro es como el complemento natural del cazador de oficio.

Muy fatigosa y aperreada es la vida de este hombre, digno de la general compasión. Él pocas veces se une á otros para el ejercicio de su ar-

te y profesión. Duro como el hierro, soporta todos los trabajos y privaciones, con valor heróico. Despierto y vigilante, evita todo encuentro con las parejas, porque jamás llevó consigo licencia para uso de escopeta y mucho menos de las muy costosas que dan derecho para cazar.

Por añadidura, como el cazador de que me ocupó pretende mantenerse y mantener á su familia con el producto de la caza, no tiene respeto alguno á la veda. Él y los suyos han de comer todos los días y todos los días hay que matar algo, para venderlo y atender al necesario sustento. Como tienen que prevenir poco, casi nada, bien pronto están dispuestos para sus cotidianas expediciones, y se juzgan venturosos cuando la fortuna les sonríe ó han logrado burlar la vigilancia de un guarda.



Tál es, lector simpático, el pálido bosquejo que yo puedo darte del cazador de oficio. Tú le conoces, seguramente, tan bien ó mejor que yo, y juzgarás del retrato que de él he bosquejado. Perdona las deficiencias de mi pintura.

ARTÍCULO II.

Los cazadores estacionarios

Si te choca el epígrafe del presente artículo, lector atento, habrás de saber, que yo designo con aquel calificativo, á una muchedumbre de hombres, que residiendo habitualmente en las muchas casas diseminadas en el campo, cultivan la afición y sacan su provecho de élla.

Con el nombre de cortijeros ó de caseros, designamos en esta comarca andaluza, á los que viven en las casas implantadas en terrenos de labor ó tierras de pan llevar, y á los

que moran en otras, llamadas case-
rias, y que corresponden á terrenos
poblados de olivos. Tanto los unos
como los otros, tienen su morada en
los campos, que cultivan ó custodian,
estando, ó debiendo estar, al cuida-
do de las labores y de los trabaja-
dores, que las practican. En cuanto
á los caseros, gente que yo conozco
más de cerca, he de afirmar que son
muy afortunados, si el amo es con-
fiado y bondadoso; mas esto no ha-
ce al caso, y examinaremos á esta
especie de cazadores, bajo este
punto de vista exclusivamente.

No será difícil, lector curioso, que
al entrar en una de estas nuestras ca-
sas de campo, descubras en la coci-
na misma, dos ó tres jauleros y en
cada uno su jaula y en cada jaula su
pájaro ó pájara, que á su debido
tiempo servirán como reclamos, en
la caza del puesto. No será extraño,

que además descubras tendido á la bartola y más ó menos cerca de la lumbre, según la estación, algún perro perdiguero, podenco ó galgo, que, según su especie, bastará para revelarte con toda claridad, cual sea la caza que más abunda en aquel terreno; y como el hombre que allí habita le recorre á diario, ya verá y aprenderá perfectamente cuáles sean las costumbres y lugares preferidos por los animales, y ya les buscará, acechará y perseguirá, hasta que los agote; y una vez enviciado, irá extendiendo su radio de acción, para ir á buscar la caza á mayores distancias. Si no has visto la escopeta en el descanso de la escalera ó en el rincón de la cocina no dudes que está en sitio cercano, y tal vez no lejos del hurón, si le hubiera.

Esto por lo que atañe á los case-

ros. En cuanto á los cortijeros, algo varía la cosa, según aseguran los bien informados. Predomina en ellos la afición á la caza nocturna, que hacen valiéndose de la luz y el encerro, por cuyo medio se apoderan, con habilidad suma, de aquellas aves, que duermen en el terreno, prefiriendo á todas ellas, las perdices. ¡Ah de la banda que al declinar la tarde tenga la desgracia de pasar volando á la vista del rústico labriego! Aquella misma noche, si es de las oscuras, caerán una á una en el saco preparado al efecto. Vivas vendrán en un gran jaulón á la ciudad y serán prontamente vendidas, á buen precio. No hay defensa posible contra el ingenioso artificio, en mal hora ideado por el hombre.

Oportuno encaje y asiento tiene en este lugar la clase pastoril, que hace también lo que puede y no

es poco, respecto de la destrucción de la caza y de dar á los cazadores cumplidas muestras de ingénita antipatía.

No son, nó, nuestros pastores como aquellos de la edad griega, tan dulcemente cantados por los poetas de la antigüedad. No son los pastorcillos del día, sencillos y enamorados, discretos y juiciosos, apasionados y cantores de su fortuna ó de sus celos. No pasan las horas muertas, como aquellos sus antepasados, sentados sobre el áspero peñasco, tañendo el pastoril instrumento, quejándose de los rigores de la suerte ó de la ausencia de la ingrata zagala, ó confiando al viento las estrofas de su ventura. Aquellos encantos se perdieron para siempre. Suma, lector, si te place, la rudeza con la malicia, la vulgarísima ignorancia con los estímulos de un mal instinto, y

apartándote de la poesía y del arte, darás en lo prosáico y rastrero del guardador del ganado.

Como cazador estacionario, que és, aunque no tenga otras armas que sus piés, sus manos y su temible garrote, él quitará muchos nidos, ahorcará no pocas perdices, destrozaré gazaperas, pisará con su robusto pié algunos conejos encamados y no serán pocas las liebres que succumban á sus manos y á garrotazo limpio. De esto al inocente candor y á los amorosos arrebatos de los antiguos y casi mitológicos progenitores de los pastores del día, media un verdadero abismo.

No me negarás, experimentado lector, si les conoces de cerca, que ellos dejarán á sus perros, no solo que te ladren sino que te muerdan. Llevarán candorosamente su ganado por las cercanías de tu puesto, aun-

que tengan que dar algún rodeo, si te vieron desde lejos ocupado en la tarea penosa de levantarle; y ellos, en fin, se complacerán en tu daño y ayudarán á aumentarle, en cuanto su astucia y fuerza les permita.

Y pocos son los que en el campo habitan que no sean constantes y entusiastas perseguidores de la caza, dándose alguna vez el caso de que hasta el simple trabajador lleve consigo la escopeta y aproveche el par de horas de descanso del mediodía, para dedicarse con ardor á tal ejercicio. Es hasta donde ha podido llegar la afición.

Haré advertir, por último, que para esta especie de cazadores, no existe la veda, ni la ley de caza en ninguna de sus prescripciones. Confiados en su apartamiento, no se detienen ni preocupan por nada. Due-

ños y señores absolutos del pequeño dominio, lo explotan á su gusto, según les dicta su deseo, y la constancia en recorrer á diario alturas y barrancos, hace que no haya bicho en la heredad que no sea descubier- to, perseguido y al fin muerto por el pertinaz cazador.

Yo creo que podría y debería ponerse algún remedio á estos males, que son de mayor importancia y trascendencia de las que generalmente se supone. Yo me ocuparé en pági- nas venideras de formular mi humil- de opinión, y si élla no resulta acep- table, otras muchas habrá de mayor competencia y eficacia y dignas de ser aceptadas y puestas en práctica. Ello es que urge la aplicación del reme- dio, porque el mal se extiende y agrava de modo alarmante. Llegare- mos al agotamiento y extinción de la caza y hasta de los pequeños

pájaros, que en ningún tiempo fueron objeto de codicia como lo son al presente, y de cuya falta acaso se originen graves daños para la agricultura.

Dios permita, que los que tienen en sus manos la gobernación del Estado, fijen alguna vez su atención en estas, al parecer pequeñas cosas, y después de dictar sabias leyes, cuiden de que sean cumplidas, hasta que se adquiera por todos la santa costumbre del respeto.





CAPITULO IX.

Del hurón, del lazo y de la luz

ARTÍCULO I.

Bien sabes, lector carísimo, que entre las diversas especies de animales, existen corrientes de simpatías y de antipatías, de amistades naturales, si así puedo yo expresarme, y de odios espontáneos, que maravillan al hombre observador. El hecho es vulgarísimo y de todos sabido. ¿Quién ignora que los peces grandes se comen á los chicos, que los gatos persiguen á los ratones y otros animalillos á las moscas y, para no ser pesado, que los hurones se lanzan furiosamente contra los conejos?

El hurón! Feo, sucio, mal oliente y repugnante animal! Con cabeza de rata y cuerpo de reptil inmundo; con movible hociquillo dotado de fino olfato; con patas cortas y punzantes uñas en el remate de sus dedos; con flexibilidad de culebra y con instinto de crueldad y de sangre, el hombre aprovecha todas las cualidades que son patrimonio de esa especie, para que los individuos que las ostentan, las pongan á su devoción y servicio. Y védle á la espalda ó al costado del cazador, encerrado en un tonelillo de esparto, llamado *garibola*, asomando á la boca su interesante cabeza de rata y mirando á todas partes con sus negros ojillos y olfateando sin cesar, codicioso de su presa!

Ved, después, cómo se introduce, cual si se arrastrára, por la boca de la madriguera en donde el infeliz co-

nejo se alberga y cree á salvo de peligro, oculto en aquella profunda morada, que tardó largo tiempo en labrar y que en todo riesgo busca, para defenderse de sus mortales enemigos. Persegúfale el perro y éste, al verse burlado, escarbó con furia en aquella boca que se tragó repentinamente al conejo. Llegó, á caso, herido, y allí irá curando poco á poco, después de haberse salvado, gracias á la agilidad de sus piés y á la seguridad de su madriguera. Pero llegará el astuto y despiadado cazador, dejará escurrirse al bicho malo, que lleva consigo, colocará una red delante de cada boca y el feróz hurón entrará en la mansión de los conejos, haciendo sonar el caseabelillo, que pende de su cuello, y el pánico más grande y descompuesto se apoderará en el acto de aquella desdichada familia. La voz de *sálvese el*

que pueda, resonará de caño en caño, de cuantos crucen la misteriosa y obscura morada, y uno tras otro, engañados por la luz y el aire de la libertad, saldrán rodando aprisionados entre las mallas de la artificiosa red.

Por este reprobado medio, los animales no tienen ya sus naturales defensas, y sin molestias ni fatigas, el hombre apura los conejos del más nutrido vedado de caza. A mi vez yo extinguiría, gustosamente, la familia de los hurones, pues sólo como rara excepción entiendo que deben ser utilizados sus servicios y conveniente su empleo. Á mí me es un animalejo antipático y repulsivo, y si es cierto que alguna vez he gozado mucho tirando conejos salidos de las bocas, perseguidos por el hurón y corriendo como alma que lleva el diablo, declaro que sólo he fijado mi

vista y atención en el infeliz fugitivo, y siempre las aparté con asco del cruel perseguidor.

Oí contar y yo no salgo garante de esta noticia, que hace algunos años, al dirigirse los expedicionarios de una montería á un lejano coto de Sierra Morena, toparon en la estrecha vereda que por entre jarales iban siguiendo, á un hombre de pueblo, el cual llevaba colgado á la espalda un jaulón de alambre, mal cubierto por una menguada manta. Apartóse algo de la senda, para dejar paso franco á la comitiva, que en sentido contrario al suyo avanzaba, y enredándose la manta en las jaras, quedó al descubierto el jaulón, viéndose con sorpresa los que cerca del hombre estaban, que en aquella prisión pululaban algunas ratas y numerosos ratones.

El pequeño ejército prisionero se

agitaba ruidosamente en su encierro, buscando, aunque en vano, la puerta de la libertad. Detuviéronse los que caminaban, interrogaron al extraño personaje, turbóse éste, con lo cual avivó la curiosidad de todos, y al término de la instancia y de algún asomo de amenaza, reveló el extraño, que utilizaba aquellos animales en vez de hurones y con preferencia á ellos. Mostró un manojito de pajuelas de azufre y añadió, que atando una de aquellas pajuelas al rabo de la rata ó del ratón, encendiéndola y poniendo al bichejo en la entrada de una madriguera, su efecto dentro de élla era tan pronto, eficaz y seguro, que no hay animal que no huya y busque con presteza la salida, al ver al intruso que corretea vertiginosamente en todas direcciones, llevando al extremo y en el apéndice de su cuerpo, una luz azulada, que

despide, por añadidura, un olor pestilente. Ningún animal, ni grande ni chico, resiste á la inesperada visita.

Me han asegurado que en un coto de la provincia de Granada, emplearon unos extranjeros, hace algunos años, este sorprendente medio de extraer cuantos conejos se alberguen aún en las madrigueras más grandes é intrincadas. Yo no he presenciado estos hechos.

El lazo! Miserable, aunque ingenioso invento del hombre! Ayuda inconsciente y eficaz, muda y constante, que entregará ahorcada la pieza más ó menos pronto, pero al cabo de un plazo que vá corriendo! ¡Ah de la pobre perdíz, que incuba, si el ojo del hombre la sorprende en el nido! ¡Ella sucumbirá en la horca del lazo y con su muerte se harán infecundos los numerosos huevos, faltos ya del calor que iba animando

los misteriosos gérmenes en ellos contenidos! ¡Ah de la hermosa y tímida liebre, que en el silencio de la noche penetra en el sembrado y vá trazando un estrecho carril, por donde en adelante ha de correr todas las noches! ¡Ah de tí, si el simple porquerillo pasó cerca del lugar y descubrió tu huella! Ya caerás en el lazo de finísimo alambre, y tus esfuerzos solo servirán para apretar cada vez más el nudo que te aprisiona y te ahoga! Y mientras el muchacho ó el cazador especialista, que también existe, duerme á pierna suelta, tú, inocente animal, sucumbirás al artificio, y al día siguiente serás recogida y vendida, con mucha estimación, en el mercado de la ciudad.

La luz! El candilón como suelen llamarle los sencillos campesinos! Este si que es el gran adelanto de

la época, para acabar, en no largo plazo, con todo lo existente, en materia de caza. ¿Es posible, lector candoroso, que tú ignores en lo que consiste este diabólico invento? Pues es sumamente sencillito, y de tan poco precio, que está al alcance aún de las más modestas fortunas. Con una mala lata de las que se destinan á transportar el petróleo despojada de una de sus caras y de la tapa, una candileja, fija en la pared interior, un asa por fuera para llevarla á manera de linterna, una cencerilla de las que se usan para el ganado y una vara terminada en horquilla, en cuyos dos dientes se sujeta una pequeña red, está terminado y corriente el artefacto.

¿Qué no sabes como se emplea? Pues óyeme un momento. Al declinar la tarde, salen del pueblo, en amigables parejas, algunos hombres. De cada pareja, el uno suele llevar

la lata y el cencerro, que guarda en el pecho ó en el bolsillo; el otro lleva, en una mano una alcucilla que contiene el aceite necesario para alimentar la luz durante la noche, y en la otra la vara que tiene en su extremo la red, á la que ellos dan el nombre de *miriñaque*, y unas alforjas al hombro.

Se distribuyen las ocho, diez ó quince parejas por dilatados terrenos de la campiña, y llegan con luz del día, para descubrir hácia donde vuelan y se posan las bandadas de pajarillos ó la banda de perdices. Esperan las horas de las espesas sombras y del reposo, y entóncces encendida la luz que tiene por reflector la pared misma en que la candileja va fija, haciendo sonar constantemente el cencerrillo, cual si pendiera del cuello de la oveja, y con planta segura y ojo avizor, empiezan su viaje de

exploración por los campos. Apenas descubierta la pieza, á quien de un lado deslumbra aquel sol repentino y del otro hace confiada la esquila del ganado, se detiene el del candilón y el de la horquilla dirige el golpe, con tal acierto, que el animal queda bajo la red prisionero. Así pasan la noche, y son muchas las docenas de pajarillos, que hinchan el cujón de la alforja y algunas perdices las que llenan el lado opuesto. Suma, lector, las docenas de aves víctimas de cada pareja y multiplícalas por el número de noches sin luna de fines del verano y de todo el Otoño, y yo te aseguro que has de quedar absorto y maravillado, al conocer la espantosa cifra que resulta.

Y ahora yo pregunto, con ansiosa curiosidad: ¿faltará mucho para que se extingan las aves, alegría de los campos y devoradoras de insectos?

¿Hasta cuando habrá de mirarse con indiferencia este modo de cazar, prohibido por la ley? Los que lo emplean, se denuncian á sí mismos, al llevar los instrumentos de que han de valerse, y en el ejercicio se denuncian también y aún á mayor distancia, como si fueran enormes luciérnagas, que se van arrastrando en todas direcciones.

Los hombres de juicio preven grandes males, que sufrirán los agricultores, andando el tiempo. Los cazadores de buena ley, deploran el que no se ponga coto y se castigue ejemplarmente, á los que contravienen la de caza. Y todos estamos en el caso de clamar contra el abuso y denunciarle uno y otro día, para que todas las autoridades despleguen la energía necesaria y un eficaz y pronto castigo destierre, para siempre, estos desmanes.

ARTÍCULO II

Necesidad de una policia de caza

Lector generoso: compadéceme! soy el cazador más desdichado de toda la tierra!

¿Qué culpa tengo yo de que el cielo, más que mis amados padres, haya tenido avaricia y nó largueza al concederme los dones físicos y me haya dado un color cetrino y un algo en la mirada ó en la expresión de mi rostro, que á menudo me ha hecho pasar por ciertos trances, que he juzgado humillaciones y vejaciones dolorosas? Yo te lo explicaré todo, como Dios me dé á entender, y de fijo ha de quedar satisfecha tu natural curiosidad.

¿En qué consiste, me pregunto á mí mismo, que yo, que soy, á Dios gracias, un sér de todo punto inofensivo, que jamás me he metido con

nadie, que soy amigo de la paz y de la concordia, no sólo entre los Príncipes cristianos sino entre todos los hombres, haya podido despertar recelos y sospechas, hasta el punto de exigírseme la presentación de mi cédula personal en una ocasión, y en otras la de la licencia para uso de escopeta? Y entiéndase bien que no culpo á la guardia civil que tal hiciera conmigo, porque yo soy devoto ferviente del benemérito Cuerpo, á quien la sociedad es deudora á diario de grandes servicios, y sin el cual creo que no podríamos alejarnos de las ciudades impunemente.

Yo podría citar otros muchos casos, en los cuales he llegado á entender, que mi aspecto no me favorece ni pizca; antes al contrario, me perjudica sobre toda ponderación; pero con lo dicho basta para que me compadezcas, y excuso el seguir avan-

zando por el camino de mis confesiones, por que me cuesta cierto empa-cho y me da mi poquita de verguenza.

Y no á humo de pajas como vulgarmente se dice, he contado mis desventuras, pues éstas justifican el celoso cuidado con que anualmente me proveo de la muy costosa tarjeta, que me autoriza para llevar armas de caza y para cazar, amén de la no menos costosa cédula, que con otros documentos guardo en una cartera, que hasta para dar un simple paseo por las afueras, suelo llevar conmigo.

Yo no denuncio á nadie; pero bueno es hacer constar que no todos emplean igual diligencia en la adquisición de aquellos papeles, y he oido asegurar á los que se precian de bien informados, que mientras en la región andaluza se expiden únicamente algunos cientos de licencias

de armas, en Cataluña asciende la cifra á millares.

Pero sigamos con mi cuento adelante. Empieza el abuso por no cumplirse generalmente aquel precepto de la ley, que ordena la adquisición de la oportuna licencia. Viene después la falta de respeto á la veda, sabiamente establecida por la ley misma. Sigue luego el empleo de varios modos de cazar, que la ley tiene terminantemente prohibidos, y acabaremos por decir, que la gran riqueza de la caza se ha convertido en una especie de merienda de negros, en la cual cada uno hace lo que mejor le parece, sin límites ni restricciones.

Se me argüirá, acaso, diciendo, que las parejas de la benemérita recogen sin cesar escopetas, que hallan en manos no autorizadas para llevarlas. No sólo no niego el hecho,

sino que le aplaudo. Pero nadie me negará que el cazador sin licencia, siempre va despierto y prevenido para evitar el encuentro, y busca los caminos excusados para salir y volver al pueblo. Caza en terrenos distantes de los caminos reales, y aunque algunas veces los imponentes tricornios aparecen por cerros y barrancos, no es caso diario y sólo existe un riesgo posible pero no probable.

Me parece recordar, que no ha mucho tiempo hube de leer un artículo, firmado por el Sr. Marqués de Alta-Villa, en el cual abogaba el autor por la creación de la *policía de caza*. Estoy de todo punto conforme con la idea y ojalá se legislara pronto y con acierto, en este sentido. Creo, sinceramente, que la creación de ese nuevo cuerpo, daría por resultado la conservación de lo poco que

nos resta y en plazo, no lejano, la multiplicación pasmosa de los animales útiles:

En vano sería pensar en confiar tales y tan interesantes servicios á la misma Guardia, que custodia los caminos y persigue sin descanso á los criminales. Con esto tiene árdua misión que cumplir. No penseis en hacer cargo de ello á los guardas de campo, que muchos Municipios sostienen, porque carecen de la autoridad y prestigio que serían necesarios para ejercer con provecho su cargo, que viene estando reducido á la custodia de los predios rústicos. Y dicen malas lenguas, que algunos son infractores de la ley de caza y que á veces cambian la carabina por la escopeta, para cultivar sus particulares aficiones.

Finalmente; al concepto de policía va unido el de fiscalización é in-

vestigación del delito de especie determinada, como en el ramo de que ahora se trata, y esto exige una organización, de acuerdo con el objeto y fin que se persiguen. El nombre del ideado Instituto, basta para revelar su misión y destino. Deploro mi carencia de autoridad, porque sin ella, la voz no llega á las altas esferas y no recogen la especie los que pudieran y debieran tomar la eficaz iniciativa. Gritemos muchos á un tiempo, pidiendo, uno y otro día la tan deseada cuanto necesaria reforma, que, acaso, se vea por este medio confirmada la verdad de aquella aguda frase de que *muchos amenes al cielo llegan*.





CAPITULO X.

De mis escopetas

ARTÍCULO ÚNICO

No pienses lector malicioso, que al descorrer hoy ante tus ojos el velo de mi modesta armería, pretendo dar pasto á mi vanidad, con tu asombro. No pienses, repito, de ese modo, porque ni hay motivo para que te maravilles de lo vulgar, ni á mí habría de moverme tan pueril sentimiento. Estoy metiendo *mi cuarto á espadas sobre asuntos de caza*, y no me parece despropósito el ocuparme de las armas, que todos usamos para cultivar nuestra noble afición.

Si leiste el comienzo de estas páginas insustanciales, podrás acaso,

recordar, que yo empecé á cazar con armas prestadas, y ahora añado, que trascurrieron muchos años sin que la tuviera propia. Pero llegó al cabo el venturoso día, y dichoso me juzgué con la posesión de una, al parecer muy buena escopeta de dos cañones, del calibre 16 y sistema Lefaucheux. Compréla de lance, en muy buen uso y con algunos chismes y adherentes de caza, y todo en precio que no alcanzó á veinte duros. Cuándo y donde la probé, yo no lo recuerdo, lo que no he dado al olvido, es, que desde los primeros tiros advertí que los gases desarrollados en la explosión ennegrecían un no pequeño espacio en torno de las espoletillas de los cartuchos, y esto me hizo presumir y temer con fundamento, que aquella pérdida quitaría notable fuerza á la impulsión. Comprobé tal verdad en el volateo, y seguro ya de aquel de-

fecto, hube de adquirir, encargándola á un acreditado Establecimiento de la Corte, una escopeta belga, de fuego central y del calibre 12. Cuan- to yo te diga, lector inteligente, res- pecto de la bondad de este arma, es pálido ante la realidad. No pocos amigos míos podrían testimoniar del notabilísimo alcance y precisión de esta, que bien puedo llamar famosa escopeta, pues ya goza de grande y merecido crédito entre mis compa- ñeros.

Adquirí algún tiempo después, una escopetilla, que elegí por su menguado tamaño, á propósito para llevarla colgada en la silla del caba- llo y muy bonita al exterior, por el dibujo y aspecto brillante de sus ar- mas niqueladas. Es del sistema Le- faucheux, de dos cañones, y juzgán- dola con mi ojo, menos experto que hoy le tengo, del calibre 16, halléme

después con la sorpresa de que en realidad era del 20. Me ví contrariado con tal hallazgo, pues me obligó á traer de Madrid cartuchos del no vulgar calibre y máquina de rebordear, adecuada.

De esta escopeta sí puedo decirte, aunque no te interese el saberlo, que la probé en un puesto, que hice con cierta fortuna en la meseta que corona á un cerro. Entrado que hubo un hermoso y valiente pájaro, apuntéle cuidadosamente y disparé, por vez primera, mi escopetilla. Cayó el animal como herido de un rayo y quedó inmóvil. Cual no sería mi sorpresa unos momentos después, al ver que se levantaba todo estropeado y con la pluma erizada y descompuesta, y cayendo y levantándose á cada paso, le ví trasponer por la derecha, por cuya pendiente hubo de precipitarse. Ni el aturdimiento me per-

mitió dispararle el segundo tiro, ni quise saltar del puesto, por consideraciones al reclamo. Media hora después, tuve ocasión de hacer una nueva prueba en idénticas condiciones á la anterior, y con igual resultado. Dos casos seguidos, de tal semejanza, como la que tienen entre sí dos gotas de agua. Yo establecí al final una diferencia, y fué, que al verle desaparecer en el arranque de la vertiente, salté del puesto, con la agilidad de un corzo, y me lancé en su persecución. Cuando llegué al borde del plano inclinado, ví al mal herido fugitivo rodando por la pendiente, y yo poco menos que rodando como él, le dí alcance y le aprisioné nerviosamente entre mis manos. No tuve igual fortuna con el primero. No pude hallarle. Preocupado quedé con el raro y doble suceso. Cuando salí del puesto, dispa-

ré algunos tiros, tomando como blanco grandes piedras, y al reconocerlas, en todas encontré las señales de un tiro copioso y compacto. No había duda; la escopeta plomeaba perfectamente, y en definitiva comprobación, al día siguiente hice otro puesto, en lugar distinto, tiré otros dos pájaros y ambos cayeron muertos, para no mover ni una pluma. ¿Cómo se explica este contraste? Discurren sobre él los aficionados. Dejemos esto así y pasaré á ocuparme de otra escopeta, y ésta será del calibre 10, para justificar aquello de que los extremos se tocán.

Leía yo un día, hará próximamente de tres á cuatro años, un flamante número de la «Crónica del Sport,» y encontré en aquellas amenas é interesantes columnas, un bien escrito artículo biográfico, suscrito por Pedro del Castillo. El cazador famoso

biografiado, lo era D. Antonio Covarsí, hoy muy cariñoso amigo mío, del cual hacía muchos y cumplidos elogios el ingénuo articulista. Allí aprendí, que el valiente montero extremeño, pues tiene su residencia en Badajóz, usa en todas sus expediciones al monte, una escopeta de fuego central y del calibre 10, con la cual y con su ojo certero, ha arrancado á aquellas malezas y espesuras innumerables reses. Por añadidura supe, continuando aquella amena lectura, que el bravo Covarsí era dueño de un buen Bazar de armas, y con este precioso dato ya no esperé á razones. Escribí á dicho señor preguntándole si tenía de venta alguna otra escopeta del sistema y calibre iguales á los de la suya. Aquella carta fué el origen de las amistosas y excelentes relaciones, que hoy estrechamente nos unen.

Pocos días después, recibí la escopeta pedida y deseada. Admiré su buena y fuerte construcción, su enorme calibre, de cuya existencia yo no había tenido noticia hasta entonces, la pasmosa anchura de sus hombros, su buen montaje y algunas otras condiciones. La coloqué en el armero y solo la descolgué algunas veces para causar la admiración de mis amigos, en el largo espacio de más de un año. ¿Y cuándo se prueba esa escopeta? me preguntaban á menudo los curiosos. Allá veremos, contestaba yo siempre. Uno de los que más veces repetía la pregunta, era mi buen amigo y remoto pariente Paco, compañero, por añadidura, en dos Sociedades de caza. Solíamos ir algunas tardes á tirar conejos á uno de los Cotos cercanos, y, más por atender su instancia y complacerle, que

por impulso propio, resolví estrenar el arma en una de aquellas excursiones vespertinas.

Grandemente celebró y aplaudió mi amigo, lo que él llamó mi feliz acuerdo. Salimos á la hora acostumbrada, acompañados de nuestros respectivos perros. Dejamos el coche en el lugar oportuno y entramos en los terrenos del Coto, lindantes con la carretera de la Loma. Por entre tomillos y albardines comenzamos la tarea de la caza, yendo en mano, y todavía á la vista del camino, cuando su excelente perro, que atiende al nombre de *Paqué*, quedóse de muestra delante de un albardín. Uno y otro nos disponíamos á acercarnos, cuando el perro dió el avance y se quedó con el conejo. El noble y hábil animal, iba caminando gallardamente con el conejo terciado en su boca y en busca de su dueño, para entre-

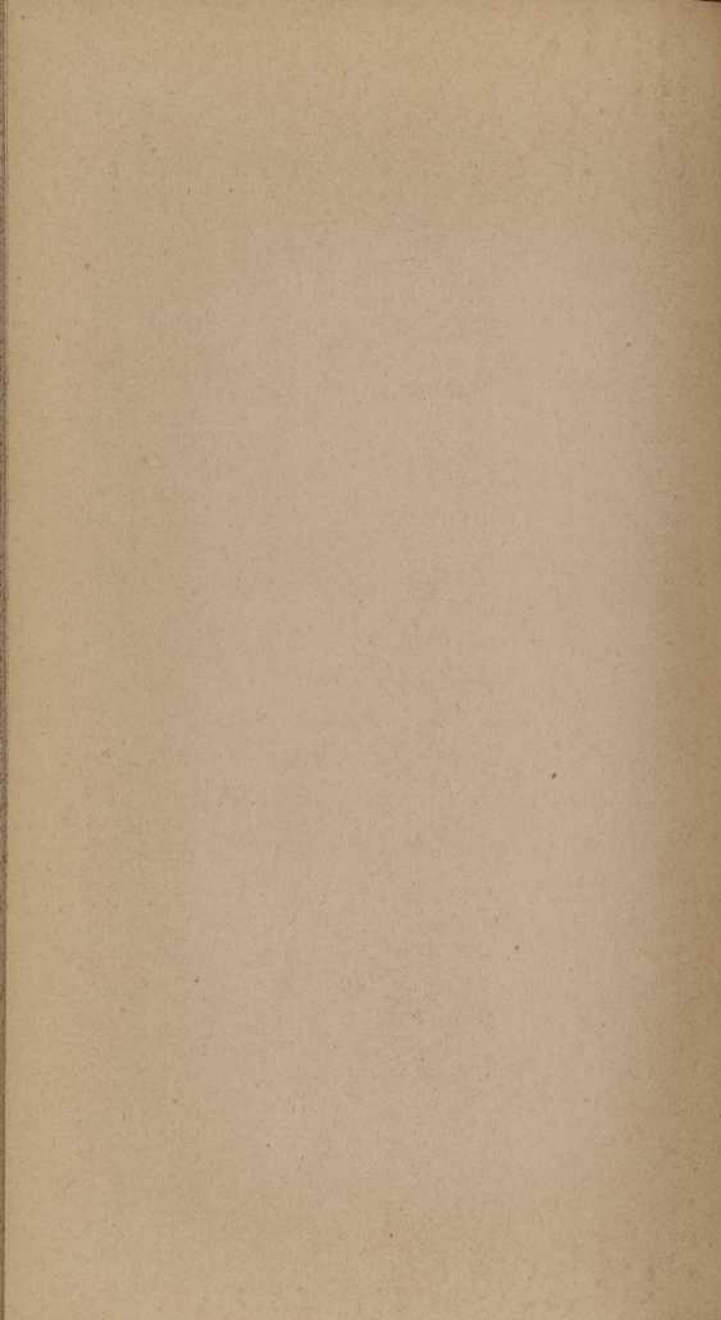
garle la pieza. Yo, sin moverme del sitio, con la escopeta al brazo, contemplaba la escena, cuando el perro llegó á donde le esperaba su dueño. Paco se inclinó ligeramente para tomar el conejo; apenas le hubo tocado con su mano, cuando el perro abrió la boca y el conejo, que no había recibido daño alguno, dió una violenta sacudida, escapóse y salió corriendo, como ya puede el lector figurarse. Feliz momento para la prueba de la escopeta. Me la eché á la cara, apunté al conejo, que por instantes se alejaba, y al sonár la detonación, el pobre animal cayó rodando y sin vida. Por segunda vez el perro le llevó en su boca, para depositarle á las plantas de su Señor.

Alguna perdíz cayó aquella tarde á buena distancia, para acreditar el alcance notable de la escopeta, y por último, Paco y yo disparamos, con

acierto, y como última prueba, media docena de balas, que á prevención llevaba yo en el cinto.

Desde entónces no he vuelto á usar el arma. La sigo mostrando como objeto curioso, y la tengo reservada para empresas de montería. Dios permita que la manche con sangre de jabalí.







CAPITULO XI.

Caso extraordinario del perro Paqué

ARTÍCULO ÚNICO

Y ya que conoces, lector amable, al perro de que voy á ocuparme, por el nombre y por un solo hecho de su vida, habré de decirte que se trata de un pachón, mixto, como lo son generalmente cuantos por aquí tenemos, de buena alzada, de pelo blanco con grandes manchas amarillas y algo vasto de formas, pero duro como un podenco, de muy buena nariz, de muy firme muestra y de boca muy blanda, como ya te lo dió á entender el suceso narrado en el capítulo anterior.

Y habrás de saber, lector atento, que en una de las tardes de las que en el verano anterior, á fines de Agosto ó principios de Septiembre, consagrábamos á la caza, mi amable compañero Paco y yo, tuvo lugar el más extraño suceso de cuantos puedan haber llegado á tu noticia. Voy á ponerte en antecedentes.

Salíamos de ordinario á las dos ó dos y media en coche, y, ó bien llevábamos los perros en el coche mismo, ó ya iban con mi criado Manolillo, el cual con una burra nos precedía á distancia de media hora. El papel de Manolillo quedaba reducido á seguirnos mientras cazábamos y siempre á corta distancia, para ir recibiendo la caza y darnos la botija del agua, cuando la deseábamos.

He de advertir, que yo pocas veces me veo acometido por la sed rabiosa, y se pasaban en claro las

tardés sin que yo llevara la botija á mis labios. En la que ocurrió el suceso, yo no había encargado á Manuel que echara en las aguaderas la botija, y él se marchó sin ella. Cuando á las dos de la tarde fui á unirme con Paco, en su misma casa, tuve buen cuidado de advertirle que yo no llevaba agua; pero que si él la necesitaba ó quería, á tiempo estábamos de llevar una botija en el coche. Sintióse algo picado su amor propio y exclamó con resolución: no quiero ser menos; yo tampoco la necesito y no la llevo.—Pues adelante, le contesté, y pocos momentos después rodaba el coche por las calles de la ciudad. Antes de transcurrir media hora, nos apeábamos en el cazadero. Allí, según costumbre, nos aguardaba tranquilamente Manolillo, enjuto de carnes y largo de zancas, como un galgo. Preparados nuestros pertrechos

y escopetas, entramos por una vereda, que va costeando el río y poco á poco se va elevando por terreno bastante pendiente, hasta que encontramos la boca ó entrada de un barranco, de más de mediana anchura, muy poblado de grandes y espesos albardines en todo su venaje y algunas manchas de ellos en sus dos vertientes.

Iba yo, precedido de mi perra Diana, por el lado derecho, á ocho ó doce varas de altura con relación al fondo del barranco, y Paco seguía aun por el venaje, cuando su perro *Paqué*, se quedó puesto. Me llamó Paco, pidiéndome con esquisita finura, que en él es habitual, que acudiera para tirar el conejo, que con razón supusimos á corta distancia del perro, y yo me fuí acercando muy despacio, deseoso de que él fuera el primero en dispararle. El perro dió

el avance, saltó impetuoso el conejo, y viendo que Paco permanecía en quietud, yo le disparé y le herí gravemente. El conejo ya empezaba á tomar la pendiente de la izquierda. Le disparé de nuevo y pudiera jurar que no le tocó un solo plomo del segundo tiro. No importaba esto; con el primero habría lo bastante para que el perro, que iba en su seguimiento, le cobrara. *Paqué* ganaba terreno rápidamente. Mi pobre perra, gorda y vieja, iba á muchas varas de distancia, pero no perdía la pista.

Á nuestra vista y á mitad de la pendiente, había una mancha de albardines espesos, que podría tener cuatro ó seis varas en cuadro. Á ella se dirigió el mal herido conejo, para ocultarse. Tan cerca le iba el perro, que acaso no distára vara. No quitábamos ojo de aquel cuadro, cuando ambos oímos un agudo grito de *Pa-*

qué, el cual se detuvo á poco de penetrar en la mancha. Un momento después, el perro se salió de los albardines y empezó á bajar la pendiente.

Mientras esto acontecía, llegó mi perra al sitio y no tardó en aparecer con el conejo en la boca. ¿Qué había sucedido para que el experto *Paqué* hubiera abandonado su presa? ¿Qué daño recibió el animal, para que exhalara aquel doloroso ay!, si así puede interpretarse su grito ó chillido?

Ambos seguíamos con mirada curiosa al animal, y con nueva sorpresa vimos, que al descender, dirigiéndose hácia nosotros, su andar era lento y vacilante. Esta vacilación aumentaba á cada paso, y poco le faltaba para caer cuando llegó delante de nosotros. Su amo le acarició y el pobre animal, después de mirarle tristemente y cual si estuviera borracho,

se inclinó dos ó tres veces de uno á otro lado y por último cayó preso de una convulsión horrorosa. Dejamos en el suelo las escopetas y ambos acudimos al perro. Este se revolvía dolorosamente y con extraña violencia. Intentaba levantarse y caía de nuevo, revolcándose sobre el lecho de albardines. Sentóse Paco y le sujetó la cabeza sobre su propio muslo. Mi compañero es médico y procuraba descubrir la causa del mal. Corre Manolillo, dijo á mi criado, corre á la choza que hemos visto á la orilla del río y trae agua en un cacharro cualquiera. Mi criado salió corriendo, moviendo con landable celo sus largas zancas y pronto desapareció de nuestra vista.

Pero... ¿qué le pasa al perro? Paco le examinaba, registrándole y palpan-do todo el cuerpo. Nada le encontraba. Por último; le descubrió una man-

chita de sangre fresca en un dedo de la pata, no recuerdo si izquierda ó derecha, y volviéndose á mí, con amable expresión en el semblante, hubo de decirme: una miaja de tiro! Quedé aturdido al oír aquella frase y me incliné á reconocer la herida. La mancha de sangre no excedía del tamaño de una lenteja. He aquí el plomazo, me decía.—Pero hombre, replicaba yo: ¿cómo una tan pequeña causa puede originar tan terrible efecto? Las convulsiones eran cada vez más violentas y en dos ó tres de aquellas grandes sacudidas, ambos dimos al animal por muerto.

Si en los perros, repuso Paco, acontece lo que en el hombre, estas convulsiones son producidas por el tétanos, pues en los individuos de nuestra especie, las pequeñas heridas en las extremidades, fácilmente dan en tal extremo.

Entónces se presentó un extraño fenómeno. El perro empezó á arrojar por su lengua, una lluvia de grandes gotas, transparentes como el agua, las cuales caían á granel sobre el pantalón de dril ó crudillo, que mi compañero vestía. No bajaría de diez ó doce minutos el tiempo que duró aquel copioso goteo, y por singular coincidencia, las convulsiones fueron gradualmente disminuyendo. En esto apareció Manolillo, trayendo en ambas manos su propio sombrero, lleno de agua. Venía guardando el equilibrio para que al andar no se vertiera el precioso líquido. Pero oh dolor! Á nuestra vista dió un tropezón en un albardín y perdió la mitad del agua. Bebió el perro ansiosamente la que restaba, y las sacudidas cesaron por completo. Varias veces intentó levantarse y aún no podía sostenerse; pero algunos minutos más



tarde, *Paqué* se mantuvo derecho y habían desaparecido todas las señales del mal.

Recobrada la calma, fumamos un cigarro, y ya con ánimo tranquilo, yo discurría del modo siguiente: ¿cómo he podido dar un plomazo al perro en el anverso de un dedo, cuando el perro iba de espaldas al hacer yo los dos disparos? Si por reflexión de un plomo, que hubiera dado en una piedra, se hubiera producido la herida... ¿porqué el perro no chilló al recibir el daño? ¿Cómo siguió corriendo después del tiro y continuó con firme y rápida carrera, hasta penetrar en la mancha de albardines? ¿Porqué chilló y se detuvo al penetrar en ella?... Desengáñate, Paco, decía yo á mi excelente amigo; no ha sido producida por el tiro la pequeña herida. Yo me lo explico mejor como picadura de algún reptil venenoso, que,

oculto en los albardines, hubo de picar al perro en lo que halló más cerca y acaso le pisó. Al sentir el dolor de la picadura, tal vez de un alacrán, que por aquí abundan, *Paqué* chilló y se detuvo, abandonando al conejo, que allí se había refugiado. Y encariñado yo con mi hipótesis, me explicaba lo de la lluvia copiosa como medio de eliminación del veneno, que había producido la curación del perro. Paco no me contradecía, pero en su semblante estaba pintada la duda.

Viendo que el perro había vuelto á su estado normal y que se movía olfateando por los lugares cercanos, nos decidimos á reanudar la interrumpida tarea, y lo hicimos con bastante provecho. *Paqué* trabajó mucho y bien en el transcurso de la tarde y se le mataron algunos conejos á perro puesto.

Consultado al día siguiente el caso con algún perito y con expertos aficionados, todos hallaron lógica la explicación que yo daba del suceso, y supongo que el mismo Paco vino al cabo á sumar su parecer con el nuestro.

No me habrás de negar, lector inteligente, que el caso es en extremo curioso y que excede, por su naturaleza, á lo que de ordinario acontece en el variado ejercicio de la caza.





CAPITULO XII.

Caja de un gato montés, en la campiña

ARTÍCULO ÚNICO

Te hablé, lector amable, en páginas anteriores, del renombrado Coto de Peñafior, y ahora hemos de volver á él, porque allí está el lugar del suceso, el teatro en donde se desarrolló el pequeño drama que voy á referirte.

Ya te dije oportunamente, que allí existen dos casas unidas en sentido longitudinal al pié de la vertiente de un cerro, de no pequeña altura, cuyos peñascos, aislados desde la base, se van juntando poco á poco

conforme se sube y acaban por formar en su cima caprichosa crestería, adornada por espesas malezas que llenan casi todos los huecos, que entre los abruptos peñascos existen.

Cuentan que allá en la cima y en lo más intrincado de zarzalones y patuscos, hay un grande pozo, ó mejor, un silo, de extraordinaria profundidad. Declaro que en ninguna de mis correrías he visitado el sitio de que ahora me ocupo.

He de recordar también al antiguo guarda Sebastián, pasado ya á mejor vida y para mí de grata memoria, el cual era, cuando yo le conocí, lo que se llama todo un buen mozo, de elevada estatura, de carnes proporcionadas, de muy regulares facciones y de simpático aspecto. Como tal guarda, dió en repetidas ocasiones pruebas innegables y cumplidas de serenidad y de valor.

Bajo su custodia alcanzó el Coto días de mucha prosperidad. Había servido al Rey en el Cuerpo de artillería, y muchas noches entretuvo agradablemente nuestras veladas, refiriendo algunas aventuras de su vida de soldado y no pocas de su oficio de guarda.

Al volver una tarde á la casa, trayendo con nosotros un rico botín de conejos, y al subir la escalera para dejar arriba nuestros arreos, hallamos abierta, no sé porqué causa, la puerta de una habitación, que se halla situada al lado izquierdo de la escalera misma y á poco de su arranque. Vimos que en aquella estancia, no pequeña, había tendida una cuerda de pared á pared y estaba literalmente cubierta de pieles ó pellejos de zorra, y entre ellos y sobre todos, se destacaba una piel extraña, de fondo claro, de pelo muy fino y pin-

tada con grande regularidad de lunares negros. Llamó poderosamente nuestra atención, y Sebastián, que á nuestro lado se hallaba, prometió contarnos aquella misma noche la curiosa historia del animal á quien la Naturaleza vistió aquella hermosa piel. En cuanto á las muchas que allí había de zorras, nos dijo el guarda en el acto, que eran de otros tantos animales de aquella especie, que habían sucumbido al plomo ó al veneno.

Comimos sin olvidar un punto la promesa de Sebastián, y con el bocado en la boca, como suele decirse, nos bajamos á la amplia cocina, y allí, rodeando el fogón en donde alegremente ardía una carga de leña, concedimos la palabra á Sebastián, el cual, sobre poco más ó menos, hubo de decirnos lo siguiente.

Estábamos á fines del Otoño del año de la gloriosa, ó sea del 1868.

La cosecha de cereales había sido escasísima, casi nula. Las clases proletarias, los trabajadores del campo andaban á la cuarta pregunta, y en el no distante pueblo de Mancha-Real, empezaba á dibujarse el hambre, entre las gentes desvalidas. Á diario salían muchos infelices al campo, esperando encontrar en él algo que sirviera para aplacar, ya que no para satisfacer su grande necesidad. Solían no hallar ni un mal espárrago en la tierra seca y esteril. Los pobres, perdida aquella su única esperanza, mendigaban un pedazo de pan de cortijo en cortijo, y muchos días, añadía el narrador, compartí mis provisiones con mis paisanos necesitados.

Llegó hasta aquí el rumor de que se había perdido un muchacho de diez ó doce años de edad, el cual, como otros muchos, salió del pueblo, solo, una mañana, y ni volvió á la

noche, ni al día siguiente y ya iban transcurridos tres ó cuatro, sin que se supiera pelo ni hueso de aquel desgraciado. La imaginación popular se desbordaba y hacía del suceso las más extrañas y hasta absurdas conjeturas. Por aquí vinieron en su busca y yo no pude dar razón alguna, porque ni de cerca ni de lejos hube de verle.

En una de aquellas noches, sucedió un hecho extraño. De lo alto del cerro partían unos tristes lamentos, que se oían claramente desde el cortijo. Esto acontecía en las primeras horas de la noche y cuando reinaba un silencio profundo, que solo venían á turbar aquellos ayes prolongados. Yo estaba á la sazón lejos de la casa, en cumplimiento de mis deberes, y cuando volví á élla, los moradores del cortijo se hallaban agrupados en la puerta, y después de informarme

de lo que acontecía, guardamos silencio, y, como ellos, pude oír aquella especie de quejido lastimero, que el eco iba prolongando al rodar por peñascos y concavidades.

No vacilé un momento. Ni nadie se ofreció á acompañarme ni yo solicité la ayuda de ninguno. Unánimemente creímos que el muchacho perdido había caído en el silo ó en algún profundo rajón de donde le era imposible salir, y desde allí exhalaba sus lamentos tristísimos. Había que librarle de una muerte segura. A pesar de la obscuridad de la noche, yo subía la pendiente á buen paso y sin tropiezo, como de serme muy conocido el áspero terreno que pisaba. De vez en cuando el extraño quejido se repetía, y yo al oírle redoblaba mis esfuerzos. Sudaba copiosamente cuando coroné la altura. Los lamentos habían cesado y yo me dirigí,

con resolución, al sitio más abrupto, dando voces y llamando al muchacho por su nombre. El temeroso eco era el único que á mi voz respondía. Llegué al borde mismo del gran pozo ó silo, y allí repetí muchas veces mis llamadas. Nadie me contestó. Me alarmó hondamente aquel silencio sepulcral, y di por supuesto, que el muchacho acababa de morir extenuado, quizá, por el hambre. Convencido de ello y de la inutilidad de buscarle en aquel peligroso laberinto, resolví bajarme al cortijo y dejar para el siguiente día el minucioso registro, que habría de dar, seguramente, por resultado, el hallazgo de la víctima.

Bajaba yo con desaliento, lamentando en mi interior aquella horrible desgracia, cuando con pavorosa sorpresa oí, clara y distintamente, aquel mismo quejido, que en aquella oca-

sión me puso los pelos de punta. Tuve un momento de vacilación dudando entre subir de nuevo ó seguir bajando. Opté por lo segundo y un cuarto de hora después, contaba á los asombrados campesinos cuanto acababa de pasarme. El miedo supersticioso se apoderó de todos y no faltó quien diera por segura la presencia de algún ánima del otro mundo, en las asperezas del cerro. Aquella alma en pena vendría con alguna misión, que era necesario averiguar y cumplir religiosamente, para librarla de aquel suplicio. Cada cual daba su parecer y proponía algún medio de averiguar lo cierto, pero ninguno se atrevía á salir ni á la puerta de la calle.

Toda la noche continuaron con algunas intermitencias los miedosos lamentos, y poco ó nada se durmió en el cortijo. Soñaba yo con la veni-

da de la luz del día y apenas hubo clareado la tibia luz del alba, tomé mi banda y mi escopeta y me dispuse á repetir los pasos y diligencias de la noche anterior. Tenía yo entonces muy buenos piés y mejores pulmones. Trepé con la agilidad de un gamo por la pendiente, y pronto llegué á la cima. Repitiendo en voz alta y á cada paso el nombre del muchacho y registrando peñas y concavidades, pasé dos ó tres horas infructuosamente. Me tendí al borde del silo y miré y llamé hasta la saciedad. Nada ví y nadie me respondió. Cuando nada me quedó por registrar, cabizbajo y pensativo emprendí de nuevo la bajada. La realicé con lentitud, que contrastaba con la rapidez de la ascensión. Cuando llegué al cortijo, cuantos me oyeron quedaron maravillados.

Así estaban las cosas, cuando lle-

gó la siguiente noche. Á poco de llegada, se oyeron, retumbando por el cerro, los conocidos tristísimos lamentos. El miedo, pero un miedo cerval, se apoderó de todos. No había que dudarlo; se trataba de algo sobrenatural y que no era bueno. ¿Qué hacer en este caso?

Transcurrieron acaso quince días y otras tantas noches. Ni en una de éstas dejaron de ser oídos aquellos imponentes ayes. Durante las horas de luz, ningún rumor turbaba las agrestes soledades del cerro. Una tarde, muy á la caída de élla, me dirigí al pozo, que está ahí á la espalda y al pié del cerro por el lado que mira al sol saliente, y llevaba del ronzal á mi yegua, parida de pocos días y cuya potreja seguía muy de cerca á la madre.

Yo iba á dar agua al animal, y cuando caminaba por la vereda y ya

no lejos del pozo, enderecé maquinalmente la mirada á los altos peñascos del cerro, que por ese lado presenta mucha elevación y picos y cortes muy extraños. Cual no sería mi asombro al descubrir, coronando una de aquellas crestas, la cabeza de un animal, de cuyas orejas pendían á manera de cuernecillos y cuyos ojos grandes, redondos y brillantes, estaban fijos en los dos animales que me seguían. Me detuve en el acto pensando en lo que debía hacer para apoderarme de aquel hermoso bicho, que me era completamente desconocido. Pronto discurrí lo que la experiencia me confirmó ser lo más acertado. Trabé la yegua en aquel mismo lugar, y yo me escurrí bonitamente hácia el cortijo, no sin observar, casi de reojo, que el animal extraño seguía mirando atentamente á mi yegua y su cría. Llegado que hube al

cortijo, me descalcé rápidamente, eché unas cuantas postas sobre la carga de mi escopeta y con todas mis energías empecé la subida al cerro, buscando la dirección contraria á la que en que se encontraba aquel bicho. Ocultándome con los mismos peñascos, arrastrándome á veces y ganando poco á poco terreno, llegué á descubrirle por la espalda. Estaba tendido cuan largo era y parecía un hermoso perro, con piel primorosamente manchada. Como clavado seguía mirando con fijeza hácia abajo, y yo me fui con lentitud aproximando, hasta que por fortuna logré llegar tapándome con los peñascos, á la distancia de un tiro de plomos. Pidiendo á Dios el acierto, me encaré la escopeta, le apunté á la parte baja de la cabeza, doblé el dedo y salió el tiro. El animal exhaló un ahullido, dió un bote

sobre la piedra y cayó al lado opuesto. Corrí á asomarme por el borde más cercano. Allá en lo bajo pude verle revolcándose como herido de muerte. La yegua espantada corría por medio de los campos seguida de su rastra.

Me descolgué como pude y por donde pude, sin perder de vista á mi magnífica presa, que ya iba dando pocas señales de vida. Cuando llegué á ella, acababa de espirar. La contemplé largo tiempo y con la menguada luz del crepúsculo volví al cortijo, llevando sobre mi hombro y espalda el soberbio gato montés, pues tal era el que por caso nunca oído había venido á morir en la campiña.

Grande curiosidad y admiración produjo mi presa en el cortijo, y no se quitó á todos poca pesadilla al explicarse por la presencia de aquel

animal salvaje, los quejidos y lamentos, que tan asustados nos traían á todos.

Ahí está esa piel para cuando el amo disponga que le hagan con ella un precioso chaleco, para lo cual parece pintiparada.

Aquí hizo punto final el narrador y yo á mi vez lo hago, habiendo procurado reproducir fielmente la exposición del interesante episodio.





EPÍLOGO

Al terminar este libreo, que me inspiró una humorada y que antes de cumplirse el mes miro ya acabado, he de repetir algo de lo que indiqué en el prólogo. Traté de escribir una obrilla de puro entretenimiento, compuesta á trozos de mis propios recuerdos y á trozos de episodios y aventuras, que recogí de agenos labios. No he necesitado discurrir, ni formar anticipado plan ni argumento, ni menos consultar autores. La empresa era sencilla y no he tenido que hacer otra cosa sino coser y cantar, como dice la gente.

Siento, lector amado, y bien puedes creer que lo siento, el no haber logrado dar á esas páginas el encanto de un primoroso estilo, como capa de filigrana delicada, que hubiera encubierto y disimulado el vacío de su fondo. No ha estado en mis torpes manos el labrar, siguiendo á mi deseo, la cubierta esmaltada de galas y primores. No te llamarás á engaño, pues ya te lo advertí con todas sus letras. Nada pretendí enseñarte, porque es tan poco lo que sé, y especialmente en materia de caza, que bien pudiera repetir la frase del filósofo griego: «solo sé, que no sé nada.» Un día, no lejano, me punzó el deseo de meter *mi cuarto á espaldas* y lo puse por obra, como quien satisface un capricho. Ya ha llegado á tus manos el fruto de mi trabajo: ahora júzgale tu como te plazca, mas ten en cuenta, que, aún

mereciéndola, ha de dolerme tu censura y por eso quiero elevar á tí mi humilde súplica, en demanda de tu indulgencia.

Ya voy muy delantero en el camino de la vida. Sinsabores y desencantos desgarraron una por una todas mis ilusiones y con ellas se han ido desvaneciendo todas mis esperanzas. Á nada aspiro porque nada quiero. En el naufragio de todo cuanto he amado en el mundo, flota todavía esta mi afición á la caza y yo la cultivo con menos moderación de la que mis años exigen. Aún no se han caído las andas por mi lado, pero el buen sentido me advierte que no han de tardar en caerse y con caída tremenda y definitiva.

Á fuerza de paciencia, más que de fortuna, he logrado reunir una mediana colección de armas de caza y una más grande y variada de chis-

mes y arreos para su ejercicio. He juntado, además, la suma de libros, que forman mi modesta biblioteca venatoria, y todo lo miro, conservo y cuido con cierta complacencia, que constituye un pequeño deleite ó pueril encanto, que, como en todo lo del mundo, son extremos que se tocan en la vida.

Profeso á todos mis compañeros de afición, un afecto sincero, y de ellos recibo agradecido, elocuentes testimonios de entrañable cariño. ¿Cómo no había de dedicarles este libro, para que llegue á sus manos como prenda de mi leal estimación?

Finalmente; me precio de ser bien nacido y todo el que lo és, agradece los favores que recibe. En mí el sentimiento de la gratitud es permanente, vive conmigo y ni aun siquiera languidece ni se entibia. Desde este lugar le expreso y envío á los

generosos amigos, que, en muchas ocasiones, me recibieron amablemente en sus vedadas de caza ó me brindaron con ellos. Dios aumente sin medida sus bienes y les otorgue la prosperidad que les deseo.



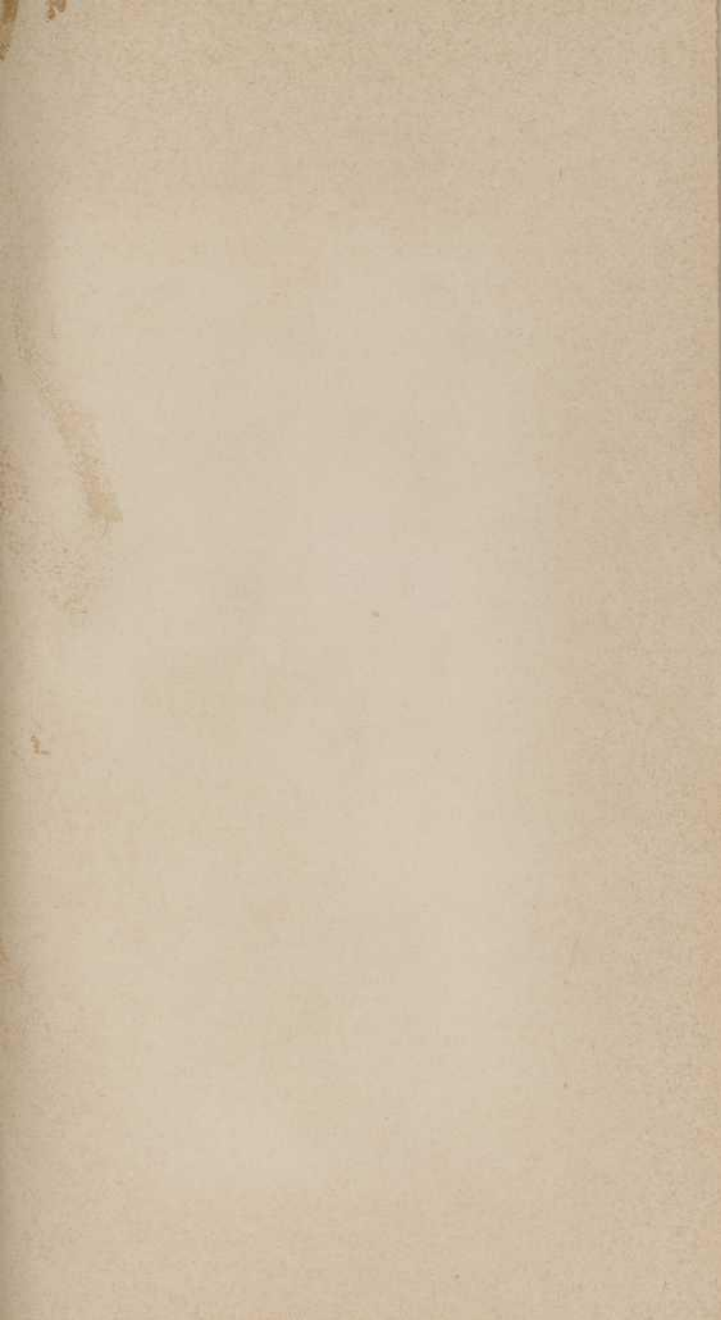


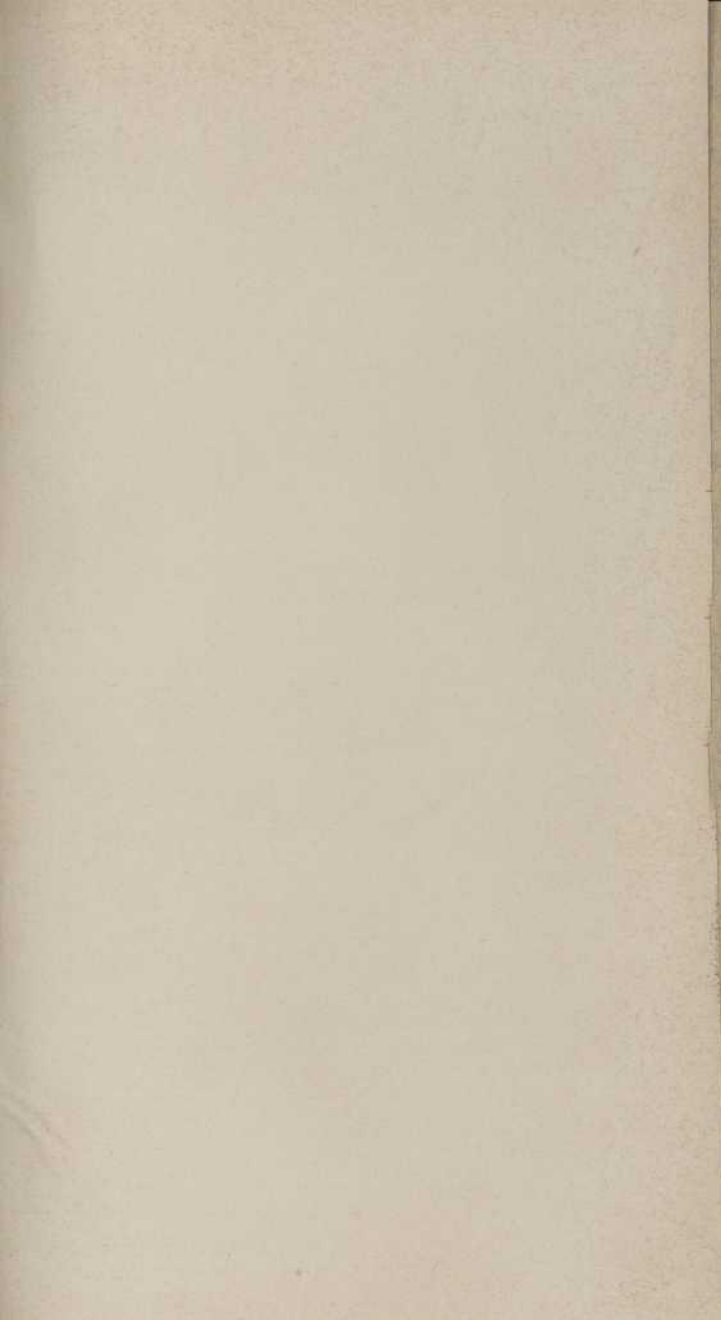
ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS</u>
Dedicatoria	V
Prólogo	VII
CAPÍTULO I.—De los comienzos de mi historia cinegética.—ARTÍCULO I.	21
ARTÍCULO II.—En que se cuentan algu- nos pequeños episodios de mi histo- ria antigua.	33
ARTÍCULO III.—Del segundo periodo de esta mi verídica historia.	52
ARTÍCULO IV.—De la tercera y última parte de mi historia cinegética.	66
CAPÍTULO II.—De mis perros.—AR- TÍCULO ÚNICO	71
CAPÍTULO III.—De mis monterías.— ARTÍCULO I.	91
ARTÍCULO II.—Continuación del mis- mo asunto	108
ARTÍCULO III.—Terminación de mis monterías	140

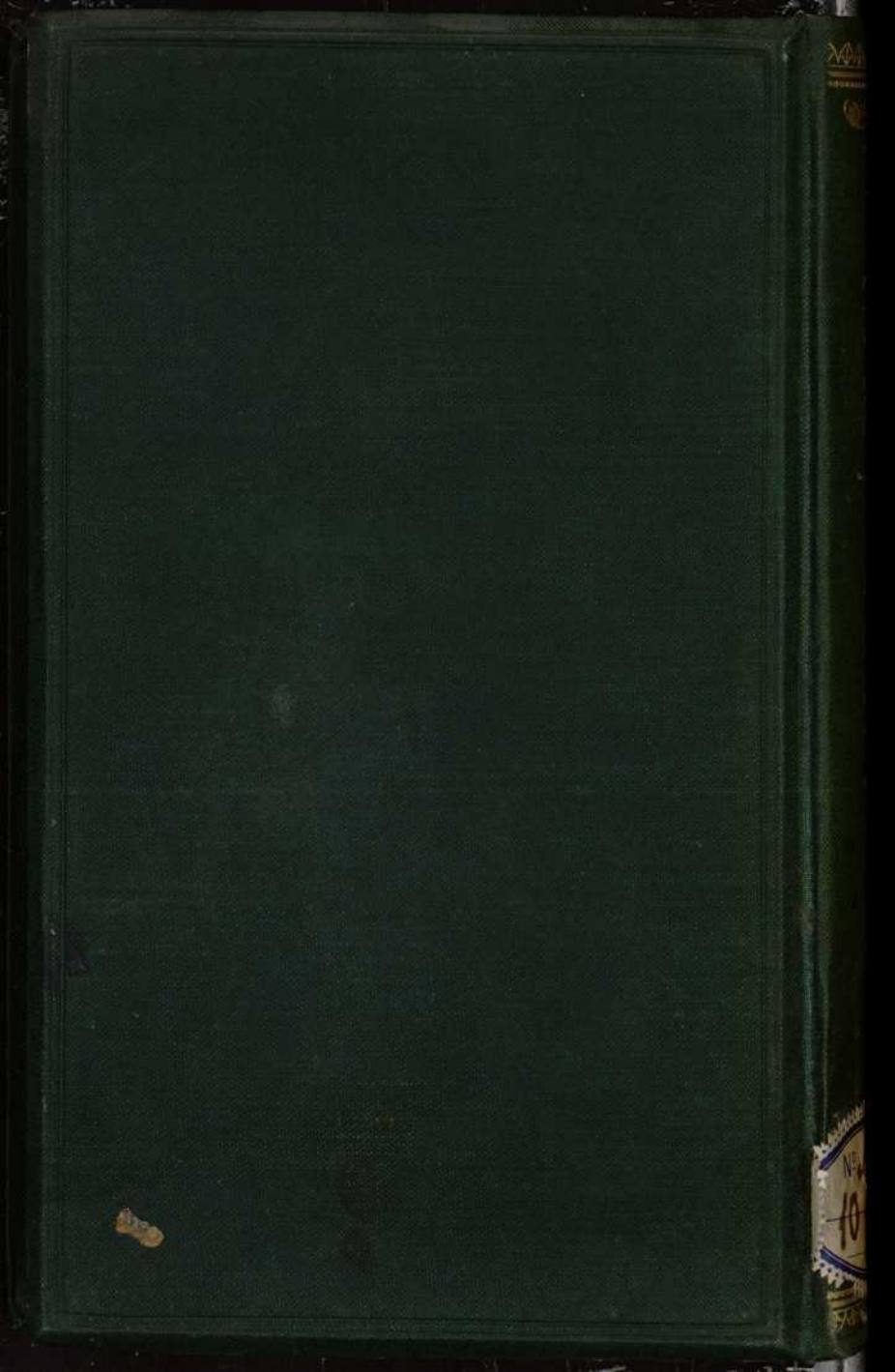
CAPÍTULO IV.—De las codornices.	
—ARTÍCULO I	155
ARTÍCULO II.—De las perdices.—Su horrorosa persecución	166
CAPÍTULO V.—Caza imprevista de un tejón y de dos zorras.—ARTÍCULO ÚNICO	177
CAPÍTULO VI.—Un cazador de lo- beznos.—ARTÍCULO ÚNICO	189
CAPÍTULO VII.—El coto de Peña- flor.—ARTÍCULO ÚNICO.	201
CAPÍTULO VIII.—Cazadores de ofi- cio y cazadores furtivos.—ARTÍCULO I	221
ARTÍCULO II.—Los cazadores estacio- narios.	228
CAPÍTULO IX.—Del hurón, del lazo y de la luz.—ARTÍCULO I	237
ARTÍCULO II.—Necesidad de una poli- cia de caza.	249
CAPÍTULO X.—De mis escopetas.— ARTÍCULO ÚNICO	257
CAPÍTULO XI.—Caso extraordina- rio del perro "Paqué".—ARTÍCULO ÚNICO	269
CAPÍTULO XII.—Caza de un gato montés en la campiña.—ARTÍCULO ÚNICO	281
EPÍLOGO.	297













J. MORENO CASTELLÓ - MI CUARTO ESPADAS



10-34
A
No